

Año VI

Tomo XI

Núm. 53

Atenea

— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes —

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

Romain Rolland. *La India en marcha.*
Félix A. Núñez. *Poemas.*
Raúl Silva Castro. *Novela, estilo y teatro.*
Mariano Picón Salas. *Relación con las Antillas.*
Juliana Hermil. *Meditaciones breves.*

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS:

Enrique Molina. *El Instituto Juan Jacobo Rousseau.*
Roberto Meza Fuentes. *Tres poetas españoles.*
José Vasconcelos. *Los ríos creadores.*
Marta Vergara. *Proust: El prisionero de sí mismo.*
Manuel Ugarte. *El dolor de escribir.*
Humberto Díaz Vera. *Los payanos.*
R. Silva Castro. *Joaquín Cifuentes Sepúlveda.*
Hans Jacob. *Algunos nombres de la literatura alemana.*
Leopoldo Pizarro. *«Un vagabundo toca con sordina», de
Knut Hamsun.*
Fernando García Oldini. *Reminiscencias de la Confe-
rencia del Trabajo.*

NOTAS Y DOCUMENTOS

EX-LIBRIS — GLOSARIO DE REVISTAS
DISPARATORIO

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 -- Mayo de 1929

EN EL CURSO DE 1929

A T E N E A

PUBLICARA, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES TRABAJOS, ESCRITOS ESPECIALMENTE PARA SUS PAGINAS:

EL DIARIO DE JULES RENARD,
por Alone.

JOHN GALSWORTHY,
por Amanda Labarca H.

ENSAYO SOBRE LA CRÍTICA,
por Raúl Silva Castro.

SOMERSET MAUGHAM Y
SU ARTE DE NOVELAR,
por Mariano Latorre

LA NUEVA LITERATURA
MEJICANA,
por E. Abreu Gómez.

BENJAMÍN JARNÉS,
por Raúl Silva Castro.

EDGARD A. POE, EL HOMBRE,
por A. Torres Rioseco.

EL PROBLEMA AGRARIO DE LA ARGENTINA,
por Carlos Keller R.

A D E M A S:

POEMAS

de Salvador Reyes, Pablo Neruda, Tomás Lago, Angel Cruchaga, María Monvel, Carlos Acuña, Félix A. Núñez, Manuel Rojas, José Manuel Sánchez, etc.

CUENTOS

de Mariano Latorre, Domingo Melfi, Marta Brunet, Manuel Rojas, González Vera, Luis Enrique Délano, Hernán Jaramillo, etc.

CRÓNICAS LITERARIAS Y CRÍTICA DE LIBROS

de Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), Manuel Ugarte, Luis D. Cruz Ocampo, Enrique Molina, Raúl Silva Castro, Jaime Torres Bodet, Osvaldo Vicuña Luco, Mariano Picón Salas, Marta Vergara, Eduardo Solar Correa, Roberto Meza Fuentes, Carlos Acuña, Abel Valdés, Domingo Melfi (*Julián Sorel*), etc., etc.

Pueden 184-92

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Mayo de 1929 — Núm. 53

Romain Rolland.

LA INDIA EN MARCHA

Introducción a un estudio sobre la mística y la acción de la
India viviente.

Estas páginas forman parte de una *Advertencia al lector de Occidente*, que precede a una obra en dos tomos (que se publicará próximamente en París) sobre dos grandes personalidades indias de nuestro tiempo: Ramakrishna y Vivekananda.

El ex-profesor de la Sorbona, retirado hoy en las montañas de Suiza, ha arreglado especialmente esta introducción para nuestros lectores a fin de darles una vista panorámica del movimiento religioso y filosófico indio desde hace un siglo y de su marcha hacia la unidad.

Traducción especial para *Atenea*, autorizada expresamente por el autor, de Carlos Deambrosis Martins.

I

DE consagrado mi vida a la reconciliación de los hombres. He tratado de conseguirlo entre los pueblos de Europa y, particularmente, entre los dos grandes hermanos enemigos de Occidente. Me he esforzado en ello desde hace diez años entre el Occidente y el Oriente. Y quisiera

intentarlo también entre las diversas formas del espíritu que el Oriente y el Occidente han pretendido (equivocadamente) representar: la razón y la fe, pues una y otra están repartidas casi por igual en los dos lados. Aunque no lo parezca...

Si he seguido constantemente esta línea de conducta, no ha sido por principios abstractos. Es porque ésta es mi línea de vida.

Las circunstancias han hecho que esta vida haya tenido desde su infancia que abrirse paso entre campos de espíritu opuestos, de los que conozco por igual las debilidades y las fuerzas, los ciegos prejuicios y las nobles razones de ser y de querer durar.

Al principio, siendo niño, en una provincia francesa, el diario roce entre el catolicismo conservador y el anticlericalismo republicano que, brutalmente acentuado hacia 1880 cuando llegaba yo a París, adquiría un estado de riña crónica, entre el espíritu laico y el espíritu de la Iglesia, entre una fe intolerante y un libre pensamiento que no lo era menos. Después, el gran choque del año 1895 entre cristianos y judíos, entre los nacionalistas y la Internacional. Y luego los choques amenazadores entre la patria francesa y el enemigo hereditario, que no siempre era el mismo (el de Fachoda se había convertido, como se sabe, en aliado cordial en la refriega en que se suicidó el Occidente). En fin, el cuerpo a cuerpo que se anuncia entre la raza blanca, debilitada pero siempre ávida, y el Asia, aparece de repente en la escena del mundo a donde la hizo entrar Europa después de haberla estado abofeteando durante mucho tiempo y de haberla después armado.

En todos estos conflictos siempre he comprobado que cada adversario desconoce al otro, así como sus razones, su naturaleza y sus derechos.

Desde el fin de la guerra me asocié con amigos a quienes mucho aprecio, con el fin común de remediar las injusticias sociales y defender las libertades. Pero

lo mismo antes que ahora tengo pocos amigos que piensen como yo. Pues soy y fui siempre esencialmente religioso, en el sentido libre, enteramente desprendido de todo credo exclusivo.

Ahora bien, yo veo en primer término a los que tienen el alma religiosa encerrarse la mayor parte entre los muros de su capilla, y no sólo se niegan a salir (están en su derecho) sino que rechazarían, si pudiesen, todo lo que existe fuera. Por otro lado, mis compañeros y aliados, que en su mayoría se hallan desprovistos de sentido religioso (están en su derecho), suelen considerarse como designados para combatir y negar el derecho a existir de las almas religiosas. Se los ve encarnizarse en sistemáticas demoliciones de la religión sin darse cuenta de que atacan una cosa que no conocen. Pues ¿de qué sirve razonar sobre la religión, según el único aspecto con que nos la presentan los textos históricos o pseudohistóricos que el tiempo ha desmoronado o cubierto con su pátina? Es lo mismo que querer explicar el hecho interior de la conciencia psicológica por la disección de los órganos materiales que son sus instrumentos. Esta confusión que hacen nuestros «racionalistas» del signo de la expresión con la energía del pensamiento, me parece tan ilusoria como la que era común en las antiguas religiones que identificaban las potencias mágicas con las palabras, las sílabas o las letras que las designaban.

La primera condición para conocer, juzgar, y si se quiere, combatir la religión o las religiones, es haber experimentado sobre sí mismo el hecho de la conciencia religiosa. Y aún todos los que han pasado por la profesión religiosa no pueden considerarse calificados para hablar de ella, pues si son sinceros reconocerán que el hecho de la conciencia religiosa y la profesión religiosa son dos cosas distintas. Muchos sacerdotes muy dignos son creyentes por obediencia o por razonamiento prudente y perezoso, puesto que nunca han

sentido la necesidad de la experiencia religiosa, o no sintiéndose con suficientes fuerzas no han tratado de intentarla. Gran número de espíritus que están o creen estar libres de toda religión, viven bañados en un estado de conciencia superrracional, que ellos califican de socialismo, comunismo, humanitarismo, nacionalismo y hasta racionalismo. No es el objeto del pensamiento lo que determina su procedencia y permite decidir si sale o no de la religión; es la calidad de este pensamiento. Si se orienta con intrepidez hacia la investigación de la verdad, cueste lo que cueste, con entera sinceridad y dispuesto a todos los sacrificios, le llamo religioso: pues presupone la fe como punto de mira del esfuerzo humano, superior a la vida del individuo, a veces de la comunidad presente y hasta de la humanidad entera. Aún el escepticismo, cuando es la expresión de la fuerza y no de la impotencia, participa en el gran ejército del alma religiosa.

No tienen ningún derecho, al contrario, para ostentar los colores muchos de esos creyentes de las Iglesias —clericales o laicas— que no creen por ellos mismos, sino que se revuelcan en el establo en que han nacido, ante el pesebre lleno del heno de las creencias cómodas, que sólo tienen que tomarse el trabajo de rumiar.

Bien conocida es la frase trágica sobre Cristo, que «estará en la agonía hasta el fin del mundo». Yo por mi parte no creo en un Dios personal ni muchos menos en un Dios del solo Dolor. Pero creo que (dolor y alegría mezclados, y con ellos todas las formas de la vida) no es de Dios sino lo que es en el hombre y en los hombres y en el universo, un perpetuo nacimiento. La Creación se renueva a cada instante. La religión no es una obra terminada. Es el manantial que brota. No es el estanque. La religión es el acto y la voluntad de obrar, perpetuos.

Yo he nacido en una región en donde hay muchos ríos. Los quiero como si fueran de mi familia y com-

prendo que mis antepasados echasen en ellos el vino y la leche. Ahora bien, de todos estos ríos el más sagrado es el que brota siempre en el fondo del alma entre el basalto, la arena y los ventisqueros. Allí está la primera fuerza que yo llamo religiosa. Es común al arte y a la acción, a las ciencias y a las religiones, a todo este río del alma, que, desde su insondable y sombrío nacimiento se arrastra por la irresistible pendiente hasta el océano del Sér; consciente, realizado, dominado. Y, de la misma manera que el agua sube en forma de vapor, desde el mar a las nubes para alimentar el caudal de los ríos, los cielos de la creación se encadenan sin interrupción. Y, desde el manantial al mar y desde el mar al manantial, es la misma Energía, el Sér, sin principio ni fin, que es igual que se llame Dios (¿qué Dios?) o fuerza (¿qué fuerza?). Aunque se denomine materia (¿qué materia puede designar por igual las energías del espíritu?). ¡Palabras y nada más que palabras!... La esencia es la unidad, no abstracta, sino viva, viviente. Y ésta es la que yo adoro, así como los grandes creyentes y los grandes ignorantes, que la llevan en sí, en ellos mismos, conscientes o inconscientes.

II

A ella dedico la nueva obra que preparo: a la grandiosa, invisible, inmanente, que ata con sus brazos de oro la gavilla matizada de la polifonía: la unidad.

Desde hace un siglo, ella es en la nueva India el blanco a donde todos los arqueros lanzan sus flechas, el mar a donde se encaminan en un Ganges todos los torrentes de las personalidades que han surgido de las antiguas energías de su tierra. Cualesquiera que sean las diferencias entre ellas, no veo a distancia más que un majestuoso *camino que marcha*. La dirección es la misma: la unidad humana, por el canal de Dios. Pero a cada relevo de equipos, la unidad se ensancha, al mismo tiempo que se precisa.

Desde el principio hasta el fin de este gran movimiento se tratará siempre de la cooperación sobre una base de igualdad de Oriente y de Occidente, y de las fuerzas de la razón con ellas, no de la fe, en el sentido de la ciega aceptación que ha tomado en las épocas serviles y en las razas agotadas, sino en el de la intuición viva y vidente: el ojo en la frente del Cíclope, que no anula sino que completa a los otros dos.

Magnífica avenida de los héroes del espíritu, al principio y al fin de la cual se yerguen dos genios de gran potencia, abarcando todo el campo del pensamiento de su tiempo: *Ram Mohun Roy* y *Aurobindo Ghose*. El uno muere cumplidos más de cien años, el otro en pleno vigor; ambos realizan la síntesis de la más alta cultura de Asia y de Europa.

Ram Mohun Roy (1774-1883), educado en la corte del Gran Mogol, en donde era todavía el persa la lengua oficial, había aprendido siendo niño el árabe y leído en este idioma a Aristóteles y a Euclides, aunque como Brahamán era ortodoxo de nacimiento nutrido con el pensamiento islámico, conocía el sánscrito, el bengalí, el hebreo, el griego, el latín y el inglés, rajá, embajador del emperador de Delhi en Inglaterra, poderoso reformador en perpetua lucha con los prejuicios religiosos y sociales de su pueblo, dejó allí después de sesenta años de heroica labor, hundida en el surco la reja de su famoso *Brahmo Samaj*, del cual ha celebrado este año la India el centenario (25 de Agosto de 1828), la Iglesia Universal, la casa del uno todo poderoso, abierta a todos los hombres sin distinción de color, de casta, de nación, ni de religión—esta *Magna Charta Dei* que ha fundado una edad nueva de la India y de Asia.

Pero la unidad forjada por este príncipe del espíritu, era la de una *élite*, como él, aristocrática y de la cual los Tagores fueron, según él, los nobles representantes. En su *Brahmo Samaj* pretendían unir, pero dominándolos desde lo alto de su real idealismo, los idealismos

más puros, los sangre-azules del pensamiento religioso de Europa y de Asia.

Con el gran *Keshub Chunder Sen* (1838-1884) se ve crecer el río. Se abren las primeras esclusas de sangre roja, sangre del Cristo, sangre de todos los precursores de la familia humana: profetas, santos, mártires, sabios, apóstoles, misioneros, filántropos de todos los países y de todos los tiempos, de todos los héroes de la bondad y de la verdad (y la ciencia tiene su justo lugar): pues cada uno es un mensajero del cielo que está por encima del hombre. Keshub trae a la India la *Nueva Dispensación*, el mensaje que, en su pensamiento, es la continuación del Evangelio de Jesús y que debe dirigirse a todos los pueblos de la tierra. Pero su unitarismo sigue siendo de una aristocracia que por ser más democrática que la de Roy y corresponder poco más o menos con la de nuestros grandes intelectuales de Occidente en la época en que en la Sorbona hacían su confluencia el Dios y la Razón, impone a todos la ley del teísmo riguroso, emparentado con el de la Biblia, e igualmente cerrado al monoteísmo absoluto que trata desde luego de ateísmo, y al politeísmo popular, que se esfuerza en reducir a la condición intelectualista de atributos del único Dios.

Tal radicalismo en un movimiento de reformas, demasiado marcadas con la huella de Occidente, trae la reacción nacional y popular de Dayananda Sarasvaty (1827-1883) que opone al Brahmósamaj el Aryasamaj (1875), fundado sobre principios no menos puros, pero cuyos elementos estaban tomados exclusivamente del fondo de pensamiento racial, rigurosamente filtrados y reorganizados, de grado o por fuerza en un viril y severo teísmo hindú.

Pero entre los dos teísmos de Keshub y de Dayananda estaba toda la selva: los millones de dioses y el sér sin forma ni nombre: lo absoluto.

Ahora bien, el paso decisivo está dado al mismo

tiempo por un simple vidente de gran corazón: Ramakrishna (1836-1886) que presenta el gran río de dios al cual afluyen todos los riachuelos y todos los arroyos. No excluye a ninguno: ni a los pueblos que veneran a humildes diossecillos, ni a los de los grandes dioses de la India, de Judea, del Islam o de Galilea, ni al Dios-Padre (o Madre), ni al Océano sin orillas ni fondo, la indecible unidad. Todos, su sed sagrada de lo Divino les absorbe. Dice sonriendo: «¡Que vengan más todavía! ¡Todas las puertas están abiertas a los dioses del porvenir! Pues todos los que fueron, son y serán, son uno.»

Lo que el único del corazón había realizado en Ramakrishna—la Unidad encarnada, que él fué, y que por él se convirtió en el Verbo de una nueva catolicidad—ha encontrado su San Pablo, pero de una amplitud de espíritu más enciclopédica, en la gran disciplina, Vivekananda (1863-1902). En su obra escrita y en su predicación ha vuelto a tomar el mensaje del maestro, con su pasión propia y su potencia intelectual. No solamente ha elevado a la Unidad del Espíritu humano un monumento del pensamiento, en donde la ciencia de Occidente y la ciencia vedántica tratan de armonizarse y de donde no se excluye ninguna forma del libre pensamiento, ni aún la negación. Ha puesto fin al divorcio que separaba en su pueblo la meditación de la acción, y creado un orden semejante a los de la antigua cristiandad en su edad heroica, que conduce de frente el servicio del Espíritu eterno y el servicio de los hombres errantes, dolientes y mortales. Este orden, cuya gran enseñanza tiende a crear el hombre completo, por la triple cultura de la cabeza, del corazón y de las manos, cuyo único objeto es el de cumplir la armonía y la cooperación de las creencias y de las doctrinas del universo, forma una constelación de monasterios, escuelas, hogares de servicios, cuya estrella polar está sobre las nieves de los Hima-

layas, el Advaita Ashram, consagrado al monismo absoluto de la ciencia y del Vedantismo abstracto y, sobre estas altas mesetas del espíritu que dominan todos los caminos del pensamiento, en donde se encuentra el Occidente con el Oriente.

III

Y no es esto todo. He aquí a Aurobindo Ghose, la síntesis más completa que se ha realizado hasta hoy del genio de Europa y del Asia. Penetrado de la ciencia moderna y de la sabiduría de las escrituras indias de las que es hoy en la India sabio y atrevido intérprete, habla y escribe el sánscrito, el griego, el latín, el inglés, el francés y el alemán, antiguo jefe político de la Bengala rebelde, ahora retirado en Pondichery, en donde hace cerca de veinte años ha reconcentrado sus energías en las profundidades de la sabiduría y la ciencia de la India. Ahora mismo lleva a su pueblo un nuevo mensaje que completa los precedentes y que tratando de armonizar los esfuerzos de la India con las actividades de Occidente, hace girar hacia la acción ascendente todas las fuerzas del espíritu. El Occidente que se complacía en presentar un Oriente pasivo, estático, ataráxico, se hallará sorprendido al ver dentro de poco una India que nos adelantará en la embriaguez del progreso y del movimiento ascendente. Si, con Ramakrishna, Vivekananda y Ghose, retrocede por momentos hasta las lejanías de su pensamiento, es para tomar carrera, a fin de saltar mejor y más de prisa. Un Aurobindo Ghose se halla inflamado de una fe sin igual en los poderes ilimitados del alma y en el progreso humano. Entera es su aceptación de las conquistas materiales y científicas del espíritu de Europa; pero él las considera como un nuevo punto de partida; quiere que la India utilizando estos métodos los aventaje. Pues cree que la humanidad está a punto de en-

sanchar su dominio por un nuevo saber, por nuevos poderes, por nuevas capacidades, que crearán una revolución tan grande en la vida humana como la que hizo la ciencia física en el siglo XIX. Es la incorporación reflexiva, metódica, en la ciencia integral de la intuición, explorador y furriel del espíritu cuya razón lógica es el grueso del ejército y asegura sus conquistas. Ninguna solución de continuidad entre la unidad divina y el hombre que obra. No es ya cuestión de renunciar a la Naturaleza, ilusoria, para libertarse en Dios. No se libra uno completamente más que aceptando con viril alegría la Naturaleza integral, maridándose a ella, dominándola. Nada de abdicación. Nada de venda. Del corazón de la unidad conquistada, del sér tranquilo y sin lazos, la vida total, el juego cósmico se abrazan en su infinita multiplicidad por todas nuestras energías, en plena conciencia, con los ojos abiertos. El Dios obra en y para el hombre. Los hombres libres son los canales de acción en este mundo.

USHA (la aurora) va hacia el fin de las que van más allá, es la primera en la eterna sucesión de las auroras venideras. Se confunde con las auroras que brillaron en lo pasado y con las que brillarán en lo porvenir. Aspirando a las antiguas resplandece con su luz. Proyectando más adelante su iluminación comunica con las que vendrán...

Empezamos a percibir el sentido de la prodigiosa curva del espíritu humano desde hace dos siglos, su emancipación por el racionalismo crítico, negador y revolucionario, el sublime desarrollo de la ciencia experimental y positiva en el siglo XIX, sus inmensas esperanzas y sus promesas fabulosas, su quiebra parcial al final del siglo XIX, esta especie de movimiento sísmico procedente de los comienzos del siglo XX que sacude los cimientos del edificio del espíritu, la inseguridad de las leyes científicas que evolucionan y varían como la misma humanidad, la entrada en juego

de la relatividad, la invasión del subconsciente, el racionalismo antiguo amenazado que pasa del asalto a la defensa, sin que las antiguas fes puedan encontrar, en el terreno que la razón ha arruinado, los viejos cimientos para reconstruir sobre ellos...

Aquí está: ¡todo ha servido! He aquí que llega la promesa de una edad de nueva síntesis en la que un nuevo racionalismo más amplio se unirá a un nuevo intuicionismo establecido sobre más sólidas bases. Los esfuerzos reunidos de Oriente y Occidente crearán un nuevo orden de pensamiento más libre y más universal. Y como sucede siempre, en la edad de la plenitud, el resultado inmediato de este orden interior será la afluencia de fuerza y de confianza, la llama que alimenta el espíritu, un renuevo de la vida individual y social...

Allí donde el espíritu no tiene miedo y se va con la cabeza erguida, allí donde es libre el conocimiento, allí donde no se ha dividido el mundo entre estrechas paredes medianeras, allí donde las palabras emanan de las profundidades de la sinceridad, allí donde la clara corriente de la razón no se extravía en el árido y triste desierto de la costumbre, allí donde el espíritu adelanta en el continuo desarrollo del pensamiento y de la acción..., allí nos encaminamos nosotros, en medio de las tempestades, guiados por nuestras constelaciones.

IV

Pero no estamos allí y, por ahora, volvamos a los que nos abren el camino hacia los nuevos puntos de vista desde donde descubriremos la unidad que se ignora, del pensamiento humano y de sus grandes rebaños que se atropellan en la arena.

Voy a contar la historia de Ramakrishna y de Vivekananda, que publicaré en una obra próximamente.

El asunto de esta obra es triple y uno, comprenderá el relato de dos vidas extraordinarias, la una casi fabulosa, la otra verdaderamente épica y que acaban de desarrollarse en nuestro tiempo, a nuestras puertas: la exposición de un poderoso pensamiento religioso, filosófico, moral y social que, saliendo del fondo de los siglos de la India, se dirige a la humanidad de hoy.

Aunque el interés patético, la poesía fascinadora, el encanto y la grandeza homéricos de las dos vidas bastan para explicar que me haya pasado dos años de la mía en estudiar su curso y en explorar sus orillas, a fin de que ahora paséis por ella la vista.

Yo no soy diletante. No traigo a los lectores fatigados razones para eludir sino para encontrar. Encontrar el yo profundo, desnudo, sin máscaras, sin mentiras. Me he unido a los que lo han buscado, sin preocuparme del límite de los siglos ni de las naciones. No es para el alma desnuda, Occidente ni Oriente: son sus vestidos. El mundo es su casa. Siendo su casa de todos lo es también para todos.

¡Dispensadme si para hacer comprender el pensamiento íntimo de donde ha salido este escrito—esta voluminosa obra sobre la India—me presento un momento en escena! Pero es sólo a título de ejemplo excepcional. Yo soy uno de nuestro pueblo. Soy un representante de millares de hombres de Occidente que no tienen medios o tiempo para expresarse. Cada vez que alguno de nosotros habla desde el fondo del corazón a fin de libertarse, al mismo tiempo su voz liberta a millares de silenciosos. ¡Así, pues, escuchad no mi voz sino el eco!

He nacido y he pasado los catorce primeros años de mi vida en el centro de Francia, en donde mi familia se había establecido hacía algunos siglos. Mi linaje es exclusivamente francés y católico, sin ninguna mezcla extraña. Hasta que me fuí a París, pasé mi infancia en una provincia nivernesa, que no dejaba que se filtrase ningún elemento de fuera.

Ahora bien, en ese vaso cerrado, modelado en la arcilla de los galos, con su cielo azul de lino y el agua de sus ríos, he encontrado desde mi niñez todas las impresiones del universo. Cuando más tarde he recorrido los caminos del pensamiento, en ningún país he encontrado nada extraño. Todas las formas de las almas me eran conocidas o las había presentido desde su origen. La experiencia de fuera sólo me traía la realización de estados interiores que yo había registrado sin poder encontrar la clave. Ni Shakespeare ni Beethoven, ni Tolstoi ni Roma, mis grandes maestros, me han revelado más que mi «¡Abrete sésamo!» de mi ciudad subterránea, de mi Herculano, que dormía bajo la lava. Me he convencido que duerme en el fondo de muchos de los que me rodean. Pero ignoran su asiento como yo lo ignoraba. Y, muy pocos se han atrevido a ir más allá del primer piso de la cueva, limitando sus necesidades con economía, y la voluntad de orden de los maestros que han cimentado la alternativamente real y jacobina unidad de Francia. Yo admiro esta construcción. Historiador de profesión, veo en ella una de las grandes obras de la energía humana, iluminada por el espíritu. . . . *Ære perennius*. . . Pero, según la antigua leyenda que, para que durase la obra se había de emparedar en ella a un hombre vivo, nuestros arquitectos han ahogado en su mortero a millares de almas. Y no se las volverá a ver bajo el revestimiento de mármol y cemento romano. . . . ¡Pero yo, yo las oigo! Todo el que preste atención las oirá como yo mientras se desarrolla la noble liturgia del pensamiento clásico. El oficio que se celebra en el altar mayor casi no hay que tenerlo en cuenta. Pero sí a los fieles que siguen a esta multitud dócil y distraída que se arrodilla y se levanta, según las señales que le hacen. Francia es rica en almas. Pero la vieja aldeana las oculta, como sus escudos.

Acabo de encontrar la llave de una escalera perdida

que conduce a algunas de estas almas vedadas. La escalera, que cual una serpiente, se desenrolla desde el fondo de los subterráneos del yo hasta las altas terrazas, cuya frente se halla coronada con una cabellera de estrellas. Nada de lo que allí he visto me era desconocido; todo aquéllo lo había visto ya, pero no sabía dónde. Más de una vez había recitado de memoria— aunque no sin faltas— la lección del pensamiento, que antaño había aprendido (¿pero de quién?, de uno de mis yo muy antiguo). La digo hoy clara y cumplidamente en el libro que me tiende el genial analfabeto que sabía de memoria todas las páginas: Ramakrishna.

Os lo presentaré, pero no como un libro nuevo sino como un libro viejo que habéis deletreado. En el fondo, el libro que se lee es siempre el mismo aunque la letra varíe. La vista suele quedarse fija en la cáscara del fruto sin morder la carne. Este es siempre el mismo libro. Este es siempre el mismo hombre. El hijo del hombre, eterno. Nuestro hijo. Nuestro dios añorado. En cada una de sus vueltas se revela un poco más, más rico de universo.

Con las diferencias de los países y del tiempo, Ramakrishna es un hermano pequeño de nuestro Cristo. Si se quiere se puede demostrar, como se esfuerza en ello la exégesis libre-pensadora de hoy, que toda la doctrina del Cristo estaba difundida antes de él, en el alma oriental, sembrada por los pensadores de Caldea, de Egipto, de Atenas y de Jonia. No se hará nunca que la persona del Cristo, real o legendaria (estos son dos órdenes de la misma realidad) no domine en la historia del hombre la persona de un Platón. Es la creación monumental y necesaria del alma de la humanidad. Es su fruto más hermoso y uno de sus otoños. El mismo árbol ha producido por una misma ley de la naturaleza la vida y la leyenda. Ambos son la misma carne viva y el halo de su mirada y de su aliento.

Yo traigo a Europa y a América, que no los conocen, el fruto de un nuevo otoño, un mensaje nuevo del alma, la sinfonía de la India que se llama Ramakrishna. Podrá demostrarse (y nosotros no dejaremos de indicarlo) que esta sinfonía, como las de Beethoven, está compuesta con cien elementos musicales del pasado. Pero la personalidad maestra en la que se concentran la diversidad de los elementos y que los organiza en una soberana armonía, es siempre la que da su nombre a la obra en que han trabajado varias generaciones. Y con su signo victorioso ella es la que marca la era.

El hombre cuya imagen evoco fué el coronamiento de dos mil años de la vida anterior de un pueblo de trescientos millones de habitantes. Aunque hace cuarenta años que murió, es el Animador de la India de nuestro tiempo. No era ni un héroe de la acción como Gandhi, ni un genio del arte o del pensamiento, como Goethe o Tagore. Era un sencillo aldeano de Bengala, cuya vida exterior se desarrolló en un cuadro limitado sin incidentes importantes, fuera de la acción política y social de mi época. Pero su vida interior abarca la multiplicidad de los hombres y de los dioses. Participaba en el mismo manantial de la energía de la divina Sakti, que canta el viejo poeta de Mithila (1).

Muy pocos llegan al manantial. El humilde campesino de Bengala, escuchando su corazón, ha encontrado los caminos del Mar interior y se ha unido a él realizando los versículos de los Upanishads:

Yo soy más antiguo que los Dioses resplandecientes. Yo soy el primer nacido de las esencias.

Yo soy la arteria de la inmortalidad.

Yo quisiera hacer oír los latidos de la arteria, a los oídos del Occidente febril, que ha matado el sueño.

Quiero frotar sus labios con la sangre de la inmortalidad.

(1) Vidyapati.

Atenea.—14

POEMAS

PALABRAS EN EL CREPUSCULO



A tú me quieres hoy que yo te quiero más que nunca. Mi paz y mi silencio se filtraron en tu alma gota a gota en un limpio y frutal recogimiento de Otoños, y tus ojos, al escucharme fueron adquiriendo la placidez con que los grandes ríos le encantan a la tarde su silencio.

Yo sé que tú no me querías antes y hoy me quieres apenas, y tu amor sosegado, canción crepuscular que en una senda de los valles se llena de luceros, es claridad serena que no alcanza el ardor de las hogueras.

Pero no te pedí que me quisieras. Estaba tan dichoso con quererte y sentirme vivir en tu belleza que hallé en el mismo amor la recompensa y nunca te pedí que me quisieras.

Sé que antes no me amabas
y ahora estoy en ti, como la tarde
en los remansos, como el aire claro
en las copas maduras de los árboles,
como el humo dormido de las chozas
en el fondo apacible de los valles,
como en las olvidadas plazoletas
la misteriosa vibración del Angelus...

Lenta concentración maravillosa
tu corazón de mí está lleno,
tranquilamente, suavemente lleno
cual la colmena a fines del Estío,
como mi corazón en el silencio
de los crepúsculos, como mi alma
cuando tú hablas con trémulo acento.

Amor que es casi todo claros sueños
porque templó sus dardos
en un divino fuego,
absorto amor casi contemplativo,
madura beatitud, río sereno
por donde se entra a un Paraíso eterno.

Arca de mis ensueños,
remanso azul para una vida entera,
tu corazón del mío está colmado.
En tus pupilas hondas y serenas
todas las llamas de mi poesía
se reflejan cual pálidas estrellas.

Miro las copas llenas de retoños
y aguardo sin dolor la Primavera.

LA LUZ QUE VUELVE

Tras larga temporada ausente
la luz ha vuelto esta mañana:

¡qué alegre, qué dulcemente
baila la luz, mi maga hermana!

En un país de maravilla
aprendió la magia suprema
y fulge cada piedrecilla
bajo sus pies como una gema.

Delira en mojados verdores
y en ramas desnudas cintila
y se hace dulzor de dulzores
en el azul de tu pupila.

Sol en flor, los lindos aromos
forman zócalo áureo al pinar,
y encienden un azul de cromos
jovial el cielo y gayo el mar.

En mis labios hay un cantar
y en tu alma se abre una flor:
¡cómo vuelve la luz solar!,
¡cómo torna a mi alma el amor!

Divina efusión de campana
estremece el azul flamante:
¡la luz ha vuelto esta mañana
virginal, nueva, delirante!

Es la primera luz radiante
que alumbra mi último amor:
que el mundo todo para él cante:
cielo y mar y aromos en flor.

Canta el alegre surtidor,
canta límpida una campana:
¡la luz ha vuelto esta mañana,
la luz, Amor!

MOMENTO DE ORO

—¡Qué lindo está el día!, ¡qué lindo!—
repica tu voz de cristal!
Mancha infantil, la flor del guindo
expresa tu alma virginal.

Día de oro, todo es dorado,
el cielo azul y el surtidor:
por el verdor nuevo del prado
circula un dorado temblor.

Entra la luz en nuestras venas
como en la fontana tranquila,
y tus palabras están llenas
de oro, y es de oro tu pupila.

El mundo es un vaso sonoro
que colma un dorado licor:
estoy ebrio de oro, ebrio de oro,
estoy ebrio de oro por tu amor.

Y por los aromos, la llama
dorada que ciñe el pinar,
y por el brote y por la grama
que el sol parece evaporar.

¡Oh!, transparencia del ambiente,
fresco hormigueo juvenil!
¡Oh!, amada mía, clara fuente
que manas esta luz sutil!

Mi corazón de azul rebosa
y en mis venas palpita el oro:
soy tan feliz que casi lloro
al ver la tierra tan hermosa!

NOVELA, ESTILO Y TEATRO

LA novela tiene como objeto la vida humana. No se concibe una novela viable que no se base en este fundamento. Ahora bien, la novela considerada como relato de existencias, puede producirse en dos estilos fundamentales. El uno es el presentativo y el otro es el narrativo.

Llamo presentativa a aquella forma de dar a conocer los sucesos novelescos que permite al lector disfrutar de un contacto directo—en cuanto esto es posible—con el personaje. El autor no le ahorra al ser ficticio, que es su creación, ningún trabajo. Lo abandona a su suerte, y deja que se produzca valido de sus propias fuerzas. En el estilo presentativo la descripción huelga o, por lo menos, se reduce considerablemente. Los personajes se van diseñando por sí mismos a medida que la novela transcurre. Se dibujan en sus conversaciones y en sus confesiones. Puede ocurrir que uno o varios no logren precisar una fisonomía sino hacia el fin del libro. También puede suceder que el libro se cierre y uno o más personajes no consigan formular su fisonomía espiritual. No importa. En la vida sucede otro tanto. La mayoría de los hombres con quienes estamos tratando nos oculta celosamente parcelas no pequeñas de sus existencias. El novelista, más afortunado, re-

duce estos seres a unos pocos, a los menos. ¿No es verdad que una novela cuyos personajes se diseñan con demasiada precisión da la idea de ser poco seria, más propia para la lectura infantil que para la adulta?

En el estilo presentativo la habilidad del escritor debe ser grandísima. Aventurado parece afirmarlo: es propio del novelista genial el estilo presentativo. Las dificultades de esa tarea son cuantiosas, y sería largo enumerarlas todas. Anotemos, sin embargo, la de mantener erguido un carácter sólo con lo que el hombre dice y lo que de él se dice. Otra, no menor, es la fidelidad necesaria para dar a cada ser un tono diverso que lo individualice y para alejar toda sombra de parecido entre figuras que no deben o no pueden ser parecidas. Es una carrera de obstáculos. Se precisa verdadero genio novelesco para salvarlos.

El estilo narrativo, en tanto, permite la entrada del autor a la escena. Entiéndase que el novelista no hablará para adoctrinar o para encararse con los personajes, sino para «narrar» en reemplazo de ellos. El novelista pasa, de tal manera, a ser un personaje más, pero con una visible diferencia: es un personaje puramente utilitario, cuya vida no pesa en el cuadro de la novela y de cuya actividad no se reflejan sino la capacidad descriptiva y la memoria. Para hacer una novela de estilo narrativo parece necesitarse menos genialidad. Miles de hombres la han trazado según un cartabón fácil, o de aprendizaje poco esotérico. La novela narrativa es una novela sin genialidad, sin «élan». Puede llegar a interesar; conmueve difícilmente. Ha nacido para públicos fáciles y la cultivan ingenios poco agudos.

Si se examina cuáles de las novelas universalmente reconocidas como las más importantes se pueden agrupar en uno y otro de los estilos señalados, se encuentra uno de inmediato con las de Dostoyevsky. Las novelas de Dostoyevsky son presentativas en un grado

egregio. Nada de descripción en ellas. Un mínimo de intervención del autor. Los personajes parecen pasearse por la escena enteramente ignorantes de la sujeción de sus existencias a su creador. Hablan mucho (hay críticos que llegan a reprocharles que hablen tanto), y merced a eso se distinguen entre sí. Cuando Dostoyevsky en *El idiota* quiere darnos a conocer sus impresiones sobre el instante anterior a la muerte, Muichkin se encarga de hacerlo. En seguida no es el novelista el que nos cuenta cuáles fueron las vicisitudes del príncipe en Suiza y qué hacían con él, cuando salía a pasear, los muchachuelos de la ciudad en cuyo sanatorio estuvo. El propio Muichkin es quien lo dice.

Pero el procedimiento llega a su culminación en *Los hermanos Karamazof*. La tarea es, desde luego, más compleja. Hay que presentar a varios seres de catadura moral muy distinta, de atropellado dinamismo moral. Son borrachos, dilapidadores, ladrones, crueles. Se pelean groseramente entre sí. Sus apetitos sensuales corren parejas con las inquietantes torturas que padecen sus espíritus, combatidos por fuerzas antagónicas. Es sorprendente ver cómo se dibujan esos hombres, de qué manera siniestra se van mostrando sus facciones, enrojecidas por la pasión, abotagadas por el vicio, lívidas por la cólera o el rencor. El novelista toca en esta novela la cumbre del procedimiento. No hizo él mismo nada más completo en su vida. Nadie se ha acercado después, ni con mucho, a su ingente grandeza.

¿Cómo escoger, entre las innumerables novelas de estilo narrativo, la que representa más adecuadamente la especie? Anotemos desde luego un nombre: *Germinia Lacerteux*, de los hermanos Goncourt. Es una novela prodigiosa precisamente por lo errada. En ella los novelistas no hacen esfuerzo alguno por que su personaje se presente a sí mismo, se produzca a la vista del lec-

tor. Los autores están siempre presentes y traducen los actos y las conversaciones mismas, propias de la novela, en palabras suyas. No se lee aquí una novela sino un relato. ¿Se necesita genialidad para hacer esta crónica novelesca? Creo que no. Basta con lo mismo que basta al historiador: fidelidad y buenos documentos. Y esto no extraña si se mira la hora que señala el arte en vida de los Goncourt. Es la del documento humano. Pero *Germinia Lacerteux* no es el documento viviente sino el documento elaborado, masticado ya. Si se extrema, se encontrará que no es ni siquiera tal documento sino su despojo.

Se dirá: se ha escogido la peor de la serie, la más narrativa de las narrativas. Sí, precisamente, con la misma lógica con que recurrí a las más presentativas de las presentativas. Y es que los estilos son diferentes en calidad.

Claro está que entre el estilo puramente presentativo y el puramente narrativo hay multitud de matices. Balzac, Flaubert, Tolstoi, Stendhal, Gorki, Baroja, Hardy, Rolland, han escrito grandes novelas que no pueden asimilarse sin violencia a una sola de estas especies. Participan un poco de ambas, son novelas menos sectarias. Pero acuda el lector a los fragmentos que le parezcan más destacados de las mejores novelas de tales autores. Es seguro que recordará los trozos presentativos y no los narrativos. Es decir, sabrá cómo tal personaje confesó a tal otro que lo odiaba y porqué. Posiblemente llegará a saber con qué palabras fué hecha esta confesión. No recordará las tiradas en que el autor hacía el recuento de los objetos que se encontraban en la habitación o los rasgos del paisaje en que se movían los seres por él creados. Lo presentativo es captado fácilmente por esa selección inconsciente de la memoria, y este no es un detalle baladí. Es que como calidad

humana, el estilo presentativo rinde notas insuperables. Y en la novela se busca, lo primero, calidad humana.

Se toca aquí un problema frecuente: la novela ¿necesita estar escrita en un buen estilo? En general, se puede afirmar que el estilo es fundamental en la obra literaria. Las obras mal escritas lo están en la arena. Se borran. Pero en la novela el problema no parece tan claro. Se acostumbra considerar como paradigmática de la perfección novelesca, por lo menos en la manera realista, *Mme. Bovary* de Flaubert. Es una gran novela ¿qué duda cabe? ¿La mejor? Eso ya no se ve tan claro. No parece difícil asegurar que es parte considerable en su fama, tan dilatada y a la vez tan profunda, el encanto del estilo. Nos encontramos frente a una novela espléndidamente escrita. Pero, ¿dónde está bien escrita? Donde el autor narra, donde describe, donde pinta. No podía hacer hablar a sus personajes en un buen estilo porque nadie en la vida lo hace. La corrección del estilo, el encanto artístico de la novela es posible, entonces, en lo narrativo y no en lo presentativo.

Pasemos ahora a una novela en que lo narrativo sea lo menos, apenas aparezca, y en que lo presentativo sea todo lo demás. Ya está nombrada: *Los hermanos Karamazof* de Dostoyevsky. ¿Es posible pedir a una novela puramente presentativa un buen estilo? No parece lógico. Una novela presentativa se compone de conversaciones, de charlas, de monólogos interiores. El lenguaje de estos debe ser natural y espontáneo para dar sensación de lenguaje vivo y no de simple planta de invernadero. En la conversación los dones del buen estilo no se dan, o se dan raramente. Un mundo compuesto de gentes que hablaran como se escribe sería muy aburrido (1). En el monólogo interior la sintaxis misma

(1) ¿Se deberá a eso la atmósfera letal de las Academias? Dejemos insinuado el tema tan sabroso. Otra será la ocasión de insistir en él.

no existe, ni los signos ortográficos con que se ayuda la expresión escrita. Una novela que aspire, pues, a ser como un panorama de conversaciones (relación del hombre con sus semejantes) y de monólogos interiores (relación del hombre consigo mismo, problemas de la conciencia o de la subconciencia), no tiene por qué aspirar al buen estilo. Tal vez ni siquiera deba.

Y así ocurre en Dostoyevsky. El estilo no era su predilecto. Y así ocurre en Balzac. Balzac creía escribir bien; es la verdad que también creía ser hombre de negocios y no hizo sino arruinarse toda su vida. Y así ocurre en todos y cada uno de los hombres para quienes es válida la fórmula con que he iniciado estas observaciones: la novela tiene como objeto la vida humana.

Pero si el estilo no se da en la novela y una dosis demasiado subida de él puede llegar a serle nociva, en cambio es indispensable en otros géneros literarios. En la obra de creación no novelesca—poema, ciertas formas del ensayo—y en la obra de comentario—crítica, otras formas del ensayo—el estilo es fundamental. No puede faltar. Así como no se concibe una novela sin el sostén de lo humano, tampoco se concibe un poema sin el sostén del bello estilo. La economía de la expresión lírica exige un régimen riguroso de palabras y de símbolos espirituales. Una metáfora mal conducida hace fracasar los más bellos versos. Al revés, la más hermosa metáfora no alcanza a ser poesía en versos torpes y cojitrancos. El ensayo... ¿Es necesario decir que el ensayista es, antes que nada, un estilista? Con una diferencia: es un estilista que piensa, mientras que el poeta no necesita pensar, puesto que el poema, operación espiritual primorosa, no es obra de pensamiento.

En la crítica también el estilo es elemento sustantivo. El crítico debe saber decir bien. Esa es la única forma que tiene a su disposición para dar a su lección una duración temporal vasta. El crítico de expresión

confusa y desatinada no parece siquiera ser crítico. De tal manera se nos ocurre consustancial a la crítica el claro estilo, el buen estilo. A menudo debe el crítico reprochar a los autores el empleo errado de algunas palabras, las audacias torpes de lenguaje, los pensamientos de incompleta o de confusa expresión. ¿Cómo podrá hacerlo en un estilo lleno de baches? Su lenguaje debe estar depurado de lo mismo que reprocha a los demás. Es tal vez en la crítica donde la magia de un buen estilo se revela más claramente. Pero también es este el género en que parece, en general, más difícil sobresalir. En efecto, los demás géneros literarios tienen un público indiferenciado. Se adquiere fama de buen novelista entre los más exigentes lectores y entre las modistillas, a la vez. El crítico, en cambio, tiene una audiencia restringida, compuesta sólo de aquellos individuos—siempre escasos—a quienes las operaciones intelectuales interesan en cuanto fenómenos contingentes. No se lee la crítica con interés humano sino con interés intelectual.

Alguna vez que se me ha provocado a hablar sobre el teatro he manifestado con franqueza excesiva mi opinión, no tanto sobre el género como sobre quienes lo cultivan. Personas de tan escaso discernimiento como amor entusiasta a la industria que les da de vivir han hecho una arbitraria interpretación de lo que yo he dicho. Es muy natural que se defienda lo que da para vivir. No es lógico que se extienda a un género literario lo que se ha dicho de quienes lo cultivan lo mismo que otra fuente cualquiera—ganadería, comercio—de entradas.

El dramaturgo al uso es un ser primario, sin noción alguna de su arte ni de otro alguno. A menudo ha pa-

sado de la escuela elemental a escribir para la escena. No pretendo que no existan hombres tan bien dotados que no puedan pasar de las primeras letras a las bellas letras. Más aún: he afirmado que ello es posible (1). Pero es preciso tener en cuenta que consagrar un hecho efectivo, conocido, no es lo mismo que dar a este hecho categoría de principio o de cartabón.

Ahora bien, en el caso del dramaturgo conocido en Chile, preciso es confesar que la ignorancia absoluta parece ser el cortejo inseparable de una cósmica petulancia. Los dramaturgos que conozco se caracterizan por su inmodestia unos, y otros por su desprecio de la cultura. Si estos caracteres intelectuales no son nefandos, no sé que haya otros que lo sean en mayor grado. Existe cierto personaje para quien la lectura se aparece como una amenaza a la virginidad de su espíritu. No lee porque teme verse «influenciado». El sabrá por qué tiene tanto temor a la lección de los demás. Los demás también lo sabemos. Conozco a otro que cree sinceramente, con todas las fuerzas de un corazón vehemente, ser tan grande como Shakespeare. Ha oído hablar a alguien del dramaturgo inglés y acaso ha leído en una colección popular alguna mala traducción de su *Hamlet*, y eso basta para que no acepte mayores en su arte sino es el mismísimo dramaturgo de Stratford-on-Avon. Los más difíciles asuntos le parecen a su alcance. Su inmodestia lo hace ver envidia en cualquier consejo y despreciar la opinión de la crítica.

Pues bien, he dicho de estos personajes que jamás he visto en sus manos libros de importancia literaria o filosófica. Si alguno leen, se trata de libros de entretenimiento no sólo vulgar sino hasta grosero. Y esto ha provocado iras y gestos tremendos. Se ha dicho que el que niega importancia a estos seres, por lo demás despojados de ella, relacionados con el arte dramático tan al sesgo como las proxenetas con el amor, ne-

(1) Véase *Atenea*, núm. 1 de 1927. Artículo titulado *La cultura y las letras*.

cesariamente debe negarla al arte dramático. No se distinguen por su fuerza lógica los amigos de Talía.

El arte dramático me parece el arte presentativo por excelencia. El autor no puede intervenir ni mucho ni poco en la obra que escribe. Su persona no tiene ni siquiera un resquicio donde ponerse en contacto con el auditor o con el lector—porque el teatro también se ha hecho para ser leído, y esa es una de sus pruebas más decisivas—. Lo dicho más arriba sobre la novela tiene validez, pues, respecto del teatro. En el teatro la labor del dramaturgo está cargada de responsabilidad literaria. Los personajes teatrales son los que gozan de mayor autonomía frente a sus creadores. Una vez concebido un ser teatral, se le lanza a la escena, y en ella debe ya vivir solo, sin andaderas de especie alguna. El autor se eclipsa, vive ausente de la obra. Es cómodo que se refleje en uno de sus personajes, y de esta manera las ideas y los sentimientos que se expresan en el drama se polarizan en un sentido determinado. Es cómodo, pero no necesario ni siquiera conveniente.

En la novela presentativa el autor, por muy oculto que se mantenga, aparece discretamente de cuando en cuando. Lo hace para narrarnos algunos detalles que no se nos podrían comunicar de otra suerte, para darnos a conocer un ambiente y una que otra acción. Todas estas intervenciones le están vedadas al dramaturgo. El ambiente lo da la escena y la formulación de la escena no es precisamente literatura comunicable al auditor, aunque sí lo sea al lector del drama. Aquí se toca una de las limitaciones dramáticas. El drama se representa en un sitio público, ante una audiencia heterogénea. Su desarrollo está confiado a histriones, que un día asumen un papel, otro día otro. ¿Cuáles son los antecedentes de estos histriones? ¿Qué estudios y qué talento especial tienen para afrontar cometido

tan difícil? De vez en cuando pisa la escena un hombre o una mujer para quien el arte existe no sólo como medio de vida. ¿Cuántas veces ocurre esto en un siglo? Lo común es que el histrión no tenga noción clara de lo que representa y haga su papel con mejor voluntad que disposiciones. Esta limitación del arte dramático es la más seria de todas. Un mal actor no permite apreciar hasta qué punto es fiel la transcripción humana que el drama pretende dar. Un buen actor eleva a cimas inesperadas engendros que no deben merecer sino el olvido. Otra limitación del drama es la escena, librada al cuidado de pintores especializados en la imitación de árboles, de puertas, de paisajes. La imitación es tan burda, que se ha llegado a pensar en dar a la escena teatral no ya la intención de una copia de la realidad sino la de una estilización fantástica. El propósito no está mal si se atiende a la escena como fin en sí. Pero la escena teatral no es eso. En la mayoría de los casos la escena debe reproducir la realidad porque el teatro la reproduce y el fin de una de las partes no puede ser otro que el fin del todo.

El teatro, además, tiene un desarrollo independiente de la voluntad del auditorio. Si al público que oye un drama le agrada una escena, la aplaude, y allí para todo. El lector de una novela puede volver a leer lo que le ha gustado. En la relectura posiblemente confirme su opinión o la rectifique. En todo caso, goza de una libertad (la libertad es inseparable de la crítica) que el espectador de un teatro no tiene. De allí que sea necesario llevar a la escena caracteres muy netamente diferenciados y situaciones rotundas, determinativas. Una pieza en que no se entienda de una vez lo que cada personaje dice, está condenada al fracaso. Más aún: una pieza en que cada escena no sea una acción, o no conduzca fácilmente a la acción, pasa por ser «poco teatral». Positivamente, se sale del teatro.

El mecanismo teatral parece, pues, por culpa de la sujeción en que se halla el teatro respecto de la escena, ser no sólo diferente al de la novela, sino hasta opuesto. No se ha agotado todavía el número de páginas novelescas necesarias para que un personaje cuente lo que piensa, lo que sueña, lo que ha hecho o hará. Cuando la medida del tiempo en la novela parecía haber sido muy retardada por Dostoyevsky y por George Eliot (en algunas páginas de *Silas Marner*, sobre todo), aparece Proust. Y con Proust toda medida anterior parece inverosímilmente rápida. Si el reloj marca en Dostoyevsky los minutos, en Proust no sólo señala los segundos, sino hasta las fracciones de segundo (1).

Ahora bien, la medida del tiempo no es ajena a la calidad del arte o, por lo menos, es inseparable de ciertos resultados artísticos que hasta ahora se han considerado unánimemente como excelentes. Un arte que no permite detenerse a regustar las sensaciones, a analizarlas, a disgregarlas, es un arte primario. De allí el atractivo que el teatro ejerce sobre las multitudes. Positivamente es este el único arte que ha llegado a las masas indiferenciadas. Y cómo no va a ser así, si para ponerse en contacto con él el hombre no necesita leer: un analfabeto no tiene cerrado su acceso al espectáculo, ni siquiera disponer de todos sus sentidos: hasta el ciego entiende lo que pasa en la escena. En suma, el teatro es el único arte que puede ser efectivamente popular.

De aquí ha nacido una sujeción lamentable del teatro a los gustos del público. Entre el dramaturgo que dice:

Y pues lo paga el vulgo es justo
hablarle en necio para darle gusto,

y el que afirma: «No hago comedias para el público sino que aspiro a hacer un público para mis comedias»,

(1) Ver, al respecto, el capítulo titulado *Ideas sobre la novela*, inserto a continuación de *La deshumanización del arte*, de José Ortega y Gasset. Es, sin duda, lo más penetrante que se ha escrito sobre el problema del tiempo en la obra proustiana.

sabemos que la verdad está con el primero. El dramaturgo es, más fácilmente que el novelista, un sirviente del público. No digo que no haya habido o que actualmente no existan dramaturgos en rebelión con el público. Digo que es más difícil encontrar a uno de éstos en esta situación que a un novelista.

De allí también que el triunfo efectivo en el arte dramático (es decir, el triunfo que se debe a una legítima calidad humana y puede, por tanto, como aguzada flecha, perforar las edades) sea más difícil de conquistar. Los oídos de los contemporáneos están repletos de los ecos de aplausos tributados a dramaturgos de quienes nadie sabrá, en pocos años, ni siquiera el nombre. Y es que en medio de tantos hombres a quienes la gloria cegó sólo dos o tres habían rendido notas de vibración duradera. ¡Qué risa da ver al dramaturgo pavonearse al día siguiente de su éxito! Ha triunfado. Entró en la galería de los Lope, los Shakespeare, los Eurípides. ¿Pero cuánto durará allí? Unos, una semana; los más afortunados, unos pocos años.

Se me argüirá que la misma ley rige para la novela. Sin duda rige sobre todas las actividades del hombre porque lo propio del hombre es perecer. Pero los novelistas no se sujetan a los gustos del público para producir o temen menos su dictamen absurdo y anartístico. Su éxito—por lo menos en Chile—tiene siempre una cotización menos amonedable. Cuando el novelista escribe para ganar dinero, se le llama folletinista y no ocupa sitio junto al artista. ¿Qué diferencia existe en el teatro entre el verdadero artista dramático y el que sólo hace la industria teatral, sin atender al arte?

¿Quién quedaría en las filas de nuestros dramaturgos, tan nutridas hoy, si se ejerciera tal policía?

RELACIÓN CON LAS ANTILLAS

Del libro *Odisea de Tierra Firme*.

CUANDO en la Geografía de Smith para uso de las escuelas hispano-americanas contemplé por primera vez una vista de la pequeña isla de Saint-Thomas, antigua posesión del rey de los dinamarqueses, y, sin sentido de las latitudes, soñé ante los buques de vela anclados en el puertecito y con sus casas de juguetería que los colonos nórdicos copiaban de las que deben asomarse a las orillas del Gran Belt y del Pequeño Belt, ya Saint-Thomas fijaba en mí un dato, una como reminiscencia ancestral o un simple nombre que la inconsciencia coloró de su color fuerte, que por ser Saint-Thomas puerto del trópico en las islas vírgenes, no sería extraño que correspondiera a la realidad. Muchas veces me ha ocurrido este fenómeno: y así la Geografía de Smith, ingenua y mágica como un cuento infantil, multiplicó y agrandó en mí—cuando fuí hombre—sus viejos grabados lineales de un uniforme color negro.

Debí escuchar por primera vez el nombre de Saint-Thomas cuando tenía cuatro años y él se asoció pronto con el olor de la botella de Bay-Rum extraído de la malagueta de Saint-Thomas—que mi abuela guardaba en el escaparate y empleaba para usos tan variados como una jaqueca, las fricciones de una tía que padecía de ciática o para perfumar el baño de uno de los huéspedes, lejano primo tercero o relacionado comercial de nuestra familia.

Después supe cómo se extraía el bay-rum, y las Antillas todas desde Cabo Hatteras hasta la isla de Trinidad, exhalaban un estupendo olor de malagueta.

—La malagueta—decía mi abuelo—es un arbusto de verde más claro, pero de más penetrante aroma que el naranjo. En ciertos riachuelos de las Antillas, amparadas en la sombra y fina arquitectura de este arbusto van las jóvenes mulatas a bañarse. Es un paganismo americano que aún no ha recogido la poesía. No es extraño que aquellas muchachas impregnadas de tan maravilloso perfume, con la gracia del sol en sus rostros iluminados, muchachas cuyo cuerpo es casi rojizo y frutal como los mameyes y zapotes de las Antillas, lograran desquiciar hasta a los respetables gobernadores dinamarqueses de Saint-Thomas. Y de no molestar a mi mujer—agregaba el abuelo—yo hubiera traído de Saint-Thomas una mulata, aunque no fuera sino para que te contara cuentos, aquellos cuentos de piratas y contrabandistas que florecen allí como en tierra siempre conquistada.

«Nuestro contacto con las Antillas—agregaba mi abuelo—aunque ahora no se conciba la tierra firme sin dichas islas: ¿qué harían los emigrados políticos?, es sin embargo relativamente reciente y data de la guerra de la Independencia. Durante la colonia, fijado el inglés y el francés y hasta el holandés en islas que fueron conquistando contra el dominio común del Rey de España los filibusteros, el temor a la herejía y al contrabando nos mantuvieron aislados de su aromoso contagio. Quien a pocas horas de nuestra costa podía llegar hasta la isla de los Gigantes o Curazao, porque diz que los filibusteros bártavos asaron allí a un cura, ya podía lanzar improperios contra S. M. el Rey de España. Y en las estrechas callejuelas del barrio de Punda, en Curazao, vivían los judíos, descendientes de aquéllos que vendieron a Cristo. A Curazao llega Bolívar cuando tiene que huir de los españoles, en 1812. Toda esa juventud patriota que huye de los realistas entre los años 12 y 14—los primeros perseguidos políticos—encuentra en las casas de madera de las Antillas francesas y principalmente inglesas, otra sociedad y costumbres más libres que las del supersticioso hogar colonial. Muchos idilios se tejieron a la sombra de las palmas verdes y se abanicaron con el abanico de junco de las muchachas antillanas. Y otros hábitos que no nos dió España y nos civilizaron en los primeros años de la República, nos vinieron por el mismo camino. El uso diario del baño, perfumado con unas gotitas de Bay-Rum, es costumbre de Jamaica o Saint-Thomas. El ron con amargo aromático que nos precave de fiebres y gripes; las navajas inglesas de afeitar y los zapatos blancos que ahora son uno de los ornamentos del «patiquín» de tierra caliente, los conocimos en las Antillas. También las

mujeres con la influencia antillana trocaron la solemnidad y el empaque españoles por una gracia más ágil; bailaron mejor, sustituyeron los trajes coloniales, las sayas de seda negra o de oscuro terciopelo que las mantenían en perpetua semana santa y les daban el aspecto de las imágenes de algún paso, por el ligero piqué o el organdí blanco, que les moldea el cuerpo más graciosamente.»

Para mi abuelo, el más lindo retrato de mujer era uno de 1845 o 1850. Ferrotipo iluminado; bucles que enroscan sobre la nuca su fuego de juventud, y sobre el descote de la garganta que orla el nacimiento del pecho con la espuma de sus encajes blancos, pende de negra cinta, un medallón. Un enamorado de entonces reposaba siempre sobre el pecho de su amada, aunque en el platonismo de un retrato.

—Mi luna de miel romántica—decía mi abuelo—no puede compararse con la de los desabridos novios de ahora. La pasé en la hacienda del Maporal, hacia la tierra llana. Para los montañeses como nosotros, la tierra llana es una maravilla. Mi mujer vivía en el continuo susto de las «tragavenados» y «mapanares». En la noche despertaba sobresaltada y le parecía rastrear las culebras. Pero los vastos corredores de la casa—que fué una antigua hacienda de jesuítas—parecían engrandecernos; andando por un pequeño bosque los enjambres de abejas herícas vertían sobre nosotros su blanco y sólido maná; los negros tornaban del potrero trayéndonos canastas de mangos y de naranjas. Y aquella vida rural le enseñó a mi mujer, fina muchacha de ciudad, todas las cosas útiles que le servirían cuando, el año 59 y a la proximidad de las primeras tropas federales que invadieron la provincia, me enrolé con los «godos» y dejé la hacienda a su custodia. Se transformó en una perfecta dueña de casa. Preparaba ella misma los parches de «caraña», para los peones que llegaban a la casa sangrando sus picaduras de escorpión o de gusano pollo; fabricaba el anisado que se les vendía en la pulpería, salía a vigilar las siembras más diligentemente que el mejor caporal.

«Entonces no había tanto paludismo en la tierra llana. El paludismo parece que lo trajeron también *los liberales amarillos.*»

Mi abuelo era montañés; hombre de tierra alta, «guate» como llaman al serrano en Colombia, «lanudo» como lo denominan en los Andes de Venezuela. Pero remontando más en la historia de la familia, yo salía al mar. Salía con mi bisabuela Anita Guillaume, a quien las crónicas de Cumbres a mediados

del siglo pasado llamaban «La Martiniqueña» y que casó con mi bisabuelo al concluir la guerra de Independencia, en la ciudad colombiana de Cartagena. Anita Guillaume era hija de un farmacéutico francés, hombre chiflado que, como se verá posteriormente, buscaba en Nueva Granada, después de haber ejercido su profesión en Martinica, ciertas raras cortezas y resinas tropicales que pensaba adaptar a la farmacopea de Europa. Cuando se celebró el matrimonio, el yerno propuso al suegro que los acompañara a aquella distante ciudad de los Andes venezolanos donde iban a fijarse. Después de once años de vagar entre las tropas patriotas de la Nueva Granada y provisto de aquella magnífica condición para la vida sedentaria que es poseer una mujer—y una mujer como Anita—mi bisabuelo pensaba en las haciendas de su familia abandonadas cuando la emigración patriota de 1814 y en la anchurosa casa provinciana donde vivieron y fructificaron en la holgura de los días coloniales tantas generaciones de Riolid. Acaso en 1813, cuando salió de la casa paterna, mi bisabuelo pensó tornar convertido en un héroe. Pero los héroes abundaban en aquel tiempo. El panorama que al principio le fué nuevo y peligroso, tomó después, a pesar de las marchas y contramarchas, batallas y retiradas, la uniformidad de los días. Estuvo enfermo, fué herido, pasó sus largas semanas de fiebre, bajo el caney de paja en la tierra caliente, como tantos otros patriotas. Mereció como otros figurar en alguna proclama o parte del Estado Mayor. También como los demás tuvo esos amores breves y epidémicos en la ciudad donde las tropas acantonaron varios días. Tiempo de las vacas gordas y de las vacas flacas. Una semana de descanso en Bogotá donde se juegan a los dados o al monte los sueldos de todo un año. Estos militares de la Gran Colombia son jugadores empedernidos. En 1823 los jóvenes colombianos que querían agregar un laurel más a su carrera o ir a reconquistar el tesoro de los Incas, se dirigían hacia el Perú. En Guayaquil, ya que Colombia estaba exhausta de 13 años de guerra, empezaba un mundo distinto; empezaba el Dorado.

—Y Ud., Riolid, ¿no se va?—le preguntaron algunos amigos y conmlitones.

Pero mi bisabuelo que acaso hubiera sido un hombre tranquilo, casado en la adolescencia a no mediar la guerra, miraba tan sólo a ese rectángulo que formaba en su imaginación la plaza de Cumbres con la Catedral y la Cárcel a dos costados fronteros:

—Yo vuelvo a mis hacienditas...

—Já, já, este hombre piensa después de diez años en sus ha-

cienditas que si no se las comió la plaga se las comieron los realistas.

No importaba: por lo menos al fondo de la vieja casa provinciana de Cumbres estaría María Trinidad, la última esclava fiel, que cuando sus amos se fueron quedó cuidando la pompa de un pasado extinguido.

La vieja Trinidad crió a don Pedrito.

Y con deseo de retornar ya definitivamente a la tierra nativa y ser un Riolid como los otros, los Riolid agricultores, hombres sedentarios y prolíficos, estaba en el puerto de Cartagena en 1823. En Cartagena se enamoró de Anita Guillaume.

—Si se casara, y volviera con ella a Cumbres...

Anita accedió. Mi bisabuelo la había avasallado con su dolmán azul de oficial de Colombia. En uno de los bricks que a través de Santa Marta y Riohacha se dirigían al golfo de Venezuela, emprendieron el viaje.

Monsieur Guillaume—el suegro—que se negó a acompañarlos porque acariciaba entonces fantásticos proyectos o empezaba a ser tocado por la «centella», como llaman en el trópico las manías y chifladuras, se quedó en la botica de Cartagena machacando su mortero.

Riolid y Anita iban a la conquista de un mundo distinto.

La casa de Cumbres y Cumbres misma, ciudad verde, montañesa y católica, perdida en la hermética serranía, a diez días del mar, les recibió en el momento en que las familias emigradas y los hombres que fueron a la guerra regresaban con retenido deseo de permanencia.

Y nunca parecían más gratas las abandonadas casonas coloniales, con su gran patio, sus alcobas oscuras, el oratorio de imágenes quiteñas y bogotanas y el vasto solar donde el gallo multiplica su clamor y un chirimoyo doblega contra la tapia derruida su carga de frutos redondos.

Hay también el aljibe cubierto con la telaraña de muchos años; el gran ojo verdoso del aljibe, junto a cuyo brocal las viejas sirvientes mulatas conversan. Y la piedra de moler, centenaria; la piedra de moler que en las casas andinas se transmite de generación en generación y mientras más pulida está por el tiempo amasa el maíz más sabrosamente.

Todo lo encuentran Riolid y Anita. Y mientras ella se reparte como el sol, iluminando y dando vida nueva a los empolvados objetos familiares, él revisa las amarillas escrituras del siglo XVIII que contienen deslindes y títulos de propiedad.

Todo conviene esclarecerlo después de la interrupción de la guerra. Hay pillos que se han aprovechado. Usufructuantes que alegan la prescripción. Nuevos meandros que formó el río. Cercas y linderos destruídos.

Mi bisabuelo acudía al Derecho Español o al testimonio de los hombres mayores que, como el mulato José Gabriel, veterano caporal de los Riolid, guardaban la topografía de la hacienda en su memoria.

—Aquel guamo era el lindero en 1809. Y detrás de esa cuchilla empezaba la otra posesión.

Mi bisabuelo y sus peones restablecían con sus propias manos, derecho ejecutivo, único posible, los linderos tradicionales. Los perros sueltos y un hombre agazapado con su carabina, saben imponer el respeto.

Y cuando todo estaba consumado, los abogados de Cumbres le ponían la letra y el firuleteo jurídico.

Pero lo importante era que en 1827 ya se recogía la primera gran cosecha. Largos arreos de mulas llevaban los productos a la costa. Y por los desfiladeros andinos resonaba el nombre de mi bisabuelo.

—Es hombre muy activo; aprendió mucho en los años de emigración, y para las elecciones de 1831 conviene designarlo Gobernador.

Anita ayudaba a su marido en aquellos años difíciles, y le ayudó tanto, que en el curso de un mismo año—en febrero por la Candelaria y en diciembre por Navidad—le dió hasta dos hijos.

Alguna vez, como una reminiscencia del pasado y el paisaje antillanos, tan diversos de este presente y este paisaje del interior de Tierra Firme, llegaba una carta de Monsieur Guillaume. El pobre viejo solitario en su botica de Cartagena y sin ese asidero en la realidad que era la compañía de Anita, se entregaba a los cuentos y fantasías que en aquella tierra calurosa florecen como el híbrido producto de tres razas supersticiosas y sensuales. Monsieur Guillaume aún miraba el Trópico con la pupila legendaria de los hombres que escribieron los más extraños relatos de viaje. Tipo de nuevo conquistador, así como los otros buscaron el oro y la plata, Monsieur Guillaume quería descubrir en los bosques de América fragantes cortezas y emolientes bálsamos de que no hablaran sus libros de Farmacia. Y se dejaba arrastrar por la voluntad oscura de esa tierra de mitos: los negros que practican fórmulas mágicas; las viejas que sacan el mal, las beatas que acuden a las reliquias del santo mártir Pedro Claver. Todo en América le era extraño y nove-

lesco. Y aún había para un hombre de caldeada imaginación como la suya, nuevas tierras de El Dorado. Por ejemplo, esos indios guajiros que en el extremo norte de la costa colombiana han resistido como ninguna otra raza a la civilización española; viven hasta cien años, practican la poligamia y se defienden de la vejez y la enfermedad con los ritos y medicinas de sus mojanas. Las muchachas guajiras—y cuentan entre las más hermosas mujeres indias—ofrecen a la luna que rige toda la cronología y la vida religiosa de su pueblo, su primera sangre púber. Y antes de ser el perfecto flechero y el perfecto jinete que es cada indio, sufren un rito de iniciación en la soledad de la estepa, perdidos entre médanos arenosos, acostumbrando el ojo al espejismo del desierto, buscando con el instinto de un perro perdiguero el más subterráneo hilillo de agua. Tanta atracción ejercerán estos indios, tan grandes problemas humanos habrán resuelto, que más de un hombre blanco que penetró a su territorio, con ánimo de explorarlo, se quedó entre ellos, tomó diez esposas y no quiso tornar a la vida civilizada.

—¡Qué de secretos interesantes para la Ciencia y particularmente para la Medicina, conocerán los guajiros!—pensaba Monsieur Guillaume.

Y ya se disponía a realizar su extraordinaria aventura. Un día estaba en el puerto de Riohacha, última avanzada granadina sobre la tierra semibárbara de los guajiros. Desde allí envió a Anita, como quien va a la gloria o a la muerte, sus últimas disposiciones.

Al través de medrosos sueños, Anita veía a su padre atravesando desiertos, viviendo en campamentos de nómades, comiendo manjares horribles, cautivo de una tribu cruel, como el héroe de un enmarañado folletín.

El episodio de Monsieur Guillaume se interrumpe después como sucede con muchos otros hechos de la mitología familiar. Con las calmas chichas que sufrían los bricks en el mar de las Antillas y la larga ruta terrestre que seguía después, las comunicaciones de Riohacha a Cumbres tardaban hasta veinticinco días.

En Cumbres, además, el matrimonio Riolid Guillaume tenía mucho que hacer. A sus negocios agrícolas mi bisabuelo agregaba ahora nuevos negocios comerciales. Había establecido una tienda de ropa en una esquina de la plaza a la que "dió el nombre prometedor y progresista de «Almacén Las Novedades». Aquella tienda de ropa precisaba surtirse: y Saint-

Thomas, en las Antillas, isla del Rey de Dinamarca, era puerto franco. Los judíos de las tiendas de Saint-Thomas tenían siempre para los comerciantes de Venezuela sabroso contrabando.

A pesar de lo arriesgado del viaje, mi bisabuelo iba cada dos años a Saint-Thomas. Por si la goleta naufragaba, o los pasajeros se contagiaban de vómito negro, o al pasar por alguna de las islas del itinerario uno de los conos volcánicos de las Antillas empezaba a vomitar su lava, su azufre y sus piedras hirvientes, mi bisabuelo antes de partir hacía testamento. Su mujer quedaba a cargo de los hijos y los negocios; tarea más simple en aquella sociedad patriarcal. Con el «Almanaque de la familia cristiana» y marcando sucesivamente los signos del Zodíaco, se computaba la ausencia de mi bisabuelo. Hasta que un día éste reaparecía. Y era tan flemático, que contaban que una vez, cuando Anita Guillaume aún lo suponía en las lejanas Antillas, al abrir ésta una mañana la puerta del escritorio, lo encontró tendido en la hamaca. Había llegado en la noche sin anunciar. Otra vez, cuando retornaba de Saint-Thomas, mi bisabuelo quiso visitar algunos lugares de la Nueva Granada, muy ligados a sus recuerdos de juventud. Cartagena de Indias donde se licenció del ejército patriota en el ya lejano año de 1823 y contrajo matrimonio, y Riohacha donde ahora vivía muy viejo y ya curado de aventuras su suegro Monsieur Guillaume, estaban en el itinerario.

En Cartagena miró una ciudad en decadencia. Ya no era el puerto más importante de la Nueva Granada. Siempre una multitud fanática en la que prevalecen los más curiosos ejemplares raciales, colma las viejas iglesias de piedra y da color a las procesiones. La Cartagena republicana pero católica hace procesiones por cualquier motivo: porque reina una sequía muy larga y hace mucho calor o bien porque San Francisco sacudió con inusitada violencia su cordonazo de Octubre y en el mar de Don Pedro de Heredia se desencadenan grandes tempestades. Sin embargo, al corrido balcón de una casa de Cartagena, torneado con churrigueresca frondosidad, se asoma una muchacha y descorre la persiana de junco, evocando la gracia de Anita Guillaume en 1823.

Riohacha es otra cosa. Es una especie de ciudad-campamento, en el confín de la vida civilizada, donde el aventurero que llega edifica su casa con cuatro pies verticales de madera, cubiertos de hojas de palma. Cerca del muelle, en una casita techada de zinc, con una sola puerta exterior, está la «Botica Francesa» de Monsieur Guillaume. Hay en la Riohacha de ahora una pequeña colonia extranjera, principalmente fran-

cesa, que tiene su tertulia en la botica, Acuden a charlar de las cosas de Europa, de una Europa de treinta años atrás o de la que informan los retrasados semanarios granadinos. Es posible que si estos franceses hicieran un análisis retrospectivo de sus conciencias, no las hallaran enteramente limpias. Uno de ellos es un antiguo marino, negrero en los buenos tiempos de la negrería, que se fijó en Nueva Granada después que naufragó su velero en las Antillas y la trata de esclavos se ponía más difícil. Otro llegó contratado por un Cónsul colombiano en Europa para horadar pozos artesianos en las secas regiones del Noroeste. No era esta su especialidad y pronto se mellaron los costosos instrumentos de sondaje contra la roca dura. Entonces se convirtió en constructor y edificó una especie de gasómetro con torreón de calamina, que se llama iglesia en Riohacha. Y el último de los miembros de la respetable colonia francesa cometió la imprudencia de contraer matrimonio «morganático» con una negra aguerrida y contumeliosa, que le ha dado muchos negritos entreverados y manda arbitrariamente sobre su persona, costumbres y ganancias.

Todos ellos se reúnen donde Monsieur Guillaume que recaló con sus proyectos aventureros tras el pequeño mostrador de esta botica. Contaban en Riohacha que una vez salió de la ciudad dispuesto a fijarse entre los indios. Iba en uno de esos pequeños caballos que en la costa granadina reemplazan a los caballos de altiplanicie, los caballos de largo pelo y alta estampa, en que el «guate» montañés pasea por tierras más húmedas y verdes. Ya pasado el río, Monsieur Guillaume miró perfilarse en el claro horizonte antillano las últimas casas de Riohacha. Y empezaba la tierra pedregosa de la Guajira; tierra de nómada pastoreo, sembrada de cactus y de agudas lajas. Un sol de perenne mediodía prendía su metálica angustia sobre la tierra plana; sol que hace mal a la epidermis blanca. Leguas y leguas de errancia hasta llegar al sitio de las primeras tribus. Monsieur Guillaume sufre de calor, de soledad, de la monotonía del panorama. Piensa que a esta hora paseaba por los malecones de Riohacha y se entretenía viendo la descarga de los veleros. ¿Qué va a hacer en la Guajira? El ya carece de la energía suficiente para tomar diez esposas, que es la acción más entretenida que puede realizar un blanco entre los indios. Comprueba que no tiene disposición para la vida nómada. Y en cuanto a la farmacopea indígena, será mejor estudiarla en el mercado de Riohacha.

Volvió, con nostalgia, a establecer esta «Botica Francesa». Es ahora como un abuelo ingenuo. Un personaje casi folklórico

en el medio riohachense. Lo han elegido Director de un esporádico y poco numeroso «Círculo Francés» que celebra sus reuniones en la botica y se hace representar en todas las solemnidades. Cuando hay algún «Te-Deum» en la Iglesia Matriz de Riohacha el orden de precedencia del gobierno e instituciones es el siguiente:

- 1.º Gobernador,
- 2.º Cónsules extranjeros,
- 3.º Círculo Francés.

Estas cuestiones de ceremonial tiene mucha importancia en una ciudad pequeña y que heredó muchos prejuicios coloniales como Riohacha.

Sin embargo la gloria es lo último que un hombre se resigna a perder; y en un cuadernito que Monsieur Guillaume espera que ha de llegar quién sabe por qué misterioso conducto hasta las sociedades científicas de Europa, va escribiendo sus observaciones de América, las extrañas terapéuticas que ha visto aplicar, los ritos mágicos de los negros de Martinica, las resinas y cortezas que se emplean en la Nueva Granada.

Así cree rehabilitarse de su presente oscuro.

De vuelta de Cartagena mi bisabuelo tocó en Riohacha. La goleta «La Chiquinquirá», camino de Maracaibo, sólo hacía en el puerto escala de un día; lo suficiente para que mi bisabuelo viera a su suegro.

Los tertulianos del «Círculo Francés» que antes de empezar su trabajo que nunca apremia—¡oh generosa tierra tropical!—echan un párrafo en la botica, distinguieron desde la puerta la presencia de un recién venido, con el traje blanco y el sombrero «suaza» que acostumbran los viajeros en el trópico. Hablaba calurosamente con Monsieur Guillaume. Ellos no se atrevieron a entrar.

Después, durante varias horas, la botica estuvo cerrada. Las gentes ociosas que no faltan en los pueblos pequeños contaron que M. Guillaume, de bracero con el desconocido, había ido a almorzar al Hotel de Riohacha. Es raro que en dicho hotel alguien pida un almuerzo. Y mientras almorzaban, el desconocido convidaba a M. Guillaume para que partiera en su compañía. La goleta salía a las seis para aprovechar del fresco terral.

Se rumoreó en Riohacha que M. Guillaume también partía.

Pero a prima noche, los compatriotas franceses fueron a husmear de nuevo a la botica. Daban ya por hecha la traición del

amigo. El viaje de M. Guillaume parecía destruir su espíritu de cuerpo. Y, milagro, la botica estaba abierta. Y a la luz de un candil de kerosene, como todas las noches, M. Guillaume machacaba en su mortero.

—¿No era cierto entonces, que Ud. se iba?—preguntó uno de los tertulianos.

—¿Qué?—respondió M. Guillaume—. Mi yerno rico vino a buscarme. Pero los viejos somos mañosos y ya no podemos cambiar de lugar y costumbres. No quise irme. Mi yerno me dejó este recuerdo.

Y les alargaba un pequeño ferrotipo, sonrosada efigie de Anita Guillaume en ceñido traje romántico.

Y palmeando estrepitosamente los hombros de M.

Guillaume, pobres almas sencillas, se fueron a

beber—en conmemoración de estos sucesos—

una copa de aquella negra y amarga cerveza

de Liverpool, que como bebida preciosa

los bergantines británicos llevan a las

Antillas.

MEDITACIONES BREVES

CARIÁTIDES

CADA SER que pasa lleva su tragedia. Nos encontramos a multitudes en las calles. Rostros cerrados, hoscos, soberbios. En ese instante, un mismo soplo de aire nos da aliento. Seguimos con nuestro fardo de cuitas y hasta nos molesta la visión de las gentes. Mas la pena habla: ese que pasa sufre acaso como tú. Volteamos la cara. Su modo de andar, su espalda tal vez ligeramente curvada, el arco de un hombro apenas caído, acusan la amargura recóndita. Y quisiéramos volver para decirle: tu pena es la mía. Ha pasado. El que viene, sin embargo, recibe el reflejo de esa palabra que no pronunciaron los labios.

El egoísmo es el estado normal del hombre. Solamente salimos de él llevados de la mano por las alegrías sobrenaturales y por los dolores que ¡ay! son menos sobrenaturales.

Estaba yo una vez transfigurada de alegría. Me poseía de tal modo la dicha que era goce hasta el res-

pirar. Absorbía en el aire el aliento de todas las flores del mundo; el cielo fulguraba como si en el medio día brillasen con el sol todas las estrellas del universo. Tan pequeña era yo para mi felicidad, que no podía contenerla y se me iba en ondas de amor a cuanto me rodeaba. A la gente que por cualquier motivo fútil hubo de hablarme ese día, le encendí una esperanza de alivio; le restañé—sin mencionársela—alguna herida. Y me imaginaba que el dolor estaba desapareciendo de la faz de la tierra.

Salí de mi egoísmo habitual, de esa atmósfera gris en que vivimos diariamente y en la que apenas brillan como estrellas fijas, las amistades que nos acompañan en nuestro peregrinaje.

Y hoy que la pena me roe, también se extiende en tentáculos de fraternidad esta alma egoísta. Los vestidos del prójimo ya no le cubren con una capa impenetrable. Puede referirme las banalidades con que nos parapetamos de las curiosidades malsanas de las gentes; podemos conversar de esos fuegos que encendemos en el corazón para alejar en nuestras noches las fieras de la angustia interior. ¡Yo sé muy bien lo que esconden! Comprendo su pena que no me va a decir; su amargura que no se revela ni a sí mismo; la decepción que no se atreve a tocar. Sin hablarle, le extiendo mi mano, esa mano fraterna que auxilia, porque sabe que vamos sin amparo...

Me siento hermana de las gentes que tienen el pudor de sus emociones. Comprendo a aquellos seres que sólo lloran cuando están solos consigo o con las personas que son como una parte de su sér. Mostrar a extraños el dolor me produce la misma repugnante impresión que la del mendigo mutilado que para recaudar una limosna, exhibe sus llagas.

Lafcadio Hearn en ese libro perfumado de ternura que se intitula *Kokoro* cuenta que la sonrisa es el he-

roísmo nipón. Piensan los hijos de los samurais que no es de gentiles hombres amargar con los propios quebrantos la serenidad ajena. Acaso están preparando el sable del harakiri, pero la sonrisa ha de lucir en el rostro. No es hipocresía; es pudor; es fraternidad, comprensión de que el fardo que casi todos soportamos es pesado y que no hay derecho a aumentar su gravedad con la visión de otras amarguras.

Sobre la mueca del dolor, clavan la cariátide de la sonrisa. Sonriamos, ahora que el dolor nos ha hecho menos egoístas...

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

El Instituto Juan Jacobo Rousseau



GINEBRA es una hermosa ciudad de amplísimas calles, tranquilas, casi provinciana, llena de árboles por todas partes, recostada en el extremo occidental de su magnífico lago. El valor internacional de Ginebra es un hecho que ha dado ya la vuelta al mundo. Pero es, además, uno de los centros europeos de mayor importancia desde el punto de vista del desarrollo de sus instituciones educacionales.

Cuenta con una buena universidad y con magníficos establecimientos de diferentes grados y finalidades, como que el gobierno del cantón destina la tercera parte de sus rentas al fomento de la instrucción pública. ¡La tercera parte! Fuera de esto se distingue Ginebra por sus fundaciones de índole original e innovadora que tienden a renovar las prácticas de la educación y las ciencias correspondientes. Este carácter tienen el Instituto Juan Jacobo Rousseau, el Colegio Internacional y la Casa de los Pequeños, que funciona bajo la tuición del mencionado Instituto.

El Colegio Internacional es un establecimiento de segunda enseñanza destinado principalmente a los hijos de la numerosa colonia extranjera, sobre todo de diplomáticos que tienen que residir en Ginebra. En él se practican métodos nuevos y la educación cívica que se imparte, si es que así pueda llamarse, va inspirada, no en principios y sentimientos nacionales, sino en los de hermandad humana. Esto se explica suficientemente por el ambiente que presta a Ginebra su condición de sede de la Sociedad de las Naciones y por el carácter cosmopolita

de la clientela del colegio. Por lo demás, no son contrarias ni se excluyen esas dos finalidades sino que pueden armonizarse perfectamente.

El Instituto Juan Jacobo Rousseau fué fundado en 1912 por el eminente profesor Eduardo Claparède como una escuela de ciencias de la educación. Por su origen y por su organización es un establecimiento particular, pero vive estrechamente vinculado a la Universidad del Estado de Ginebra.

De acuerdo con las finalidades señaladas por su fundador ha llegado a ser el Instituto un importantísimo centro de investigaciones e informaciones en todo lo que toca a la psicología infantil, a la pedagogía experimental y a la reforma escolar.

Los educadores que forman el Instituto o los que vienen a perfeccionar en él sus estudios deben vivir en estrecho contacto con los niños. Para establecer esta condición se ha partido de una afirmación tan simple como la de que no se puede educar si no se conoce al educando. Tal conocimiento debe buscarse en la psicología experimental estudiada primordialmente en el laboratorio de esta ciencia y en la aplicación de los *tests* de la inteligencia. Pero esto no es todo. El Instituto es de tendencias amplias y entiende que la psicología no ha de quedar encerrada en las paredes de los laboratorios ni ligada a aparatos complicados, por lo que hay que agregar a lo dicho como métodos de investigación, el examen clínico y las interrogaciones hechas al niño mismo.

Al lado del conocimiento del niño normal se da toda la importancia que merece al estudio del niño anormal y enfermo, materia que se considera en este Instituto indispensable para todo educador, cualquiera que sea por lo demás la especialidad a que haya de dedicarse después.

Se entiende que debe ser también común para todos los educadores el estudio de los problemas relativos a la educación moral, con las subdivisiones que puede comprender, como ser, la atención prestada al instinto sexual, al anti-alcoholismo, a la instrucción religiosa, etc. Para observaciones relativas a la educación de niños de 3 a 7 años, la Casa de los Pequeños, ya nombrada, es el centro de trabajo. Se encuentra en ella un material bastante interesante ideado por las directoras mismas y encaminado a estimular la espontaneidad de los niños y a educarlos, por medio de sus propias experiencias y de los trabajos que vayan ejecutando.

Como ramas de estudio dentro de esta sección, puedo nombrar la educación física y los juegos al aire libre, los trabajos manuales, la jardinería, la composición ornamental, la gimnástica rítmica, la música.

El Instituto Juan Jacobo Rosseau ha sido uno de los primeros en Europa en señalar la importancia de una determinación científica de las aptitudes profesionales del niño. Un especialista dirige estos estudios y por el trabajo de esta sección se han establecido *tests* de aptitudes profesionales y se han dado a luz muchas monografías de oficios.

Entre las disciplinas que corresponden a esta sección debemos mencionar la recientemente establecida de la Tecnopsicología que tiene por objeto formar «consejeros-psicólogos», encargados de la organización del trabajo y de la selección profesional en los establecimientos comerciales e industriales. Los alumnos que siguen este curso, fuera de los trabajos que tienen que llevar a cabo en el laboratorio de psicología, deben efectuar investigaciones prácticas en las usinas y hacer los exámenes que les confíen las escuelas profesionales especiales.

El método de trabajo de los cursos del Instituto se inspira por supuesto en los mismos principios que él preconiza. Los cursos «ex-cátedra» ocupan aquí muy poco lugar. Se da la mayor importancia a los trabajos de seminario y a los ejercicios prácticos que colocan inmediatamente a los alumnos en presencia de problemas concretos. Una rica biblioteca se halla a disposición de los estudiantes y una conferencia semanal de bibliografía los pone al corriente de las publicaciones nuevas. Al tiempo de mi visita al Instituto estas conferencias estaban a cargo de su distinguido director el profesor Pedro Bovet.

Como se ha podido ver en las líneas precedentes, el establecimiento de que me he ocupado es una especie de Instituto Pedagógico que ofrece muchas especializaciones que podríamos llamar técnicas, ya que, por otra parte, no se ocupa de las asignaturas que ha de tomar a su cargo el futuro profesor.

Fuera de la necesidad de formar el alma del maestro en el sentido de que haga del ejercicio de su magisterio un verdadero apostolado, me parece que de las orientaciones del Instituto Juan Jacobo Rousseau se desprenden las siguientes enseñanzas: La conveniencia de consagrar algún tiempo al estudio del cuerpo y del alma de los niños anormales; que el profesor no vea en la pedagogía una ciencia de principios definitivos y acabados con cuyo conocimiento ha de quedar capacitado para resolver todas las dificultades que puedan presentársele en sus funciones docentes; que vea en ella más bien un arte apartado

de todo dogmatismo y que considere sus propias actividades como las de un artista, no desprovisto de ciencia por supuesto, pero cuyo éxito dependerá principalmente de sus oportunas intuiciones, de la simpatía que ponga para penetrar el alma del niño y de sus acertadas invenciones en materia de métodos y de procedimientos.

De lo dicho se desprende aún la concepción de un Instituto Pedagógico como un centro que, fuera de ser un plantel de cultura e investigación científicas, constituya un laboratorio en que se estudien y preparen las reformas que vayan siendo necesarias, de manera que éstas se puedan llevar a cabo sin precipitaciones que sólo traen como consecuencia el retroceso. Sería un laboratorio que, sin perjuicio de las observaciones indicadoras de futuros mejoramientos que se hicieran en otros establecimientos, vendría a incorporar de una manera orgánica y constante el espíritu de renovación en la vida educacional del país.—ENRIQUE MOLINA.

Tres poetas españoles

NO puede hablarse seriamente de decadencia en la poesía española. Cada época propone nuevos temas a sus espíritus directores y un nuevo lenguaje va naciendo que traduzca ese fervor. Así en poesía como en economía o en política.

La revolución de Rubén Darío enriqueció el instrumento lírico castellano. No fué, como muchos creyeron, el abandono de la tradición. Fué la vuelta a una tradición abandonada: la de don Luis de Góngora y Argote.

Y hoy asistimos a una agudización del gongorismo.

En los *Romances Gitanos* de Federico García Lorca canta el gallo matinal de las leyendas populares. Garbo, bizarría, registro amplio, claro, resonante. Pero es un gallo que ha leído y ha estudiado, con fruto, la flor de la poesía gongorina.

Y anotemos, de paso, esta cualidad de los nuevos poetas: leen, estudian, se cultivan. Se hunden braceando en la alta mar de la tradición. Regresan cargados de tesoros que, pareciendo inauditos, estaban latiendo en las entrañas del alma de

la raza. Sólo esperaban una voz que los sacara a conocer el vasto mundo.

Ya no podrá prosperar la visión del poeta romántico, sublime y analfabeto. Menos gesticulante, más humilde, el poeta de hoy cala también más hondo y se enamora menos de las superficies.

El Paraíso Desdeñado (1) puede considerarse un libro de transición. Su autor, Mauricio Bacarisse, intentaba en 1928—fecha de la obra—sus experimentos del nuevo estilo.

Yo tuve un alba y una alondra
que me sacó pepitas de oro
del claro río de la luz sonora,
del río de mi gozo;

y yo las fuí juntando todas
sin afán de lucro ni adorno.
Mas cada noche sin dormir me roba
parte de mi tesoro,

y las tinieblas, aun con rosas,
más que fragancia son agobio.
Se me secó mi manantial de aurora,
aunque lloran mis ojos.

He aquí una burla para quienes ven en la poesía moderna una antología de disparates e incoherencias. Huye el poeta los trillados senderos. Busca, en selectas palabras, su forma dilecta, y hundido en la tradición, apegado, como un niño al pezón de la madre, al corazón de la raza, levanta al sol en áureo vaso el generoso licor cordial. Y si en su busca bordea el disparate y cae en su abismo ridículo y sorpresivo, ha cumplido una etapa heroica: el fracaso en la forja de una forma nueva.

Bacarisse combina domésticas visiones eglógicas con musculadas imágenes audaces.

Vuela una aroma de membrillos rubios,
ropa recién planchada y cera virgen.
El comedor de luz está inundado
como una perla. Espejeantes, gimen
las suaves tablas bajo el sol de otoño.
(Entarimado, copiador de imágenes,
que hueles a mastranzo, ¿por qué sufres

(1) *Cuadernos Literarios*, Madrid, 1928 (Pág. 36).

de mis pies y mi silla estos vejámenes?)
He trabajado tanto que no gozo
de esta anodina paz como debiera...
¡Y vine ayer! Lamento haber dejado
el rudo trajinar de mis tareas.
Son mis sentidos destetados niños
del rumor del barullo de la fábrica
donde jadean los bruñidos émbolos
en la gimnasia sueca de las máquinas.
(Págs. 39-40.)

Poeta español, no podía librarse de pensar en la muerte. Y lo hace con plácida delectación:

Recordarán los cirios el panal y el enjambre;
las cuatro tablas toscas, más que la fruta, el nido;
y los paños con orla de oro—adusto estambre—
el esquileo que endulzó el balido.

Permaneceré inmóvil, desconcertante, extraño,
con la frente de lodo, con los labios de cera,
con el pelo, reliquia de fuga de rebaño...
Fuí carnero, pardal, melera obrera.

Y en mi ya papandujo párpado, una moscarda
desleirá las sales de mi emoción final,
y en la órbita de vidrio irá su trompa parda
a extraer sangre de mi lagrimal.
(Pág. 49.)

En un tono discreto e íntimo este poeta busca su expresión.

Aunque escrito en 1924, más logrado me parece el *Manual de Espumas* (1) de Gerardo Diego. Nadie ha reparado aquí en este libro y por eso creo que no estará de más dedicarle un breve comentario. Nunca será tarde para hablar de una bella y original obra de poeta.

Bella y original, aunque la sombra del divino don Luis se proyecte sobre estas imponderables espumas. Lo cual no quiere decir que Diego sea un influído del modo gongorino. «Mi poesía es mía en mí» puede decir con Rubén. Se señala la acción de Góngora como libertador a través de tres siglos.

Para mí esta es una voz nueva en lengua castellana:

El mantel jirón del cielo
es mi estandarte
y el licor del poniente
da su reflejo al arte

(1) *Cuadernos Literarios*, Madrid, 1924.

Yo prefiero el mar cerrado
y al sol le pongo sordina
mi poesía y las manzanas
hacen la atmósfera más fina

En medio la guitarra

Amémosla

Ella recoge el aire circundante
Es el desnudo nuevo
venus del siglo o madona sin infante

Bajo sus cuerdas los ríos pasan
y los pájaros beben el agua sin mancharla

Después de ver el cuadro
la luna es más precisa
y la vida más bella
El espejo doméstico ensaya una sonrisa
y en un transporte de pasión
canta el agua enjaulada en la botella

(Págs. 54-55).

Hasta la disposición tipográfica y la falta de puntuación dan claridad y gracia al pequeño cuadro del poema.

Porque, al revés de lo que piensan los enemigos de la nueva poesía, no hay el propósito de enturbiar el agua para que aparezca profunda. Asistimos a un proceso de simplificación. Se trata de despojar de su oropel a la retórica y mostrar el oro desnudo. Así la belleza conquistará a quienes de verdad sepan amarla.

Y, sin trascendentales preocupaciones, se trata amablemente de olvidar el sentido común y dejarse arrullar por un humorismo liviano, higiénico y saludable.

Esta *novela* me parece realizar tan humanitario deseo:

La verja del jardín se ha cruzado de brazos
El viento ladra entre los troncos
El auto que pasaba se llevó los sollozos
y apaciguó el estanque

Diríase que el sol
se ha burlado del parque

He aquí los tres policías
a investigar el rapto
buscando huellas de la huida
por las teclas del piano

A cada nuevo indicio
un pájaro falso traspone el edificio
y sometida al interrogatorio
una estrella marcha al suplicio

Prosigamos adelante

La infatigable carretera
va y viene sin cesar por la ladera
Son las cinco de la tarde
junto al arroyo el agua
y a muy pocos kilómetros la primavera

La luna corre para llegar antes

Dónde están los amantes

Apenas las esquinas ciudadanas
se despidieron
cuando se vió saltar de un coche
del brazo del traidor
la inesperada noche
El reloj de la torre dilató su pupila

Y los gallos despistados
cuentan una hora más de las precisas

En todos los rincones hay un bulto
y una luz cuelga del bastón
a cada paso del transeunte

la luz cede y el cielo se resiente

Henos por fin ante el ladrón
El reloj ingenuo canta el crimen

Y entre el llorar de las cortinas
la luna estalla de pasión

La ciudad duerme en el sitio de costumbre

Y en el lugar del suceso
el farol asustado contempla el árbol preso

(Págs 44-46.)

Sutil ingenio que juega con la poesía como con pompas de jabón. No olvidemos que este pequeño breviario es un manual de espumas. Estrangulado el énfasis aquí aprendemos lecciones de sencillez y de humildad. Las está aprendiendo el poeta en esta bella experiencia de su libro.

Muchos lectores serios se admirarán de que un joven tan bien dotado no emplee sus apolíneas aptitudes en empresas de más

lírlica y ajustada resonancia. Dios me libre de incurrir en tan craso lugar común. Sé que Diego escribió admirables versos bien medidos, rimados y situados. Lo sé lastrado de una rica experiencia clásica. Y sé que este manual que ha escrito jugando es el ensayo de un nuevo estilo. Por eso no sabría decirle que volviera atrás. Quiere en él la poesía ser más poesía. Hay en él voluntad de purificar la expresión poética para hacernos, por el verbo, contemplar las esencias.

Temeraria empresa que se cumple jugando.

Un libro fino de sobria cubierta. En letras negras, el nombre del autor: Rafael Alberti. En rojos caracteres, el título de la obra: *Cal y Canto* (1). Viril arquitectura desnuda de inútiles decoraciones.

Sigue acompañándonos don Luis de Góngora y Argote. Como que Alberti, en una paráfrasis incompleta, se atreve a continuar las *Soledades* del canónigo de Córdoba.

Conchas y verdes líquenes salados,
los dormidos cabellos todavía,
al de una piedra sueño, traje umbroso
vistiendo estaban, cuando desvelados,
cítaras ya, esparcidos,
por la del viento lengua larga y fría
templados y pulsados
fueron y repetidos,
que el joven caminante su reposo
vió, música segura,
volar y, estrella pura,
diluirse en la Lira, perezoso.

De cometa, la cola
celeste y transatlántica, cosida
al hombro por un ártico lucero;
mitra en la almena de su frente sola;
la barba, derretida,
de doble río helado
y luna azul de enero;
grave ante el asombrado
y atento alborear del peregrino,
de su verde cayado
haciendo cortesía,
rudo, se sonreía
el viento de la selva y el camino.

(Págs. 84-85.)

(1) *Revista de Occidente*, Madrid, 1929.

Y sigue. Porque esta es una transcripción incompleta de la paráfrasis incompleta. Sólo queríamos mostrar la resonancia de la voz de don Luis en este poeta de hoy.

Porque esta «voluntad de amaneramiento» de que hablaba el ex-profesor de la Universidad de Madrid se cumple y pristiniza en la obra de Alberti con una fatalidad biológica. Así la naturaleza produce tréboles de cuatro hojas y Rubén escribe su soneto de trece versos.

Pero yo no sabría hacer elogio más alto de un poeta que repetir, como una incitación a los buscadores de pepitas de oro, los versos con que canta a Araceli:

No si de arcángel triste, ya nevados
los copos, sobre tí, de sus dos velas.
Sí de serios jazmines, por estelas
de ojos dulces, celestes, resbalados.

No si de cisnes sobre ti cuajados,
del cristal exprimidas carabelas.
Sí de luna sin habla cuando vuelas
sí de mármoles mudos, deshelados.

Ara del cielo, dime de qué eres,
si de pluma de arcángel y jazmines,
si de líquido mármol de alba y pluma.

De marfil naces y de marfil mueres,
confinada y florida de jardines
lacustres de dorada y verde espuma.

(Págs. 12-13.)

Maravilloso y cristalino amaneramiento. Porque, estando tan cerca de don Luis, estamos tan lejos de Rubén. Ninguna de las gemas verbales del nicaragüense en las que había deslumbramientos de vírgenes de tierras inéditas. Aquí se cuaja en cristal la perla de siglos, purificada y decantada. Alberti, como su maestro Góngora, es un clásico del amaneramiento. Rubén fué un camino. Fué una fuerza de la naturaleza y una categoría de la inteligencia y así, apolíneo y dionisiaco, tuvo en sus tristes manos de indio toda la flauta y toda la lira. El llamó al banquete de la nueva poesía, y efebos impetuosos coronaron de tirsos a ninfas esquivas.

El gesto del maestro, repitiéndose con empalagosa insistencia en España y América, empezó a gastarse como una noble moneda entregada a la caricia sensual de manos codiciosas. Quedaba siempre el cuño de noble perfil prócer burilado por el sufrimiento.

Siguió entonces la busca de nuevos caminos. Se llamaron

a concurso todas las literaturas exóticas: el Oriente llevó una ola de confusión y vaguedad mental; Norte América los rasca-cielos de hierro y cemento de Walt Whitman; Francia un decadente violín de hospital lleno de infinita gracia dolorosa; el Japón, oriente occidentalizado, el hay-kay que tiene la gracia del chorro de una fuente que salta y desaparece.

Estaban los españoles buscándose, buscándose, y después de tres siglos encontraron a don Luis de Góngora y Argote. Se enfrentaron a la gran figura no para reverenciarla en pasiva y servil adoración sino para que cada uno diera al viento la canción del Luis de Góngora que llevaba dormido bajo el pecho. El excelso y humilde poeta inédito que apretaba su canto contra su corazón.

No hay, pues, que indignarse porque el arte nuevo no produzca obras capitales. Y las está produciendo. Y hay que pensar que cualquier descalabro, si lo hubiere, tendría el significado heroico del sacrificio en el ara. Hollar los trillados senderos es cómoda empresa sin gloria ni riesgo. El bello peligro, la divina aventura está en trazarse con las manos el camino.

Y el lector, con una dosis cordial de buen sentido, debe acostumbrarse a pensar que cuando no entiende un libro no siempre el autor tiene la culpa. Un pequeño llamado a la meditación antes del gesto iracundo de la impaciencia.

Así, lector y autor, cada uno en su punto de vista, serán los colaboradores y protagonistas del arte que hoy se está haciendo en el mundo.—ROBERTO MEZA FUENTES.

Los ríos creadores



LA orilla de los grandes ríos se desarrollan tarde o temprano las civilizaciones. Hay ríos que ya parecen haber rendido todos sus frutos de cultura; ríos exhaustos de posibilidades aún cuando todavía estén ricos de caudal. Del Nilo, del Ganges, ¿qué puede salir que iguale a lo que ya ha salido? Hay otros ríos como el Río Bravo o Río Grande que por su escaso caudal llevan milenios de alimentar civilizaciones menores, civilizaciones de reflejo: eternas fronteras de pueblos. Y hay otros ríos, como el Colorado, ríos que todavía no rinden su fruto. El Colorado se hunde, se pierde en el gran Cañón y no han podido, no pueden todavía los hom-

bres ir a explotarlo. El Colorado se llena de agua más al sur y apenas comienzan sus inundaciones a fecundar las tierras nuevas de Mexicali, pero todavía más al sur entre la Baja California y Sonora, en México, las márgenes del Colorado ofrecen ese impresionante espectáculo de la desolación, la incultura, de lo remoto y lo salvaje; ríos que todavía no rinden fruto. Pero ya comienzan a estar amenazadas la pomposa soledad y la arrogancia del Colorado; la hormiga humana medrosa, curiosa, tenaz, lo tiene ya cercado; lo recorren todos los días los ojos de los turistas y esto ya es amenaza para la independencia del río bárbaro.

Los primeros en llegar fueron los españoles; raza magnífica de guerreros, de geógrafos, de apóstoles, todo a la vez en aquel gran esfuerzo de conquistar al mundo para Dios. López de Cárdenas, el descubridor, Tovar que organiza la exploración; los misioneros que por primera vez lo atraviesan en el sitio que todavía se llama el Paso de los Padres: el «gran abismo que había más de tres o cuatro leguas por el aire». Después de los españoles todo el ideal se empequeñece y hoy ya no se exploran las tierras para agrandar los dominios del alma; se las explora para explotarlas y se cotiza la curiosidad. Pero de todas maneras, allí está la hormiga humana pegada a las márgenes del río indomable, asomada al abismo con su miedo y su insaciable curiosidad.

El abismo es magnífico, la más grande y la más profunda de las quebradas de la tierra, dice el prospecto guía. ¡Y qué imponente es mirarlo desde la orilla, en la noche azotada por el viento, bajo la luna que engendra sombras y entre el misterio de nieblas que ensanchan las perspectivas! Abismo que el aire mismo no alcanza a colmar; se diría que intenta arrebatarnos el alma para llenarse, y la pobre bestia de carne se aleja temblorosa y la fantasía padece tormentos.

Pero tornamos a ver el abismo al amanecer. ¿Qué amanecer no es de victoria si hasta nuestros muertos parece que resucitan a una vida mejor cuando estalla la mañana después del velorio ahogado en congoja? Se hace el milagro de cada día, y las quebradas y los fosos y los acantilados, que en la noche nos hicieron temblar, parecen como arquitecturas espléndidas. Predomina entre todas las formas la pirámide. A menudo una pirámide arredondada, como las pagodas, o mejor, como los templos hindúes que son la perfección en arquitectura aún cuando nos cueste trabajo reconocerlo a causa del prejuicio de nuestra barbarie europea. La naturaleza se rige por la geometría, pero la supera siempre, nunca se somete a la regla, esto es lo que nunca lle-

ga a entender el ingeniero; pero el arquitecto sabe que la verdadera geometría de la construcción está en el ensueño que supera la precisión de los ángulos. Esto lo saben el agua y el viento, los arquitectos de la montaña. El Cañón bajo el sol es como una hermosa serranía que se alza sin lograr que el abismo se colme. Las quebradas son por todas partes tan hondas, que la mirada no alcanza a seguirlas, sólo la atención se clava y se hunde en el vértigo.

Bajar por las veredas, hundirse en las quebradas es como ir cantando un himno a la grandeza terrestre o como ir rezando la plegaria de nuestra humildad y nuestra pequeñez.

Así que se ha visto el Cañón de noche, así que se le ha explorado siquiera superficialmente de día, entra la tentación de verlo en conjunto. Algo de reto va con el deseo. Y el audaz a la vez que bien sistemado maquinismo norteamericano invita a cumplir el deseo. No hay nada más atrevido que una acción que se organiza en sistema, y, en esto, se encuentra la fuerza del yanqui. Dos trimotores Ford levantan viajeros dos o tres veces al día por módico precio. Cómodos sillones parecidos a los de un vagón de pequeño tren, leve estruendo de motores, correr como de auto, y de pronto la sensación de que la carrera se está continuando en el aire. Con el rabo del ojo se advierte la rueda que ya no toca suelo y se siente la realidad del ensueño que siempre nos dijo que podíamos volar. Se sube, se sube; no causa asombro ascender, pero sí inquieta sentir hundimientos súbitos, en seguida consuela volver a ascender y cuando por fin se logra la calma necesaria para explorar hacia abajo, después del fondo de árboles que se han vuelto pequeños, como los de las cajas de Navidad, se mira la línea quebrada, ondulada que marca la extensión del abismo, herida de la tierra; casi un rasguño ahora, lo que fuera anoche profundidad sin fondo.

Y así como la luz eléctrica ha desacreditado la creencia en los espantos, el aeroplano hace aparecer risibles los pavores del abismo nocturno y empequeñece, casi borra, las proporciones del espectáculo. Apenas unas arrugas de la tierra y en el fondo, un chorro de lodo serpeando penosamente entre grietas. Curiosa la experiencia del aeroplano; en primer lugar se siente que aquéllo no es vuelo porque el alma no sale de su cárcel y sólo se trata de cuerpos que se desplazan, se apartan con más o menos riesgo para la perduración del pobre y enclenque aparato del cuerpo. Entonces el miedo, el miedo físico que no entiende razones, apela a esa otra pobre cosita insegura que está dentro del cuerpo y se formula una especie de voto que dice: «Si escapo de ésta, Señor, ya no me meteré en otra», aun

cuando sabe que si se meterá en otras mil, mientras le duren la vida y la curiosidad, y en esta mezcla de cobardía y de audacia está la fuerza de la cosita insegura y su misterio. Y siente el novicio que es tentar a los Dioses salirse del elemento del cuerpo para ir a ensayar acrobacias en los aires, y al mismo tiempo piensa que no es el aire ni es la tierra su verdadero elemento, sino que es otro el elemento del alma. Y un miedo se ríe de otro miedo cuando en lo alto del aire nos reimos del Cañón que por abajo es abismo y por arriba apenas una arruga de la vieja tierra. Y seguimos reflexionando en el misterio pueril de la proporción. A la vez importante y ridícula la dimensión. Se explica que los hombres al darse cuenta de la medida se preocupasen de ella a tal punto que la misma filosofía llegó a fundarse en la mente ática. En cambio después, así que ya hemos jugado con las proporciones y las medidas, se descubre el engaño y la inocuidad de la dimensión. No es asunto de dimensión sino de cambio de naturaleza. A tal punto que la filosofía habrá de dividirse en un futuro lejano en el período prematemático, el período matemático, y el período post o supermatemático. Primero no se mide porque no se puede; después así que se ha podido todo, se descubre la inutilidad de la medida y se busca lenguaje más elocuente que la mera dimensión. Esto es lo que me decía el aeroplano cuando me borraba, cuando me empequeñecía los paisajes de la tierra. La hermosura convertida en esquema; el paisaje hecho mapa. Es este el mensaje del vuelo. Pero repito que eso no es vuelo sino simple fuga a la azotea del mundo. El vuelo de verdad no es cosa de máquinas. Y la belleza de la tierra no es cosa de altura o de distancia, sino de ternura y de similitud. De cerca y al alcance de mis sentidos, los vivos colores, los bellos perfiles del mar de picachos del Cañón encantado, me despiertan en el pecho esa sinfonía de la comunión que es el más elevado misterio del sér.

El avión nos convence de la infecundidad, la relatividad del criterio dimensional y también nos enseña a superar la proporción. El abismo del Río Colorado era como un monstruo animado para los indios que no llegaron a explorarlo; el Cañón es todavía para nosotros, de cerca, un sublime espectáculo; en cambio, visto desde la altura, el monstruo y el espectáculo se tornan insignificantes. Insignificante toda la tierra para el aviador, insignificante la tierra para el que mide. Pero eso mismo prueba que filosofar no debe ser medir. Filosofar es reducir a parentesco y a unidad; por eso siempre ha sido y siempre será el arte mejor camino de comprensión que la matemática. El arte no desdeña la medida, pero supera a la ciencia

porque no se somete a la medida sino que la norma le da sentidos que ella misma no posee pero que están latentes en la realidad. La realidad, faz de Dios de donde salen todas las inspiraciones y los mensajes y las excelsitudes. Pero no ha de ser barro sólo ni sólo medida, sino barro encendido en el fuego, medida regenerada en la música.

Del avión baja el filósofo desilusionado de la medida. El divino paisaje se le ha vuelto caricatura y por eso mismo vuelve al paisaje ya no para abismarse en sus proporciones y sí para amarlo con esa suerte de impersonal y divino amor de la naturaleza, menos agudo que el amor de las criaturas pero más iluminante. Paisajes todos de la tierra; para recrearnos en ellos, para corregir en ellos y por ellos la otra mordedura del pecado original, para eso vienen las almas a este pequeño mundo de proporciones que es el planeta. Pero no se sale de la zona de encanto de esta parodia de paraísos celestes escapando en las alas del avión, por el camino de las dimensiones. Se sale de la zona embrujada por el sésamo de Orfeo que es lo mismo que la ternura mística del cristiano. Se le cambian las leyes íntimas al mundo para que torne a lo que fué en el Paraíso.—J O S É V A S C O N C E L O S.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Proust: El prisionero de sí mismo

TRISTE, monótonamente triste, como esos cantos indios en que la nota se repite y se vuelve a repetir, y va y se extiende por los campos, buscando el por qué de su congoja y arrastrando su queja más allá de la tierra, y la igualdad de las vibraciones intensificándose hasta la angustia: tal es Marcel Proust sentimental, el hombre maravilloso que ha dado esta sensación no con lirismo sino con el elemento más extraño y más inexplorado hasta ahora en la literatura amorosa: la psicología instrospectiva aplicada al amor.

¡Creyóse que en el amor todo estaba dicho, y Proust vino a fijarnos, a analizarnos, a abrirnos ante los ojos, bajo aspectos enteramente nuevos, todo el campo desolado del sufrimiento amoroso. Nadie tuvo antes una clarividencia más maravillosa de lo subjetivo, nadie analizó como él las relaciones y las in-

fluencias, en un estado de ánimo, de los colores, de los sonidos, de las luces, y de las formas, y nadie nos explicó más nítidamente por qué nacen y se acentúan determinados sentimientos que son sólo el resultado de mil causas pequeñas que se entrelazan en tal o cual forma hasta convertirlas en una pasión. Y aún la palabra pasión tiene otro sentido en Proust: es más fuerte y más débil, más clara y más ciega. Proust en sus momentos de mayor exaltación no llega jamás hasta la violencia, y a pesar de sentirse sacudido como el árbol por el huracán es capaz de escribir una carta fría, indiferente, a la mujer que representa para él la vida entera. Proust es un lúcido, un vidente del proceso amoroso que busca las reacciones lógicas y atenuantes de su fuerza por lo mismo que se sabe, por su naturaleza débil y nerviosa, un predestinado del dolor.

Dice en *El Amor de Swann*:

Más tarde sucede que, más hábiles para cultivar nuestros placeres, nos contentamos con pensar en una mujer, como yo pensaba en Gilberta, sin inquietarnos por saber si esta imagen corresponde a la realidad, y aún de amarla sin estar seguros de que ella nos ame; o todavía que renunciemos al placer de confesarle nuestra inclinación por ella, a fin de mantener más viva la inclinación que ella tiene por nosotros, imitando a esos jardineros japoneses que, para obtener una bella flor, sacrifican muchas otras.

Esta frase es sólo la melancolía del fracaso, la astucia del débil que ya nada espera de la fuerza. Y toda la profundidad, toda la belleza, toda la poesía que flota en su obra, es esa mirada nostálgica a la vida que pasa llevándose escondida la felicidad inalcanzable, que lo exacerba, que lo obsesiona y que lo angustia a medida que se aleja, pues sólo de ella espera fijarse en el tiempo y en el espacio.

Después, cuando postrado y enfermo se cerraron las puertas de todos los sueños realizables, orientó esa tensión nerviosa a la otra de arte que era su vida dentro de sí mismo. Su vida perdida y su vida encontrada en la sensación pura del recuerdo. Durante quince años en su lecho de enfermo revivió todo el pasado. La víspera de su muerte dictaba sus impresiones de agonía destinadas a completar el pasaje de «la Muerte de Bergotte» en *La Prisionera* y encontráronse en su cabecera unas hojas ilegibles, manchadas de tisana, que escribiera en su última noche, entre las cuales se distinguía el nombre Forcheville, uno de sus personajes.

Durante esos quince años sólo temió que la muerte le quitara la misma posibilidad que le negó *la vida*: la posibilidad de realizarse. Y no es un anacronismo hablar de la vida en

tiempo pasado cuando aún no dejaba de existir. Es que en el hecho Proust pasó a ser sólo el recuerdo de sí mismo, cortando todo interés, toda relación con el presente.

Sobre Proust ya se ha hablado y escrito bastante. Sus admiradores y sus detractores lo han analizado profundamente; hoy los primeros apagan a los últimos casi por entero. El escritor pasa por un período en que su talento, su arte, su estilo no admiten negación. Es la hora de la gloria en su momento más brillante. Pero yo quiero dejar a un lado el Proust maestro para analizar tan solo al Proust humano, deshecho de ternura, tal como en su mirada a los recuerdos se ve él mismo; como un símbolo, como una marca que siempre reconocerá después, en ese momento angustioso que precedía a sus sueños cuando esperaba a su madre que vendría a besarle en la mejilla y a traerle con su beso la sensación de su angustia y de su pena. Siempre fué después así: no cambió con los años su modalidad espiritual. Toda la alegría y todo el dolor dependían de un gesto, de la realización de un hecho insignificante, pero al cual ya sus nervios, sus deseos agudizados y su facultad de soñar, embelleciendo, le habían dado proporciones integrales. De pequeño sueña con la mejilla de su madre. En la mesa, mientras come, momentos antes de irse a dormir la mira y localiza el pequeño sitio en que ha de colocar sus labios, y es para él como un beso anticipado. Y una noche en que su padre, hombre bueno pero sin sensiblerías, y por lo tanto incapaz de comprender ciertos sufrimientos, le envía a la cama impidiéndole besarla, el deseo del niño empieza a intensificarse más y más dolorosamente. Llega un momento en que va desnudo a esperarla en la escalera, acechando el instante que pueda permitirle el desahogo de su pena. Y cuando lo ha obtenido llora, llora en forma incontenible, comprende que ha ido contra los «principios» establecidos, pero se siente pequeño, como una hierba contra el viento, y sus sollozos son como la piedad anticipada de sí mismo.

¿Qué es más tarde la mujer para Proust?

Una muñeca interior, fabricada con los dones de nuestros deseos. La ocasión la ocasión solamente de nuestros sueños. El sueño necesita muy poco para prender en nosotros: se ama sobre una sonrisa, sobre una mirada, sobre un hombro. Esto basta; y después en las largas horas de esperanza o de tristeza, se fabrica una persona, se compone un carácter.

Cuando Marcelo (es decir Proust) al cual la partida de Al-

bertina ha llevado al paroxismo del sufrimiento, le muestra a Saint-Loup su retrato, éste se queda estupefacto entre la desproporción del dolor de su amigo y la insignificancia física de la mujer que se lo causa. Y hay entonces, respecto al rostro de la mujer querida, esta maravillosa reflexión:

No, es que cuando se ha llegado al grado en que el amor causa tales daños, la construcción de las sensaciones interpuestas entre el rostro de la mujer y los ojos del amante, está ya colocada bastante lejos para que el punto en que se detienen las miradas del amante, punto en el cual se encuentra su placer y sus sufrimientos, esté tan lejos del punto en que los otros lo ven, como está lejos el sol verdadero del sitio en que su luz concentrada nos lo hace percibir en el cielo.

Y agrega más lejos:

Dejemos las lindas mujeres a los hombres sin imaginación.

Y es esa facultad de imaginación la que lo lleva a vivir estados de alma hechos y deshechos dentro de sí, pendiente fatal del sufrimiento a medida que se aleja de la realidad.

Si nuestro amor tiene tan pocas raíces en la persona amada, las tiene poderosas y dolorosas dentro de nosotros. Nuestro amor está constituido por nuestras inquietudes, nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestras alegrías, nuestros celos, nuestros hábitos. Nuestra felicidad no depende de la presencia de nuestra amante, sino solamente de la terminación de nuestra ansiedad. (*Albertine disparue.*)

Así Albertina, desaparecida esta vez definitivamente, por la muerte, mantiene en Marcelo los mismos celos, los mismos sentimientos. Nada ha cambiado, pues, ya antes él amaba un ser abstracto. Amaba una idea, una ilusión, un ser ausente, que tiene mucho de un recuerdo.

Y aquí rozamos la tragedia íntima de Proust, tragedia de toda la humanidad, y que por eso adquiere el relieve enorme de los símbolos, de los caracteres universales. Proust más que nadie fué un solitario, un enclaustrado de sí mismo, un prisionero de sus nervios y de sus deseos. Se sintió demasiado gravitar en torno suyo y buscó con ardor, con pasión, con obsesión la continuación de su ser en otro ser, la armónica prolongación, que mientras más fugitiva se traducía en un mayor sedimento de tristeza dentro de su yo. Pero el amor que es a veces espejismo de continuidad, sólo nace por la exaltación y para Proust la única exaltación era el sufrimiento. La idea de que ya algo era suyo lo despojaba de todo interés ante sus ojos. En cambio lo exacerbaban las mujeres imposibles,

llegando a amarlas hasta el sufrimiento y sin poder sentir jamás en ellas una armonía positiva de sí mismo.

Así dice en el más bello pasaje en que resume lo que constituyó el amor para su vida:

En el hecho las mujeres que yo he querido más no coincidieron jamás en mi amor por ellas. Este amor era verdadero puesto que yo subordinaba toda cosa a verlas, a guardarlas para mí solo, puesto que sollozaba si una tarde las había esperado. Pero ellas tenían la propiedad de despertar este amor, de llevarlo al paroxismo, mientras menos eran su imagen. Cuando las veía, cuando las oía, no encontraba nada en ellas que se pareciera a mi amor y pudiera explicarlo. Y sin embargo, mi único júbilo era verlas, mi única ansiedad esperarlas. Se habría dicho que una virtud, que no tenía ninguna relación con ellas, les había sido accesoriamente agregada por la naturaleza, y que esta virtud, este poder semi-eléctrico tenía como efecto sobre mí el de excitar mi amor, es decir, de dirigir todas mis acciones, de causar todos mis sufrimientos. Pero a esto la belleza, o la inteligencia o la bondad de esas mujeres eran enteramente ajenas. Yo he sido sacudido por mis amores como por una corriente eléctrica, los he vivido, los he sentido; jamás pude llegar a contemplarlos o a pensarlos. Me inclino aún a creer que en estos amores (dejando a un lado el placer físico que les acompaña habitualmente pero que no es suficiente para constituirlos), bajo la apariencia de la mujer, es a las fuerzas invisibles, de las cuales está accesoriamente acompañada, a las que nos dirigimos como a obscuras divinidades. (*Sodomme, II.*)

Albertina, Odette, Gilberta, llegan a inspirar una pasión porque no son el «tipo» buscado; ponen en juego la fuerza procreadora del sufrimiento y «...à partir d'un certain âge, nos amours, nos maîtresses sont filles de nos angoisses». Y más lejos: «...peut venir très tôt qu'on soit rendu moins amoureux par un être que par un abandon...» (A. d.)

Proust fué un vencido en su necesidad de lo absoluto, que entrelazó a sus amores la subjetividad del universo entero. El mar, la montaña, las noches nevadas, las tardes florecidas iban a repercutir dolorosamente en su corazón trayéndole perfumes o perfiles o actitudes de mujer. La mujer era un motivo del paisaje; las muchachas en flor le llevaban el amor con sus siluetas recortadas frente al mar; el recuerdo de Albertina era punzante en los rayos de sol, en las curvas de los cisnes, en las estaciones todas. Para alejar el dolor le habría sido necesario renunciar al universo entero. Y su tristeza es más serena mientras hay una mayor claridad en sus errores.

Murmura:

Quién me hubiera dicho en Combray, cuando esperaba el beso de mi madre, con tanta tristeza, que esas ansiedades se curarían para renacer un día, no por ella, sino por una niña que no sería, sobre el horizonte del

mar, sino una flor a la cual mis ojos solicitarían cada día ir a contemplar, pero una flor pensante, y en el espíritu de la cual yo desearía, tan puerilmente, tener un gran sitio

Amores cristalizados por el imposible en que los rostros de las mujeres queridas eran extraños y lejanos, separados por la sombra gris del ensueño en la que flotaban los mil otros rostros que ponía y descomponía sobre el verdadero. Algo suyo, muy suyo, enteramente suyo. Así vivió inclinado sobre su corazón viéndoles nacer, crecer y morir al margen de la vida.—MARTAVERGARA.

El dolor de escribir

ALGUIEN me ha hecho una pregunta que parece una pirueta irónica: ¿Debe vivir el escritor de su pluma? Nadie tiene la veleidad de preguntar si el labrador debe vivir del producto de su siembra, o el industrial del rendimiento de sus fábricas. Y todo indica que se llevaría en automóvil al manicomio a quien, para seguir cultivando esas actividades, se dedicase a trabajar en otros oficios. Sin embargo, cuando se trata del escritor, falla la lógica. Hasta parece justo que, siendo el pensamiento la función más alta dentro de las sociedades, resulte la menos retribuida. Para tener el honor de escribir, es decir, de ser negado, pospuesto, calumniado, el intelectual debe postular empleos y mantenerse a flote con ayuda de otras actividades, porque es cosa convenida y resuelta que su oficio es un honor y los honores no se pagan.

Así conservó Huysmans un empleo en un Ministerio. Anatole France fué bibliotecario del Senado. León Frapie es maestro de escuela. Balzac disfrutó de una canonjía en un Banco. Víctor Hugo cobró una pensión. Lamartine se refugió en la diplomacia. Vigny fué oficial del ejército. Zola, dependiente de librería. Dumas, secretario del Duque de Orleans. Stendhal, vice cónsul. Loti, oficial de marina...

Con excepciones raras, el talento sólo sirvió para enriquecer a los editores. Y el escritor sólo prosperó buscando otros puntos de apoyo o evolucionando hacia el periodismo o la política. En cualquier oficio se gana más.

De ahí ha nacido la idea de que los que se dedican a arder durante una vida en el infierno de la literatura, han de procurarse el combustible necesario mediante una labor en otras de la actividad humana.

El único remedio a este estado de cosas consistiría en industrializar la literatura, entendiendo por industrializar, escribir lo que se pide, pensar lo que conviene, olvidar la personalidad. Si no queremos ser zapateros como Timón, fabricantes de anteojos como Spinoza, o albañiles como Sedaine, hay que decidirse a vender lo que se consume, dentro de la ley comercial de la oferta y la demanda. Pero entrar por esa senda es salir de la literatura. Y hay un soplo desconocido que empuja al escritor a perseguir en cielos que acaso no han de brillar nunca, una imposible estrella ideal.

Esta penuria endémica es la negación de la leyenda de prodigalidad de los artistas. ¿Cómo han de ser dadivosos los que en la mayor parte de los casos carecen de lo indispensable o llevan una vida modestísima? Cuando Rubén Darío vegetaba en París con los 500 francos mensuales que le pagaban por sus crónicas, decía a veces, maravillado, a sus amigos:

—Cuentan que arrojé el dinero por las ventanas. . .

En cambio el Sr. Medina, que era por entonces Ministro de Nicaragua, gastaba cincuenta mil francos mensuales y todos le tenían por el hombre más sensato y ordenado de la tierra. Contradicción que puede sintetizarse en una paradoja: al agente de Policía le pagan aunque pase muchos meses sin detener a un ladrón; el militar cobra aunque transcurran muchos años sin que estalle una guerra; pero si el escritor deja de escribir sus artículos, aunque sea por falta de asuntos, no ocurre la misma cosa; y cuando los escribe y los cobra, le acusan de ser interesado y de malgastar el dinero.

En este orden de ideas, todo traduce la mentalidad que hizo célebre a cierto coleccionista con motivo de un proceso contra la pintora Rosa Bonheur. Había contratado este «amateur» un cuadro que debía ser entregado a fin de 1902, y como la pintora, que vivía en la Côte d'Azur, no terminaba la obra, recurrió a los tribunales. Fué lo que provocó la conocida respuesta: «Usted no sabe una palabra de pintura Sr. X.; además, yo sólo pinto cuando me da la gana.»

Es esta libertad lo que parecen querer salvaguardar los que sostienen que el escritor debe tener otro oficio. Poco importa, epilogan, el tiempo que pierde al dedicarse a tareas ajenas a su obra, y menos aún los perjuicios que ocasiona al asumir funciones que no son de su competencia. El Estado y los par-

ticulares, si son víctimas, serán víctimas del prejuicio que les induce a subvencionar, dentro de la misma persona, al mal empleado y no al buen escritor.

Así va la silueta del viejo judío errante de la literatura. Victorioso o vencido, su arte, que es oficio, o su oficio, que es arte, no ha tenido nunca ubicación exacta dentro de la vida universal; y en el fracaso como en el éxito, en las nuevas épocas como en las antiguas, mantiene la inmutabilidad de un destino que es quizá el signo de su esencia superior.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Los payanos

SE conocen con el nombre de *payanos* a los indígenas que habitan la parte más austral de la Isla Grande de Chiloé: desde Queilen hasta San Pedro e islas adyacentes. El nombre *payano* tiene sus semejantes en América; los *payas*, los *coyas* y los *mayas*. La palabra *payano* tiene terminación española (en o) y tal vez debió ser *payan*, como *yahagan*.

Los payanos son corpulentos. Medidos 38 individuos, obtuvimos una estatura media de 1,68 ms. El cuerpo es delgado pero no enclenque. Dan la impresión de ser hombres diariamente entrenados. Las extremidades son desarrolladas y proporcionadas al conjunto. Los dedos de las manos, alargados. Los pies anchos y largos por andar siempre descalzos. El pulgar inclinado hacia adentro. La piel es bronceada.

Se cubren con tejidos de lana de oveja. Estos tejidos, hechos por las mujeres con suma habilidad y cuidado, los llaman *carro* (obra de abrigo). Tiñen sus telas con ciertos vegetales, como la «barba de palo» (1). Para el color negro usan un barro especial llamado «robu».

Su alimentación primitiva debió ser netamente costera. Hoy día comen toda clase de alimentos, privando los productos marinos: mariscos, pescado, etc. Sienten una marcada predi-

(1) Planta parásita de color amarillento, que crece en el tronco de algunos árboles, como el roble, manzano, etc.

lección por el alcohol, el tabaco y el café. La producción agrícola es tan deficiente, que no basta para el sustento de la familia, pues son poco aficionados a labrar la tierra y los métodos que emplean son rudimentarios. El «hualato» (1) y la «luma», (2) son sus únicos útiles de labranza.

Abonan las tierras con sargazo y «lamilla» (alga marina de color verde), que usan recién sacados del mar para aprovechar sus sales. Los payanos conocían las bondades de estos abonos antes de que se descubriera el salitre.

Sus actividades preferidas son la pesca y la caza. Para la pesca, que es uno de los oficios más fáciles para ellos, se valen de los corrales y de la red. Los corrales son cercos de estacas y ramas de forma casi circular que cierran las cabeceras de los esteros. Con la creciente afluyen los peces hasta este cerco para depositar sus huevos en la playa y la vaciante los deja aprisionados, circunstancia que aprovechan los isleños para hacer su aprovisionamiento. Gozan de los beneficios del corral todos los que han ayudado a su confección y aun las personas extrañas que acuden a la pesca.

Como la producción agrícola es escasa, los hombres y hasta los niños, arriendan sus servicios. Esto es lo que ellos llaman *habilitarse*, es decir, reciben de los patronos todo el alimento necesario para el período de la pesca, alimento que también recibirán la mujer y los hijos que se quedan. A su vuelta ellos pagarán con los productos recogidos después de enormes sacrificios.

Cada chalupa va tripulada generalmente por cuatro personas, entre las cuales no faltan niños de 9 a 12 años. Los lugares preferidos son las islas Guaitecas, donde tienen estaciones conocidas que los ponen al abrigo de las tempestades y las lluvias. La red es tejida hábilmente por ellos mismos. La fabricaron primero con fibras de vegetales: cortadera, boque, junquillo; después con lino que ellos mismos cultivan en pequeña escala y, finalmente, con cáñamo que compran en las tiendas. Hoy día han reemplazado las redes «lanceras» por las «caladoras» de más moderna invención y con las cuales obtienen mejores resultados.

(1) Especie de azadón curvo y puntiagudo, con mango de luma.

(2) Estaca de madera de luma de 2,50 ms. de largo, con la punta engastada en fierro algunas veces. El labrador maneja una en cada mano y las impulsa con el vientre, que está protegido por un cuero de oveja o de cabra, que llaman «chaño». Con el impulso las lumas se hunden en la tierra, y entonces un niño o una mujer las levantan con la palanca—trozo de madera resistente y curvo—, sacando un gran césped que queda una vez a la derecha y otra a la izquierda, hasta formar los largos camellones de los sembrados.

Otra actividad no menos interesante de los payanos es la caza de gatos y lobos marinos. He observado que prefieren estas actividades atendiendo tal vez a la circunstancia de que después de rudas horas de trabajo, tienen otras de descanso. La caza de gatos se hace durante la baja marea, cuando los gatos salen a mariscar a la playa.

Lo mismo que para la pesca se hacen «habilitar» por los patrones que les proporcionan escopetas, municiones, alimentos, etc., para un viaje de dos o tres meses, a cambio de las pieles y demás productos de la expedición.

En pequeñas chalupas de siete varas y media de largo por dos de ancho y 70 cms. de puntal, llegan hasta el Golfo de Penas y Cabo Tres Montes y aun atraviesan el Istmo de Ofqui, trasportando a brazo sus embarcaciones, faena que dura uno o dos días. En estos viajes, el perro desempeña un papel muy importante.

Los indígenas son expertos navegantes y están dotados de todas las cualidades propias de los cazadores marinos: destreza, excelente puntería, aun en medio del inmenso oleaje y de la dificultad de manejar, con una mano la escopeta y con la otra el remo que abandonan por instantes para hacer la puntería y disparar; aprecian perfectamente las distancias y la velocidad de sus víctimas, en relación con la de su embarcación. Para la caza de lobos no emplean perros. Las pequeñas embarcaciones se hacen a la mar en el mes de Diciembre para estar en las loberas más o menos en Enero, que es la época del parto de los lobos. Estos animales se refugian en las piedras y sitios más peligrosos de aquellas lejanas islas y aun así no se escapan de estos expertos cazadores.

Cuando la lobada está ubicada en una piedra escarpada y de difícil acceso, la rodean con una cuerda que amarran en la proa de la chalupa, cuidando que ésta corte la ola para evitar el volcamiento. Una vez en esta situación, recogen poco a poco la cuerda hasta que la chalupa queda a una distancia que permite saltar a la piedra, armado de la «macana», a uno o más de los tripulantes, para volver a alejarse al impulso del fuerte oleaje y repetir la maniobra hasta que han saltado dos o tres. Esta maniobra es de lo más peligrosa y arriesgada.

Una vez en la piedra comienzan por garrotear a los «popos» (1) cuyas pieles son las apetecidas en el mercado. Como los «torunos» (2) oponen resistencia a esta tarea, tratan siempre de darles muerte primero para en seguida cerrar todos los pasos

(1) Lobatos.

(2) Lobos viejos.

que permitan escapar a los pequeños lobitos. Se ha observado que en cuanto hay peligro, la loba se echa al mar, lo que trata de impedir el toruno, cogiéndola del cuello y lanzándola al centro de la lobada.

Se cuenta el caso de una loba que por salvar a su cría la tomó del cuello y la lanzó al mar, pero con tan mala suerte, que en lugar de caer al agua, el lobito cayó dentro de la chalupa con el consiguiente regocijo de los loberos.

La «macana» es generalmente el mejor instrumento para esta tarea tan pesada y peligrosa. Es hecha de madera resistente, generalmente de luma. Los loberos la manejan con destreza.

Los payanos aprovechan el aceite y la carne, que salan y secan bien, a manera de jamón y que apetecen mucho, especialmente durante sus largas correrías por los mares.

Los payanos son sociables y muy serviciales. Son hábiles marinos y excelentes nadadores. Asimilan con facilidad cualquier índole de trabajo y así encontramos entre ellos hombres que saben extraer el oro y aun el platino. Un señor Wilson, que tuvo trabajos mineros al suroeste de la Isla Grande de Chiloé, se sirvió de los habitantes de la Isla de Cailín y quedó muy satisfecho de los trabajos ejecutados por éstos.

Son de carácter firme y saben afrontar las dificultades y los peligros con serenidad y sangre fría, de los cuales no se les creería capaces.

En cierta ocasión, Cristino Chiguay iba de viaje en una pequeña chalupa. Pasando de San Pedro a las Guaitecas, se dió cuenta de que el oleaje le había partido su embarcación y, a fin de evitar que se hundiera, le hizo pasar un cordel bajo la proa, aseguró los costados y así pudo arribar sin mayor novedad a Melinka, donde reparó la avería. En otra ocasión una chalupa que se ocupaba de la caza de lobos se vió obligada a abandonar a dos de sus hombres sobre un peñasco a causa de la fuerza de las olas que le impedía acercarse. Estos hombres permanecieron allí cerca de ocho días sin alimentos, sin agua y a toda intemperie. Para apagar su sed bebían sangre de cuervos nuevos y de otros pájaros. Cuando amainó el temporal, volvió la chalupa al peñasco a recoger a los hombres y como fuera imposible hacerlo por lo agitado del mar, los tripulantes cargaron la escopeta y en el cañón colocaron una baqueta con un cordel y, disparando, la lanzaron al peñasco. Los hombres cogieron la baqueta y así lograron recoger el cable de «quilineja» y amarrados a él se lanzaron al mar. Después de una lucha tenaz ontra las olas y ante la angustia de sus compañeros que espe-

raban de un momento a otro verlos desaparecer, lograron ser recogidos.

Los payanos viven en casas de una sola pieza que les sirve de cocina y de dormitorio. Hoy día acostumbran techar sus casas con madera y hacerles divisiones para la mayor comodidad de su familia. Antiguamente habitaban en cuevas, en los barrancos cercanos a las playas que aun hoy día se pueden observar. En sus enfermedades se curan unos a otros y emplean ciertas yerbas que los sabios han calificado como medicinales. Es sensible que no se hagan estudios de los principios terapéuticos que se encuentran en algunas plantas de la Isla de Chiloé y de las tintas que de otras se pueden sacar.

Los payanos son religiosos por tradición y celebran sus ceremonias con gran solemnidad. Al efecto, levantan cerca de las capillas, pequeños campamentos para pasar los días que duran la festividad y evitar así largos viajes diarios.

Los niños desde la más tierna edad acompañan a sus padres en los viajes que hacen a las Guaitecas, a la pesca o caza de gatos y lobos marinos, sufriendo desde pequeños las inclemencias del tiempo y toda clase de privaciones y acostumbrándose así, desde luego, a la vida marinera. He visto niños de doce años que ya se ocupan de las faenas de la caza y de la pesca en las mismas condiciones que los adultos. Estos muchachos tienen las mismas prerrogativas que los hombres ya acostumbrados a tales trabajos. En las épocas de descanso les gusta frecuentar las escuelas del lugar y casi todos saben leer y escribir.

En una palabra, los payanos que se dedican a la marina son hombres fuertes y sufridos. Pasan noches y días en sus chalupas con vientos y lluvias torrenciales sin poderse cambiar la ropa, que secan al calor de la lumbre y sin quitársela.

La civilización, lejos de preocuparse del progreso de estos habitantes de las islas del sur de nuestro país, sólo ha sabido explotar su trabajo y sus energías inagotables. El alcohol y el tabaco son los únicos presentes que hace llegar hasta ellos.—
HUMBERTO DÍAZ VERA.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

HACE poco falleció en Buenos Aires el poeta chileno Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Había llegado a la capital argentina a contraer matrimonio. Su muerte, dolorosa y cruel, conforme nos han confiado testigos de los últimos días del poeta, lo sorprendió a los pocos meses de sus nupcias.

Deja una obra poética copiosa, desparramada en volúmenes que fué publicando al azar de los días. Todos saben que una tragedia prematura lo llevó a una cárcel. Allí pasó varios años. Pues bien, sus libros fueron escritos en la celda en que velaba un hombre anheloso de recuperar la libertad. La recuperó pero dejó de cantar. ¿Para qué cuando la vida era tan bella? Y Cifuentes Sepúlveda se dió a vivir con pulso intenso.

Por el año 1923 mantuve con él relaciones epistolares. De algunas de sus cartas de entonces desprendo aquello que puede ser interesante para conocer su espíritu, enamorado de la poesía.

San Clemente, 29 de Enero de 1923.— Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Mi estimado amigo:

Yo anduve por algunas partes dando audiciones literarias con bastante buen éxito. Estuve en Curicó, Talca y Chillán. Hablé de los *novísimos* y expliqué la generación de *La Torre*. Fuí aplaudido en todas partes. No gané dinero. Es decir no gané en una forma comercial. Quedé muy contento. Los públicos son muy simpáticos.

En Chillán me fué muy bien. De allí no traje plata pero traje un amor muy grande.

Con saludos afectuosos queda aguardando su respuesta su afmo. amigo,

J. C. S.

San Clemente, 2 de Febrero de 1923.—Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Estimado amigo:

Me interesan grandemente tanto sus estudios críticos como sus trabajos literarios. Tengo una profunda fe en Ud. Naturalmente, me ha llenado de inquietud ese su estudio sobre la nueva literatura rusa, inquietud que subsistirá hasta que Ud. lo publique o me lo dé a conocer. Igual cosa puedo decirle de su intención de comentar a M. J. de Larra, que es, para mí también, una de las más notables personalidades españolas.

Sí, efectivamente, me refería a *La Torre* cuando me quejaba del silencio que se me había hecho. Silencio que, por otra parte, no habría sido notable, si no se hubiese hecho tanto ruido alrededor de obras tan malas como *Los Gemidos* del joven De Rocka. En fin, ya me estoy consolando, porque por bien o por

mal sé que los haré gritar cuando este año—en buena época—publique mi libro: *Harmoniþan*. (1)

¿Ve Ud.? Esta parece la carta de un amargado. ¡Qué más da! Escríbame siempre que tenga tiempo. Me siento horriblemente solo acá.

Lo abraza,

J. C. S.

San Clemente, 26 de Septiembre de 1923.—Señor Raúl Silva Castro. Santiago.—Estimado amigo:

Me dijeron que la Federación Universitaria abrió un concurso de Elogios a la Reina de las Fiestas de la Primavera. Ultimamente resolví tantear y escribí los versos que le incluyo. Desde aquí me es completamente imposible copiarlos a máquina, pues éstas no se merecen. ¿Podría hacerme Ud. el favor de copiarlos y enviarlos al concurso?

Otra cosa todavía. En Lautaro aparecerá una revista de arte con el nombre de *Surcos*. Me pidieron colaboración. Les negué, pero les ofrecí de mis amigos. Ayúdeme a salir del apuro.

Contésteme qué hay del verdad en lo del concurso y dígame cuándo se cierra, porque si aun quedase tiempo, me agradaría pulir mi poema.

Lo saluda su amigo,

J. C. S.

P. S.—La revista aparecerá en la primera quincena de Octubre; por lo tanto, urge la colaboración. Creo que no hay que tener cuidado, pues la dirección está a cargo de una mujer inteligente: Luisa Campos.

[Después el poeta vino a Santiago y nuestras cartas se suspendieron. En cambio de ellas, conversamos mucho sobre la poesía y los poetas, sobre el amor y el destino. Era un descontento. Había en su alma un sedimento de inquietudes que nada—ningún amor, ningún dolor—supo borrar. Era sin duda la cárcel en que se pudrieron sus mejores propósitos la que amargaba sus aguas. Cifuentes Sepúlveda vivía bajo una maldición. Los que lo han visto silencioso, nostálgico de todos los bienes, discurrir en la alta noche de la ciudad, solo en su desventura,

(1) *Harmoniþan* no se publicó nunca. Leí las composiciones que lo formaban en sus originales.

comprenden lo que yo digo. Es poco decir que lo quise. Mi amistad hacia él fué amarga y reconcentrada. Tal vez él no lo supo, pero hay en algunas de sus cartas expresiones fugitivas que me revelan que lo entrevió.

Eso me consuela. Hace tiempo que no lo veía. De vez en cuando preguntaba a algunos amigos comunes qué era de su vida. No vine a saber el fin desolador que tuvo sino cuando una noticia de los diarios la comunicó al mismo tiempo a los que lo querían y a los que no habrían hecho, de saber que existía, otra cosa que despreciarlo. No me consuelo de haberlo dejado partir sin apretar su mano una última vez. Me duele sobre todo saber que yo vivía aquí muellemente cuando él sufría fuera de su patria. Pobre y buen muchacho. Ya no existe.

He dicho que su obra rezuma amargura. Los que quieren una poesía superficial y lamida como un parque inglés no leerán sus versos porque son ásperos y lamentosos. Yo mismo estoy prefiriendo hoy otra manera de cantar. Pero ¿cómo alejar de mi espíritu el sabor penetrante de sus versos? Ví nacer muchos de ellos. Los oí balbuceados apenas por su voz joven. Los quiero como a hijos.

Pasó por la vida sin saber que desperdiciaba un tesoro divino. Fué poeta porque sí, porque el impulso de cantar era en él imperativo. Sabía que le faltaba cultivo, pero su obra desordenada, impremeditada, si no es exquisita es impresionante. Quien tome en sus manos *La Torre*, su mejor libro, y sepa que fué escrito en la semi-oscuridad de una celda, sentirá que el corazón se le encoge. Cifuentes Sepúlveda era poeta, y allí lo probó. Su nombre no debe morir.—R. SILVA CASTRO.

Algunos nombres de la literatura alemana



SEAME permitido realizar lo que el título precisa: echa una mirada sobre la literatura alemana contemporánea y sobre todo conseguir que otros hagan lo mismo que yo. No se puede tratar, en el marco de un artículo de revista, de dar un cuadro completo o casi completo de las diversas corrientes de la literatura alemana contemporánea ni hacer su crítica o una crítica comparada. Es verdad que los franceses hace tiempo han olvidado seguir de cerca el desens volvimiento de las manifestaciones de un es-

píritu que les parece complementario. Se conocía mucho mejor en Alemania la literatura francesa que en Francia la alemana. En Francia se había detenido en E. T. A. Hoffmann y en algunos románticos, y los «jóvenes» eran tierra desconocida hasta para los más interesados. Félix Bertaux ha escrito una excelente *Littérature Allemande* en la serie «Panoramas des Littératures Contemporaines», publicado por Kra en 1928. Allí se encontrará un cuadro completo y dibujado en trazos firmes. Puede uno allí no sólo orientarse: puede escoger después de haber leído este bello libro.

Me permitiré sólo dar informaciones, hablar de algunas obras que me parecen merecer la atención de un público europeo. No quiero hablar de escuelas, capillas, corrientes; hablaré sólo de escritores y de sus obras.

En poesía, será necesario siempre comenzar con los nombres de Stefan George y Rainer María Rilke. Stefan George que acaba de cumplir sesenta años y que jamás ha sido popular o «conocido», anuncia después de catorce años de silencio un nuevo libro de versos. Era el núcleo de un grupo que quería «formar» el ideal del individuo. La palabra «aristocrática» se impone, si se habla de la poesía de George. Nunca ha permitido al tiempo tocar su obra. Viviente, la ha transformado en un mito. Ha recreado una lengua que está inspirada en nuevas concepciones de poesía plástica y musical. Rilke, que ha vivido en París, que ha conquistado gran celebridad cerca de la «élite» francesa y que hasta ha publicado, en los últimos años de su vida, versos en francés, era la encarnación misma de la fragilidad. Escuchaba voces que él sólo parecía oír. Estaba ajeno a toda preocupación material, como un poeta que se acercara al santo, pobre y puro.

Sería preciso después de estos dos nombres continuar con los de otros que se conocen; repetir una simple enumeración o agregar una nueva crítica a tantas otras. No citaré sino a Gottfried Benn, que me parece muy poco conocido, a Max Herrmann-Neisse y a Bert Brecht.

Gottfried Benn es médico, y los primeros versos que publicó antes de la guerra han aparecido en las revistas de avanzada *Die Aktion* y *Der Sturm*. Sin embargo se leen de vez en vez versos viejos en *Querschnitt*. Es sin duda uno de los líricos más notables. Sus primeros poemas eran lúgubres, de un naturalismo científico y de acentuado escepticismo. La Morgue era uno de sus temas preferidos. Ha cambiado: sus ideas conducen al mundo. Su escepticismo se ha acrecentado, es cierto, pero lo que encanta es el lenguaje que ha creado. Una dulzura extre-

ma para el tema más áspero, una claridad de expresión que se corresponde con la claridad de su manera de ver, que es impiadosa. Benn es sin duda uno de los más grandes líricos alemanes.

Max Herrmann-Neisse ha publicado su último libro de versos hace un año. Notemos que la Alemania de hoy ve disminuir el número de los libros de poetas. Es harto natural: se debe a las mismas razones que el desarrollo del cine, de las revistas ilustradas, de la novela de aventuras, a la preferencia que se da a las obras «dinámicas». Herrmann es el *poeta* (1). Canta todos los viejos temas que han cantado todos los poetas. Pero es de una verdad cruda, que podría espantar si no estuviese sofrenada por una melancolía irónica. Se diría que el poeta que compone sus poemas se mira a sí mismo por encima del hombro. La ironía romántica de un desesperado, el dolor de un sabio y la dura e impiadosa lógica de lo que nos complacemos en llamar la vida, he aquí la poesía de Herrmann-Neisse.

Bert Brecht ha escrito algunos dramas que han suscitado vivas discusiones. Me permitiré no hablar aquí sino de sus poemas. Brecht ha sido encantado por la aventura. Entre todos los poetas de Europa es por cierto el que ha sido más influido por Rimbaud, que, entretanto, tiene detrás de él casi toda la juventud literaria del viejo continente. Brecht en su *Hanspostille* (Ediciones Ullstein) ofrece sobre todo baladas, romances y moralidades. La lengua, el lirismo son nuevos. Sin embargo, Brecht se complace a veces—en teatro sobre todo—en mostrar un exotismo que me parece falso. Atraído por todo lo que es lejano, lleno de aventuras, cree que basta pronunciar nombres exóticos para crear el misterio de tierras desconocidas. ¡Cómo se aleja entonces de Rimbaud, de su visión, de su genio «simplemente»! Pero entre estas «enfermedades del siglo XX» hay en Brecht poemas que festejan una nube que pasa, un color, un sentimiento, poemas que son admirables. Y no se sabe de qué admirarse más: si de esas páginas perfectas o de la extraña alma de un hombre que puede escribir obras maestras junto a naderías.

Cuanto a la novela, los nombres de Heinrich Mann y de su hermano Thomas o de Jacob Wassermann son bastante conocidos para que nos detengamos en ellos en este breve esbozo. Se podría citar, más por curiosidad, el nombre del hijo de Thomas Mann: Klaus Mann que ha comenzado con cuentos, obras teatrales y una novela. Sería un buen ejemplo del camino doloroso que la juventud europea ha debido recorrer después de la

(1) En español en el original.

gran catástrofe. Klaus Mann tiene harto talento. Vuelve de América. Ha visto una parte del mundo. No va a desperdiciar sus dotes, y se puede poner en él una esperanza tanto más justificada cuanto que los trabajos que ya ha publicado son dignos de atención, a pesar de sus defectos evidentes. Como él, un gran número de jóvenes han tratado de crear algo que fuese como «el movimiento del tiempo».

Les falta reflexión, no tienen el sentido de la responsabilidad, y toman su tarea muy a la ligera. Son los tipos vivos de una «inflación del espíritu» que no ha perdonado ningún dominio intelectual, donde quiera que estuviere. Se podría calificar todo esto de americanismo mal entendido.

Alfred Döblin, cuyas novelas *Die drei Sprünge des Wang-lim* y *Wallenstein* son obras maestras, se ha confirmado desde sus primeros trabajos como filósofo y pensador. *Neere, Berge Giganten* y una epopeya señalan el desarrollo de este poeta que en su profesión de médico no ha olvidado nunca que es ésta una profesión «cerca de Dios».

Arnold Zweig no es de los más jóvenes: había obtenido en 1914 un éxito de los más resonantes con sus *Cuentos en torno a Claudia*. Con una franqueza y una delicadeza desconocidas hasta entonces había hablado de los problemas del amor, de los conflictos eternos entre el hombre y la mujer. Escribió ensayos filosóficos de gran alcance sobre el anti-semitismo. Por largo tiempo el novelista en él ha callado. Después ha publicado el año último un libro: *La disputa sobre el sargento Grischa* (Ediciones Kipenhener), libro de guerra que tuvo un éxito extraordinario. Se trata de un prisionero evadido, de un ruso cuya evasión fracasa. Dos generales se disputan su cabeza, dos príncipes se levantan uno contra otro. Pero lo esencial no es esta historia, por lo demás de las más vivas. Lo que importa es la muchedumbre de reflexiones y de verdades realmente humanas que el autor nos presenta bajo una forma personal. Comprobemos de paso que cada escritor alemán debe crearse un estilo, por insignificante que sea; en Francia hay un estilo que data de Voltaire, lo que no impide que cada escritor tenga un estilo «de él». Este libro tiene por tema igualmente la guerra. Diez años después de la catástrofe este tema podría parecer despojado de interés. Al contrario, la impresión causada por esta descripción «póstuma» es muy profunda.

Zweig ha vuelto a tomar uno de los personajes de esta obra, Pont, para un nuevo libro: *Pont y Ana*. Historia de amor, sin duda, pero sobre todo historia del hombre después de la guerra, que vuelve a hallar su personalidad, sus recuerdos a través de

una nueva vida. Sería bien interesante seguir en Alemania—o, comparando ambas literaturas, en Francia y en Alemania—esta evolución del hombre después de la guerra. Este estudio convendría a la clarividencia de un Edmond Jaloux. Zweig, muy sutil, se sobrepasa en cada obra. A él deberemos sin duda un día novelas en que verdaderamente viva la imagen de nuestra época.

Se puede fácilmente reunir los nombres de Bruno Frank y de Wilhelm Speyer. Frank acaba de interesar también al público francés con su *Nueva Política*, que se prestaría por lo demás a una discusión bastante viva. Ha escrito unas divertidas comedias, y se le deben buenas traducciones y adaptaciones de piezas francesas. Las novelas relacionadas con Federico el Grande han sido muy celebradas. Ha sentido agudamente la exigencia de este tiempo que tiende a «desheroizar» los héroes. Los hombres de hoy son de tal modo materiales que comienzan a interesarse en la historia del corazón humano, de las pasiones; pueda ser que a esa tendencia debamos la «resurrección» de Balzac y su descubrimiento por Alemania. Frank ha escrito una novela histórica muy documentada, *Trenc*, biografía novelada, si se quiere, del aventurero, guerrero y amante.

Speyer escribía, al comienzo de su carrera, novelas muy convencionales. Ha encontrado de entonces acá una originalidad bien particular: ha erguido más de un carácter de mujer, síntesis de este tiempo. Pero aquélla de sus obras que, según mi opinión, merecería ser la más conocida en el extranjero, es *Melancolía de las Estaciones: Schwermut der Jahreszeiten* (Ediciones Rowohlt). Speyer acaba de publicar el mejor, me parece, de los libros que se ocupan de la juventud: *Kampf der Tertia*. Su psicología ha encontrado en fin temas menos superficiales.

¿Cómo no recordar el nombre de Leonhardt Frank? El, que durante la guerra publicó ese valiente libro *El hombre es bueno*, se ha callado hace tiempo. Está más al margen de la vida que los demás. Sus obras testimonian un sentido profundo de la responsabilidad social. Será siempre revolucionario porque cada palabra que escribe es, por su propia verdad, una crítica de la sociedad actual. Una profunda tristeza se desprende de *Karl und Anna*, relato doloroso de un amor que la guerra destruye.

Sé bien que no he hecho más que citar sin orden a hombres que me parecen no haber atraído aún la atención que merecen. Por esto nombraré a Kurt Tucholsky. Escribe bajo cinco seudónimos, separando así sus diversas personalidades, de las cuales cada una presenta un interés particular. Estrechamente li-

gado al fundador y director de la revista *Die Weltbühne*, del recordado crítico Siegfried Jacobsohn, ha sucedido a éste en la dirección de esta revista que es de un pacifismo absoluto y sin condición. Tucholsky, que vive en París, tiene un talento tan complejo, que se comprende muy bien que haya debido dividirse para conocerse mejor. Escribe folletines brillantes para un diario de Berlín, críticas para las revistas; ha publicado un libro encantador con el tema de un viaje por los Pirineos y una recopilación de sus pequeños artículos. Había comenzado con una deliciosa historia de amor, *Rheinsberg*, en que cada frase ha llegado a ser célebre para cualquiera que ama. Sin embargo es preciso no olvidar al político que existe en esta personalidad singular ni siquiera al cancionista político que ha escrito las mejores canciones para todas las «vedettes». Tucholsky tiene una manera que es bien suya: natural, brillante, un estilo vivo, trabajado, pulido, siempre de una rara calidad. Su humor es seco, las palabras y los juegos de palabras navegan, sobre todo cuando se trata de atacar a las personas de buena posición. Cada frase es aguda y tiene desde luego la valentía de sus opiniones, lo que no siempre es fácil. Tucholsky, que trabaja y no cesa de trabajar, no ha obtenido aún el éxito y el reconocimiento al cual me parece tener todos los derechos, sobre todo en Francia, país donde vive y que no se cansa de explicar a sus compatriotas.

Se pensará seguramente que el desarrollo de un pueblo se muestra con más presteza aún en el desenvolvimiento de su arte dramático. Es justo. La historia de la literatura que ha poblado la escena alemana daría en efecto una imagen muy precisa de la evolución experimentada por el espíritu de Alemania en estos diez últimos años.

El «expresionismo», que tanto ha apasionado al público y a los críticos, está muerto. Hay en él «jóvenes», pero parece que la época exige la comedia ligera. La influencia de la danza, del jazz y del cine ha modificado el teatro moderno. La expresión de las formas de la vida ha cambiado con ésta, y parece que estamos aún demasiado cerca de esta transformación de la vida para haber encontrado su forma simbólica. Pero para Alemania hay que citar sobre todo un nombre, el de Georg Kaiser. No se puede sino resumir su vuelo. Se le representa por primera vez cuando tiene cuarenta años. Saca una treintena de piezas de su escritorio; cada una es nueva, presentada en una lengua perentoria que guarda sin embargo el aspecto de la sintaxis habitual. Todos estos dramas parecen nacer de las circunstancias que Alemania atraviesa. *Gas* es la tragedia de los obreros

que se oscurecen por el progreso implacable de la técnica. Pero después de este período, Kaiser encuentra una fuerza poética que retrocede ante los problemas efímeros: vuelve al dominio de lo divino, de lo eterno. Acaba de hacer representar en Alemania una pieza, *Día de Octubre*, que ha obtenido un éxito inmenso. Notemos aún que Kaiser se había estrenado con una magnífica, *Los burgueses de Calais*.

No son éstas sino indicaciones, ni siquiera notas para una historia literaria. No he querido más que llamar la atención sobre obras que merecen ser conocidas, mas aún ser traducidas y sobre todo ser leídas.—HANS JACOB.

Traducido especialmente para *Atenea*.

“Un vagabundo toca con sordina”, de Knut Hamsun



ACIA falta una traducción al castellano de *Un vagabundo toca con sordina*, y no se explica cómo es que habiéndose traducido hasta los cuentos de Knut Hamsun, esta novela hubiera quedado elegada. Dada la manera personalísima de realizar de Knut Hamsun, cada obra suya es un capítulo de un conjunto vital, de modo que la falta de conocimiento de cualquiera de sus obras hace que se resienta la impresión de múltiple existencia que vive, recoge y hace vivir ese personaje único que es el alma de toda su obra.

Personaje de una potencia anímica que desborda de sí mismo, le sobran fuerzas para realizarse, como lo hace, en todo lo que encuentra a su paso. Es la vida misma realizándose en todo. Como la vida también, es un inquietador. Allí donde todo parece muerto, él revuelve, agita y despierta la vida.

Vive con un impulso que a veces no puede domeñar, y donde encuentra obstáculos demasiado tenaces, no llega tampoco en vano, siempre tendrá algo que hacer. Así le falten medios económicos, así tenga que luchar con el hambre o, en otras circunstancias, tenga que apelar a recursos desesperados que a él mismo le parecerán falsos por lo débiles. Toda pobreza material y toda depresión física y espiritual podrá sobrellevar, pero nunca llegará a la sumisa dobleguez ante lo humano. Es un hijo de sí mismo, y no hay tesoro y no hay nobleza de más legítimo orgullo.

Naturalmente que esto ofrece inconvenientes harto serios; pero si la vida va mal, algo irá mejor, y si todo va mal, bueno, se le acepta, se carga con la responsabilidad. Siempre hay, además, sus juguetes y todos no han de ser agradables. ¡Qué se quiere! El niño que no tiene juguetes, los inventa, y es más hermoso el de una carretilla de hilo desocupada, si la propia mano o la imaginación la transforman y la hacen envidiable para quienes pueden tener todo lo que quieren, y todavía queda el recurso de reirse del juguete, de la envidia y de uno mismo. Lo importante es vivir plenamente.

Si a veces hay que tascar freno, bien, se le tasca, pero habrá que hacerlo del mejor modo posible, y hay mil maneras de hacerlo. Queda el recurso de rebelarse o de doblegarse ante sí mismo. Acaso en los instantes de la rebelión álgida o la dobleguez contra sí mismo, ajenamente a la propia voluntad, se disparen los impulsos sin concierto alguno; pero no será sino que para realizar en alguna forma el dominio de los hechos que resultan contrarios o para que, como rebote, hieran en un auto-castigo.

Se goza en un diabólico juego. Se disocia. Si lo quiere, es una multitud en sí mismo, donde cada anhelo y cada impulso encarna en hombres fuertes y libres como él que se dan guerra contra sí y contra los demás que son él mismo. Generalmente es una dualidad en guerra. Se empequeñece y se agranda, se sufre y se alegra en sí mismo, a la vez o alternativamente: se ironiza.

Con esa misma pasión vive en todo, y así la vida se le da entera. ¿Qué mundo, qué paisajes, qué seres ni qué acontecimientos podrán negarle su sentido, si así los lleva dentro de sí?

Sin embargo, ese no será sino un proceso preparatorio. Habrá que sentir la vida dentro de sí para apreciarla y gustarla intra y extravertidamente en todos sus altos y bajos, en toda la pulsación vital; pero queda todavía lo más interesante, esa sabiduría de expresarla objetivada en su esencia y en los aspectos que muestran más nítidamente su desenvolvimiento. ¿Es ese el galardón de quien ha vivido intensamente?

Pero dejemos para otra ocasión o para ninguna, lo que suscite o pueda suscitar la obra de Hamsun, pues puede quedar perfectamente para quien lo crea, sí, y para quien no lo crea, no, que el personaje y el autor sean uno mismo, como alguien ha podido expresarlo.

La realización del uno y la vida del otro son lo bastante interesantes para que no valga la pena ponerse a desentrañar donde concluye uno y donde comienza el otro, y nada se ganaría tampoco.

Si los períodos de vida, álgidos o depresivos, acompañados del cortejo de acontecimientos en que se desenvuelven, y de los demás tipos que actúan con el personaje eje de las obras de Hamsun, han sido lo suficientemente interesantes como para llamar la atención sobre su típica genialidad multianímica, no ofrece menor atractivo aquí en que, vagabundo, llega a los cincuenta años. «Y cuando un vagabundo llega al medio siglo, entonces toca con sordina». Toca a conformidad, toca a resignación.

Pasó el tiempo de las rebeliones y sólo hay que inclinar el hombro a la desgracia, para cargar con la responsabilidad. «No hay derecho para creer que tiene uno derecho a recibir más bombones que aquéllos que recibe».

Ha llegado tarde y viejo: ya es inocuo. Ha tenido libre curso, de modo que no necesita un disfraz de barbas como aquél con que llegó. Ha llegado sólo para asistir al desarrollo de una tragedia. Todos los papeles estaban repartidos y a él sólo le toca actuar en el coro. El papel de galán le ha tocado a un joven, sí, tal vez demasiado joven. El lo habría hecho mejor, pero ha llegado demasiado tarde y ya es viejo. Así, una madre y su hijo se hundieron en el río.

Si hubiera sido del capitán, tal vez no habría ocurrido ninguna desgracia. Y fué la mujer del capitán la que se hundió con un hijo nonato.

Pudieron haber comprendido. Faltaban los hijos y cuando uno iba a llegar, no supieron o no pudieron cargar con la desgracia, y ellos la habían querido. Llegó por el camino de las diversiones que ellos mismos buscaron.

La forma objetiva de Hamsun permite que en una novela relativamente corta como ésta, se encierre un mundo. Toda la vida de una pequeña granja está aquí hasta con las alternativas psicológicas de la tragedia familiar que se desarrolla. La servidumbre, y con ella el vagabundo, es como el coro en las tragedias griegas, aunque con un papel más activo. El vagabundo ha servido al capitán en la granja y ha servido al amante en una pequeña ciudad, lo suficiente para que nos haga vivir con él en ambos sitios. Como un perro ha seguido las huellas de su ama, porque una vez, siete años atrás, ambos se conturbaron al mirarse.

Y cuando todo está consumado, él no tiene nada que hacer allí y gana el bosque.

El perro aventurero, cuando ha llegado a viejo y ha tenido su reincidencia amorosa en que por viejo le ha ido mal, retorna cansado y triste. Se echa en un sitio, se levanta de nuevo in-

conforme y se echa en otro. Medita un poco y se apresta a emprender de nuevo la marcha; hará una marcha larga tal vez. Pero está viejo y cansado y busca de nuevo un lecho donde descansar, pero ahora lo busca más cómodo, porque tendrá que descansar definitivamente.—LEOPOLDO PIZARRO L.

Reminiscencias de la Conferencia del Trabajo

Ginebra, Enero de 1929.

ES corriente oír hablar a los patrones de «colaboración de clases». En cuanto los obreros se impacientan un poco y asumen actitudes inquietadoras, los patrones los acusan de «fomentar la lucha» y de destruir «el espíritu de colaboración» al cual ellos dedican todas sus energías.

Pero «otra cosa es con guitarra» como dice, con ritmo de canción, nuestro pueblo.

En efecto, si un Gobierno consciente de su responsabilidad ante el Porvenir intenta despachar y, sobre todo, aplicar algunas leyes destinadas a dar a los trabajadores una condición más humana, los patrones olvidan todas sus teorías sobre la colaboración. Y sin embargo, nadie mejor que ellos puede comprender que si la colaboración no se realiza en el terreno de las realidades económicas, no se realizará en ninguna parte.

El Tratado de Versalles, que no fué concebido ni redactado por revolucionarios, estipuló como una condición «de paz mundial duradera» el mejoramiento de las clases asalariadas, y consideró «que el rechazo, por un país cualquiera, de un régimen de trabajo *realmente humano*, pone obstáculos a los esfuerzos de las demás naciones deseosas de mejorar la suerte de los obreros en sus propios dominios».

Los Gobiernos han comprendido la verdad de tales palabras, y sus representantes a las Conferencias del Trabajo apoyan — por regla general y en sus líneas fundamentales — los puntos de vista de los trabajadores.

Los patrones, en cambio, llegan a Ginebra dispuestos a obstruir la obra del «Bureau International» y a defender, con intransigencia violenta, sus privilegios.

* * *

Al hablar de patrones, es preciso hacer algunas excepciones. No todos son fanáticos ni intratables. Hay algunos —

desgraciadamente escasos — que comprenden el trágico y permanente sentido de las palabras de aquel monarca que dijo: «Es preciso ceder *algo* hoy para no tener que perderlo *todo* mañana.» Defensores del verdadero y durable interés de su clase, estos pocos clarividentes tienen que luchar contra la incomprensión y la soberbia de la gran mayoría, que considera su actitud como una defección.

Y no es esto todo. Como observó — no sin una velada ironía — el Senador M. Justin Godart, jefe de la Delegación francesa, el patronado asiste poco a las Conferencias del Trabajo y prefiere hacerse representar por juristas, eminentes a veces, pero que no han estado nunca en contacto con el trabajador, que ignoran sus virtudes y sus defectos, que no se hallan ligados a él por ningún lazo de interés o de simpatía, y que llegan a la tribuna a defender con un helado encadenamiento de silogismos una causa que les es extraña y que, para ser resuelta, necesita la colaboración cálida del corazón.

En este sentido la Delegación chilena fué de una unidad excepcional. Los Delegados gubernativos, los Asesores, el Delegado patronal habrían podido reemplazar — en caso de urgencia — al chilénísimo «compañero» Marchant. Un acuerdo perfecto reinaba entre ellos, en todas las cuestiones esenciales. Nadie habría podido determinar si el Doctor González Cortés representaba a los patronos de Chile o era, simplemente, el Consejero técnico del Delegado obrero. Como no podía menos de suceder, ello hubo de costarle más de una molestia a nuestro concienzudo Delegado patronal.

En la primera sesión un orador declaró, en nombre del grupo de los patronos, que éste se abstendría de votar las Convenciones relativas al Seguro Obligatorio. Ello significaba la casi certeza del rechazo, pues para la aprobación de tal género de acuerdos es indispensable una mayoría de dos tercios.

Así las cosas, el Doctor González Cortés envió al presidente del grupo patronal, Sr. Carlier, una atenta carta en la que le comunicaba su decisión de separarse del grupo en el momento de la votación. Fundaba tal actitud en su convicción de la necesidad del seguro obligatorio, en la lealtad que debía a su conciencia, y en la imposibilidad moral de contradecir en Ginebra toda su pasada acción parlamentaria en pro de la obligación. El Sr. Carlier respondió de manera descortés, y en un ángulo de la propia carta de nuestro Delegado. Ante salida de tono tan imprevista y tan poco en concordancia con las prácticas usuales entre gente educada, el Doctor solicitó del Ministro Sr. Valdés Mendeville se acercase al Sr. Carlier y

pidiese el retiro de la forma y de los términos en que su respuesta estaba concebida.

Después de varias gestiones el Sr. Valdés logró solucionar el incidente sin derramamiento de sangre y en forma satisfactoria para la dignidad de nuestro compatriota.

* * *

El gesto del Dr. González Cortés fué imitado por otros Delegados patronales. Pronto se vió que la unidad estaba trizada y que las palabras del Sr. Cagianud al afirmar que el grupo patronal votaría contra la Convención, lo mismo que la arrogante respuesta del Sr. Carlier a un Delegado obrero que preguntaba si tal declaración abarcaba al total de los patrones, no podían ser sostenidas.

La Convención fué aprobada gracias al apoyo de varios Delegados patronales.

.....

Pasados los ásperos momentos de la lucha, yo me he preguntado más de una vez: ¿se habría llegado a tal resultado sin la resolución del representante, que ciertamente era poco patronal, de los patrones de Chile?—**FERNANDO GARCÍA OLDINI.**

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria presentada en Abril de 1929 por el Di- rectorio de la Univer- sidad de Concepción

Señores socios,

En cumplimiento de las disposiciones vigentes, paso a dar cuenta del movimiento de la Universidad y desarrollo de las labores del Directorio, durante el período Abril de 1926 a 1929.

Presidencia de la Universidad. El 4 de Mayo de 1927 se concedió autorización al Presidente, don Enrique Molina, para alejarse de su cargo mientras desempeñaba las funciones de Superintendente de Educación Pública que le encomendó el Supremo Gobierno. Quedó en su reemplazo el Vice Presidente, don Julio Parada, quien desempeñó el cargo hasta el regreso del señor Molina de su viaje de estudio a Europa, en Octubre de 1928.

Contratación de Profesores.

En sesión del Directorio de 7 de Enero de 1927 se acordó contratar los servicios del fisiólogo doctor Alejandro Lipschütz que en esa época estaba encargado de la enseñanza de Fisiología en la Universidad de Dorpat. El contrato se estipuló por cinco años renovables y se acordó al profesor derecho de jubilación. Se consultó, además, una suma fija para laboratorio y se consultó también la planta del personal en el mismo contrato.

El 19 de Enero de 1927 el Directorio acordó contratar los servicios del Dr. Wilhelm para el desempeño de la cátedra de Biología, estableciéndose también en el contrato que dispondría para los laboratorios a su cargo de una suma que se deduciría del presupuesto general de la Escuela de Medicina.

El 4 de Marzo se acordó

la contratación de los servicios del Dr. Guillermo Grant para el desempeño de las cátedras de Histología Médica y Dental.

El 12 de Marzo de 1928 se acuerda contratar los servicios de don Samuel Zenteno para la Escuela de Educación, por un período de 5 años renovables y reconociéndole derecho a jubilación.

El 16 de Marzo se contratan los servicios de don H. Vergara como profesor de Física de la Escuela de Medicina.

Comisiones de profesores en el extranjero. El 21 de Diciembre de 1927 se dió una comisión de estudios por seis meses a los profesores de la Escuela Dental señores don Pedro Valenzuela y don Arturo Gigoux.

En la misma fecha se acordó, como medida de política general, el envío periódico de profesores a perfeccionar sus estudios en el extranjero.

Situación del personal. Siempre fué una viva preocupación para el Directorio la situación en que se hallaba el personal en lo que se refiere a sueldos y a garantías que le permitieran seguridades en caso de jubilación o cesantía. Al mismo tiempo,

era preciso también fijar un escalafón y un plan de sueldos detenidamente estudiados, de manera que pudiera ofrecerse al personal las ventajas compatibles con los fondos de que dispone la Institución.

Después de diversos estudios preliminares en orden a la situación de las finanzas de la Corporación, se designó, con fecha 12 de Enero del año pasado, una comisión compuesta por los directores de las Escuelas y decanos de las Facultades para que presentaran un proyecto sobre sueldos y situación económica del personal.

Esta comisión confeccionó un plan de sueldos y escalafón e inició diversas medidas en resguardo de los intereses del personal, entre las que figura, en primer término, la creación de una Caja de Retiro. El Directorio estudió este informe y adoptó el plan de sueldos que se le proponía, en sesión de 26 de Mayo del mismo año, empezando a aplicarse desde el principio del período escolar, o sea, desde el 1.º de Abril siguiente.

A los empleados se les reconocieron los años de servicios que tenían prestados a la Institución, haciéndoles un depósito de un mes del sueldo que tenían en el año 1927 por cada año de servicios. Este fondo de aho-

rro y retiro se acrecienta mensualmente con las imposiciones de 5% que hace el empleado y otro 5% que hace la Universidad.

Hasta ahora han hecho uso de los beneficios del fondo de retiro diversos empleados, aunque no se ha aprobado todavía el reglamento definitivo por que se ha de regir este departamento de ahorro. El reglamento aludido está ya elaborado y se le estudia para ponerlo de acuerdo con la legislación vigente. Terminado este estudio se solicitará también la autorización para crear una Caja especial de Ahorro para el personal, de acuerdo con la Ley de Empleados Particulares.

Desarrollo docente. En 1927 se amplió la labor de la Escuela de Educación agregando los Cursos para preparar profesores de Latín. Al mismo tiempo, se mantuvo como un anexo en esa Escuela, un curso de Artes Decorativas que funcionó con los más halagüeños resultados, costeándose con los derechos de matrícula pagados por los alumnos.

En Septiembre de este mismo año, el Directorio acordó tomar a su cargo el mantenimiento de un curso completo de Derecho, en caso de que el Fisco, como se

pensaba, quisiera suprimir el que funcionaba en esta ciudad, en el Liceo, desde hace sesenta años. El Directorio creyó con este acuerdo interpretar una aspiración no sólo de la ciudad, sino de la región, a la que ha servido esta Escuela de una manera eficaz, anticipando su pensamiento a la posible clausura.

A principios del año 1928, con la creación de los Institutos, llegó la ocasión de que la Universidad iniciara prácticamente su obra en favor del mantenimiento del Curso de Derecho, creando el Instituto de Ciencias Jurídicas y Sociales, en que debía iniciarse la carrera, según las reformas adoptadas.

El Gobierno en 1929 siguiendo la política iniciada en 1928, dejó de mantener como organismo oficial la Escuela de Derecho. La Universidad resolvió entonces, por su parte, crear un Curso, con sus cinco años completos, el que ha comenzado a funcionar en el año actual con toda regularidad.

Del mismo modo, en ese año se organizaron los Institutos para Bachilleratos especiales de Farmacia, Medicina, Dentística y Filología.

Desde el punto de vista docente, el año 1928 fué especialmente activo, pues la Universidad debió acomodar sus programas y pla-

nes a las diversas reformas que se introdujeron en los estudios. Se preocupó también de conseguir algunas facilidades para el control del Estado sobre los exámenes anuales y de repetición.

Desde los comienzos del funcionamiento de la Universidad se pudo ver que no obstante la buena disposición de la Universidad de Chile para atender a nuestras necesidades, resultaban en la práctica dificultades para el oportuno traslado de las comisiones examinadoras; y se tenía, además, el tropiezo de que los exámenes de repetición debían rendirse en Santiago. Para remediar este estado de cosas, la Universidad empezó a hacer gestiones para conseguir que se facilitara el control de su enseñanza por medio de delegados que concurrieran a las pruebas anuales y de repetición. Con este sistema se pensaba alcanzar el máximo de expedición en la rendición y fiscalización de ellas. Presentada al Ministerio de Educación la solicitud respectiva, encontró graves dificultades de parte del Ministro señor Barrios, a quien se había informado erróneamente acerca de la organización y estudios que se realizan en esta Corporación. Actualmente la resolución definitiva de este asunto se halla pendiente de la reglamen-

tación que prepara el Gobierno para normalizar las relaciones del Estado con la enseñanza particular.

Durante el último año, y no obstante el gran esfuerzo económico que significan para la Universidad las construcciones de locales de Escuelas y Laboratorios, ha podido dedicar una suma de más o menos \$ 60,000.00 para fomentar las instalaciones de los Laboratorios, sin tomar en consideración lo que según contrato se destina al Instituto de Fisiología.

La reforma universitaria y el desarrollo alcanzado por la Universidad hicieron pensar en la necesidad de adoptar una nueva organización para los Laboratorios, que sin alterar fundamentalmente lo existente desde el punto de vista económico, permite, en cambio, mayor facilidad en la enseñanza y cohesión en el trabajo de investigación que corresponde a los Laboratorios. El Consejo, en sesión de 16 de Octubre de 1928, tomó conocimiento del proyecto que al efecto presentaron los consejeros señores don Ernesto Fischer y don Ernesto Mahuzier, proyecto que fué aprobado en su totalidad por el Directorio, el 24 del mismo mes. Como consecuencia de esta innovación se han organizado uniformemente trece

laboratorios, a saber: Física, Botánica y Farmacognosia, Química General, Química Analítica y Bromatología, Química Orgánica, Química Biológica, Bacteriología, Farmacia, Química Industrial, Electricidad, Anatomía, Histología, Biología General y Embriología.

Los efectos de esta reforma serán de muy positivos beneficios, no sólo para la enseñanza que se imparte en las Escuelas, sino también para la obra de investigación que más adelante puedan realizar estos departamentos.

Creación de la Biblioteca Central. Desde hacía tiempo la Universidad se preocupaba de una Biblioteca Central que, independientemente de las Bibliotecas particulares de cada Escuela, prestara sus servicios no sólo a los profesores y alumnos sino también al público en general. Desde el principio se tropezó con la falta de recursos para la pronta realización de la idea. Se acordó entonces ir destinando cada año una partida con el objeto de llegar a la realización del proyecto. Se empezó con una asignación de \$ 5,000.00 en 1927, que en el mismo año fué aumentada con otros \$ 5,000.00 más. En el presupuesto del año 1928 se asignó una cuota de \$ 25,000.00

con este mismo objeto, y por acuerdo del año pasado se fijó para 1929 una cuota de \$ 200.000.00 para adquisición de libros y gastos de instalación. El plan desarrollado en la formación de la Biblioteca permite que ésta, no obstante el reducido número de volúmenes con que cuenta y lo inadecuado del local en que funciona, preste ya servicios de consideración tanto a los alumnos y profesores como al público.

Para instalar definitivamente esta sección se ha acordado destinarle el segundo piso del edificio que se construirá contiguo al Teatro Concepción y la sala de este Teatro que ocupa el frente de la propiedad.

Actualmente se prepara la confección de catálogos y se estudia la organización de las diversas secciones de la Biblioteca.

Se ha prestado también una especial atención a la sección de revistas extranjeras escogidas entre las mejores francesas, inglesas, alemanas, españolas y sudamericanas, contándose por ahora con una variedad de cerca de 200 revistas.

Adquisición de propiedades. Para las necesidades del Laboratorio de Fisiología se adquirió la casa ubicada en calle Caupolicán esquina Víctor Lamas, de don

Oscar Spoerer, y el retazo de la misma propiedad que había comprado antes el Dr. Lipschütz, adquisiciones que importaron en total 350 mil pesos. Para el funcionamiento del Instituto fué necesario hacer gastos de adaptación que alcanzaron a más de 70 mil pesos.

El 13 de Julio de 1927 se aceptó en general la idea propuesta por don Antonio Aninat de que la Universidad adquiriera el Teatro Concepción, comprometiéndose al pago de las deudas que gravan la propiedad y a mantener la destinación actual del edificio.

Después de diversas gestiones se formaliza la negociación el 29 de Julio y la Sociedad Teatro Concepción hace entrega del local a la Universidad. Actualmente están por terminarse las diligencias pertinentes para la trasmisión legal del dominio por disolución anticipada de la Sociedad Teatro Concepción.

El Teatro permanece cerrado para el efecto de realizar en él diversas mejoras. Además, la Universidad ha pagado ya la suma de \$ 77,984.75 por razón de deuda hipotecaria que grava a dicha propiedad. Para el pago de esta deuda, instalación de nuevo alumbrado y otros gastos, se concedió la suma de \$ 150,000.00. La admi-

nistración del Teatro se ha estado haciendo por medio de una Comisión Administradora designada por el Directorio, comisión que actualmente no está en funciones por renuncia de los miembros que la formaban.

Construcción y reparación de edificios. El Pabellón de Anatomía necesitaba reparaciones urgentes para asegurar su conservación. Con fecha 10 de Enero de 1927 el Directorio acordó los fondos necesarios para este trabajo.

El 21 de Enero de 1927 el Directorio resolvió realizar el proyecto largo tiempo pendiente de construir la Escuela Dental. Al efecto designó una comisión para que estudiara cuál de los ante-proyectos que se habían presentado debería aceptarse.

El 6 de Abril se presentó a la consideración del Directorio un proyecto de adaptación de la propiedad adquirida para Laboratorio de Fisiología, a fin de dejar el local en perfectas condiciones para los nuevos servicios que iban a instalarse. Estos gastos subieron de \$70.000.00.

En la misma sesión se concedieron fondos para contribuir a la pavimentación de la calzada y aceras que dan acceso al Pabellón de Anatomía, pues durante el in-

vierno se dificultaba notablemente el servicio del Pabellón.

El 18 de Mayo del mismo año se acordó la instalación de los Laboratorios de Biología en el pequeño edificio ubicado en la propiedad Rengo-Víctor Lamas, concediéndose la suma de 6 mil pesos para los gastos más urgentes de adaptación.

El 6 de Julio se solicitaron propuestas para la construcción de la Escuela Dental, y el 17 de Agosto se encargó a don Arnoldo Michaelsen la obra por la suma de 810 mil pesos.

El 9 de Noviembre se acuerda continuar la construcción de la Escuela de Farmacia en sus pabellones laterales; y, al efecto, el 12 de Enero del año 1928 se piden las propuestas para la edificación. A fines de Enero siguiente se aceptó la presentada para esta obra por don Cayo Pandolfi y por un costo de \$ 65,200.00.

Construcciones y reparaciones. El 2 de Marzo de 1928 se concedieron \$ 66,000.00 para trabajos de adaptación del nuevo edificio de la Escuela de Educación.

Con la misma fecha se conceden \$ 13,000.00 para proseguir las construcciones interiores de la Escuela de Farmacia.

El 5 de Diciembre de ese

año se concedieron \$ 10,000 para construcción de una sala en el Hospital de esta ciudad, a fin de servir a la enseñanza en la Escuela de Medicina.

El 26 del mismo mes se acepta la idea de construir un local para la instalación de la Oficina de Subsidios y Oficinas Administrativas, construcción que deberá hacerse contigua al Teatro Concepción y cuya realización acaba de ser contratada con el Arquitecto don Arnoldo Michaelsen y por un total de \$ 810,000.00.

Gestiones para traspasar la Universidad al Estado. El 23 de Enero de 1928 el entonces Rector de la Universidad de Chile, don Daniel Martner, vino a esta ciudad para conferenciar con los organismos directores de la Universidad de Concepción, a fin de considerar el proyecto, por él acariciado, de incorporar nuestro Instituto de Educación Superior al organismo docente oficial del Estado.

El Directorio oyó oficialmente la proposición del señor Martner, en sesión especial convocada al efecto, y quedó de resolver sobre ella.

El mismo día, en una reunión privada celebrada poco después, una parte del profesorado de la Universidad se manifestó de acuerdo con las ideas del señor Martner

y le pidió que continuara sus gestiones. En el Directorio predominaba la opinión de que la Institución debería continuar teniendo el carácter que le habían dado sus fundadores y que debía asegurarse su existencia como Institución Particular, pues estando incorporada al Estado podía quedar sujeta, aun en su existencia misma, a planes de economía que impusiera la situación del país. Los Poderes Públicos, por otra parte, hicieron saber a esta corporación que el proyecto del señor Martner tenía un carácter puramente personal y no respondía a una política del Gobierno, el cual veía con complacencia la cooperación que nuestra Universidad había sabido prestar a la cultura general de la República.

Otros aspectos de la labor administrativa. El 25 de Mayo de 1927 se aprobó el nuevo reglamento para la concesión de las becas.

En el mismo año se aprobó el reglamento de Facultades, ampliando las atribuciones de éstas y entregándoles la confección de las ternas para la provisión de los cargos docentes.

Se confeccionó en 1928 el reglamento y escalafón aplicables a los empleados universitarios; y se fijaron, asimismo, diversas normas para

la tramitación de los asuntos administrativos.

Las Escuelas confeccionaron también proyectos de reglamentos internos, que actualmente están en estudio.

Se ocupó además el Directorio, en ese período, de la reforma de los Estatutos Sociales, cuyo mecanismo, ideado en circunstancias en que se ignoraban las posibilidades de desarrollo de la obra que se iniciaba, hacía que resultaran deficiencias en la práctica. La comisión designada al efecto ha podido hacer un trabajo eficiente no obstante las complicaciones que presenta el asunto.

La Universidad no pudo permanecer indiferente ante la magnitud de la catástrofe que destruyó vastas regiones de la zona central, y concurrió en auxilio de los damnificados con la suma de \$ 15,000.00 y la creación de 15 becas que demandan también un gasto anual de \$15,000.00 repetido durante cuatro años.

Contribuyó también con la suma de 15,000.00 francos a la construcción de la Casa de la Química que se levanta en Francia en homenaje a Berthelot.

En consideración a que el Gobierno por razones de economía se vió obligado a suprimir el servicio dental escolar, la Universidad tomó a su cargo este servicio, para

lo cual ha sido necesario ampliar las clínicas y dotarlas de personal.

También ha contribuído la Universidad con premios en dinero para exposiciones de pintura y exposiciones escolares.

Ha cooperado además durante dos años a la manutención del Museo de Concepción. Otorgó también una subvención al extinguido Orfeón Ibero-Chileno.

Actualmente consulta en sus presupuestos una subvención a la Sociedad de Biología que funciona en esta ciudad y al Jardín Zoológico de propiedad del señor Yunge. Mantiene desde hace varios años una asignación al escultor señor Víctor Martínez, que estudia su arte en París.

A fin de atender al progreso intelectual del país, ha acordado recientemente instituir por intermedio de la Revista *Atenea* un premio de \$ 5,000.00 para el mejor conjunto de biografías sobre chilenos ilustres que hayan sobresalido en las ciencias, en la educación, en las letras, en la industria, en la política o en la historia

militar de nuestra Patria; y dos premios anuales de \$ 3,000.00 cada uno para las mejores obras científicas y literarias que se hayan publicado el año anterior.

La Revista *Atenea* ha continuado su desarrollo normal, mejorando su material de lectura con la contratación de artículos de José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Romain Rolland y otras firmas extranjeras. Ha dejado de editarse en la Casa Nascimento y se estudia la posibilidad de editarla en nuestra ciudad. Se han hecho diversas reformas de carácter interno que permiten una mejor confección y presentación de la revista.

El servicio de Extensión Universitaria resultó limitado por inconveniencias imposibles de subsanar; pero se ha elaborado actualmente un plan para darle la importancia que merece esta sección.

Noticias de Francia

En Francia ha nacido una hija de nuestros distinguidos colaboradores Marcelle Auclair y Jean Prévost.

EX-LIBRIS

BLASCO IBÁÑEZ. SU VIDA, SU OBRA, SU MUERTE. SUS MEJORES PAGINAS, por R. MARTÍNEZ DE LA RIVA.—*Mundo Latino*, Madrid, 1929.

No hay todavía suficiente perspectiva ni distancia para enfocar la vida y la obra del caudaloso escritor valenciano. Hombre en quien no se sabe si admirar la vida mecida desde la cuna por el peligro y la aventura o la obra desigual, dispareja, montañosa, por la que discurren valles amenos, ríos azules y, lo más frecuente, cataratas pavorosas y volcanes en los que arde una tempestad de fuego y de pasión.

Anatole France aconsejaba a Blasco que escribiera la historia de su vida en la seguridad de que prolijaba con ella uno de los más interesantes documentos literarios de nuestra época. Porque tiene de héroe de cinematógrafo y de Ulises homérico este muchacho pobre y combativo, agitador republicano y periodista, hombre peligroso, catalogado en las policías españolas que, a golpes de genio y de tenacidad se abre paso en la vida, sale un día de su Valencia natal e impone su nombre en España; sale de España e impone su nombre en el mundo; vende sus libros por millones; es traducido a todos los idiomas; se casa con una dama de una de las familias patricias de Chile; emprende con ella un viaje alrededor del mundo; es orador y conferenciante y periodista disputado por la actualidad norteamericana; se instala en Hollywood a dirigir la versión cinematográfica de sus novelas; es colonizador y creador de pueblos nuevos en la América del Sur y, como un alto en medio de esta actividad desorbitada, se instala como príncipe en Fontana Rosa, escribe un panfleto contra su Rey y la camarilla

militar que lo tiene secuestrado y sigue planeando y escribiendo novelas y más novelas para descansar de los nuevos trabajos que prepara.

Difícil fijar en un libro la figura del más universal de los españoles contemporáneos.

El señor Martínez de la Riva ha enfocado su tema torrencial poseído de la certidumbre de que sólo mostraría fragmentos y aspectos de esta vida extraordinaria. Otro tanto puede decirse de la somera selección de la obra del maestro.

Con todo, este libro, publicado en ocasión del primer aniversario de la muerte de Blasco, es, con el filial estudio de Zamacois, lo más completo que en lengua castellana se ha escrito acerca del autor de *Cañas y Barro*.

EL VIGIA (II), por JOSÉ A. BALSEIRO.—*Mundo Latino*, Madrid, 1929.

Con certera mirada y firme juicio *El Vigía* otea el panorama de la novela en España y América. Tres nombres le sirven para la crítica empresa: Unamuno, Pérez de Ayala y Hernández Catá.

La obra del maestro de *El sentimiento trágico* está llena de gérmenes en el terreno novelesco. No hay que olvidar *Paz en la Guerra*, *Amor y Pedagogía*, *Abel Sánchez*, *El Espejo de la muerte*, *Niebla*, *La Tía Tula*, *Tres Novelas Ejemplares* y un *Prólogo* y, más recientemente, *Cómo se hace una novela*.

Salvador de Madariaga, en su admirable libro de semblanzas de la literatura española, intenta la definición del genio hispánico y, al precisar una fórmula, recurre a la primera página de *El sentimiento trágico* titulada—esencia de lo que hay de español en Unamuno—*El hombre de carne y hueso*.

Ese hombre de carne y hueso es el protagonista de las ficciones novelescas de Unamuno como, en general, de toda su obra, formidable monólogo de congoja mística, de genial angustia metafísica sacudida ahora por la tragedia civil de España que lleva en su corazón de profeta combatiente el solitario de Hendaya.

Ramón Pérez de Ayala es un hombre de letras clásicas, un sereno y claro humanista que ha reivindicado el noble sentido de la palabra académico. A pesar de la verdadera guerrilla de encrucijadas que hubo de librarse para que ocupara un sillón que nunca estuvo más prestigiado, este escritor nació académico. La pulcritud de su prosa; ese magistral equilibrio que hace

que sus páginas, siendo muy nuevas, sean muy antiguas; la alianza, siempre armoniosa, que en él celebran el novelista, el pensador y el poeta hacen de Pérez de Ayala uno de esos escritores que honran a una literatura y una época.

Hernández Catá, cubano, es presentado por el autor como el más considerable creador de ficciones novelescas de la América Española. Juicio que hemos de consignar sin compartirlo ni discutirlo por nuestro escaso conocimiento de la obra del escritor antillano.

Revela *El Vigía* vastas lecturas, sólido criterio, honradez intelectual, independencia crítica. Sus juicios, con los que no siempre se está de acuerdo, son frutos de un examen maduro y reflexivo. Puede que a él le corresponda entonar el diapasón de la crítica literaria, tan sensiblemente decaído en España.

TEATRO DE LA REVOLUCION, por ROMAIN ROLLAND.
—*Editorial Cenit*, Madrid, 1929.

Luis Araquistain, con su bello talento de siempre, prologa esta mala traducción de dos obras dramáticas de Romain Rolland.

Llamamos mala traducción aquélla que no es capaz de recrearnos la obra traducida. Es mala traducción la que, al voltear de cada página, nos está recordando el genio de la lengua extranjera, nos está gritando que la obra no fué escrita en la lengua materna, nos está convenciendo de que leemos una traducción y no una obra original.

No es ni siquiera excusa de esta mala traducción, como no podrá serlo de ninguna, la noble intención que movió a los editores de presentar al público español una obra que a sus altos merecimientos literarios aunara una generosa preocupación social.

Danton y *Los Lobos*, las dos versiones de este volumen, se salvan, a pesar de la traducción, por la firme madera dramática con que están contruidos.

Es Romain Rolland uno de los corazones europeos que late más intensamente en la forja de una nueva humanidad. Por eso nos duele ver que llega a lengua española en el vehículo de una mala traducción.

Pero así y todo, el perfil aquilino de Danton y su comparsa de hombres geniales y entusiastas resalta en estas páginas encendidas por el lenguaje caldeado de la pasión. Los rugidos de la muchedumbre desorientada y frenética vienen a prolongar

en nuestro espíritu la resonancia del coro de la tragedia ante el ciego destino del héroe.

La verdad sacrificada a las conveniencias del Estado y a la ofuscación famélica de los lobos; el desdén plebeyo por el intelectual o toda otra noble y superior excelencia; la tiranía multitudinaria embriagada de violencia y de venganza al derribar la otra tiranía: tales son los temas que Romain Rolland ataca con viril energía, retemplados su pluma y su espíritu en el amor de la verdad.

La versión española, aunque tardía y mediocre, no puede proyectar sombras en la trágica hoguera de este espíritu fervoroso. Un nuevo mundo nace y el creador de estas almas tormentosas que se agitan en el tablado violento del drama es uno de sus claros y heroicos directores.—M.

LA CASTIDAD PERVERSA, por el Dr. PAUL VOIVENEL.
—Madrid, Editorial Jasón.

No hay que alarmarse por el título, ni figurarse que este libro sea un nutrido compendio de patología sexual como parece comprender la enumeración de *Peligros, trastornos, crímenes y aberraciones de la castidad*, que, en disposición geométrica y en blanco sobre rojo, resalta en el basamento del obelisco que sirve de fondo a la simbólica figura que ilustra la llamativa portada.

Todo lo más, es un libro amable, con su buena dosis de literatura, a ratos dispareja. El carácter literario se advierte ya desde el preliminar.

Aunque critique a Freud y le quite méritos para reconocérselos de paso (quita, da y vuelve a quitar, ensañándose con los discípulos del profesor vienés), el origen de la patogenia neurósica lo hace estribar también en la sexualidad reprimida, pero se sirve de este conocimiento después de haber probado demostrar el entronque francés de esa tendencia.

Trata del mecanismo de la histeria con sus desviaciones hacia la patogenia criminal y se especializa en los mitómanos, la demencia calumniosa, los falsos atentados sexuales, los anonimógrafos y los envenenadores. Entre los mitómanos, una nueva etiqueta: el *gidismo* que debe su nombre al escritor André Gide que desentrañó esa tendencia en una de sus obras.

Bajo el título: *La incomprensión de la sensibilidad* resume las causas y las formas de extirpación, y como medida de higiene preservativa para los todavía normales, ofrece el conocimiento del mecanismo de las desviaciones ya incipientes en

éstos, como la mejor arma de que pueden disponer. Suprime así a los psicoanalistas para el tratamiento y deja en pie, en cambio, a la voluntad armada del conocimiento para que venza en la lucha entre el instinto y el deber.

En resumen, el libro del Dr. Voivenel es una buena conferencia de divulgación.—*P.*

GLOSARIO DE REVISTAS

Stalin, el hombre misterioso

En la publicación inglesa *The Fortnightly Review* publica G. Erwarton —número correspondiente al mes de Marzo último— un interesante artículo sobre el nuevo dictador de Rusia, José Stalin, ese hombre lleno de misterio que apenas sabe nadie ni de dónde viene, ni a dónde va, ni qué se propone en el gobierno dictatorial del viejo país de los Zares. Stalin es hoy una de las figuras políticas más discutidas de Europa, y hasta la fecha nadie hay que pueda gloriarse de haberle sacado de su hermetismo «enragé»; continúa siendo un verdadero enigma para los de fuera y aun para los de dentro del ex-imperio moscovita. Hoy por hoy, dentro de lo irregular de su posición en

el gobierno, su poder sólo puede compararse al de un Zar sin corona.

Muy pocos son, si es que hay alguno, los que están al cabo de las circunstancias que los elevaron a la encumbrada posición en que se encuentra, y puede afirmarse que el secreto de su apoteosis está en el mismo Stalin.

«Como quiera que ha logrado investirse las facultades de un verdadero dictador en Rusia, hay muchos que se preguntan qué cualidades son las de este hombre y hay quienes le atribuyen características descolantes y le juzgan un hombre extraordinario. Entre sus dotes prominentes estarían: una astucia política digna de Macchiavello, una voluntad enérgica e inflexible, un cerebro privilegiado y una personalidad de poderoso magnetismo,

cualidades todas dirigidas firme y avasalladoramente a la consecución de un fin: la realización de un programa de política exclusivamente personalista.»

Nadie sabe a ciencia cierta lo que pueda haber de verdad en estas apreciaciones. Los que conocen de cerca a Stalin seguramente opinan de muy diverso modo, pues agrega Erwarton:

«Su aspecto nada tiene de particular, nada hay en él que revele inteligencia, nada que demuestre una personalidad, no tiene ni siquiera presencia. La impresión que da es más bien la de un hombre tosco, de un plebeyo estúpido. Lo único digno de notarse en él son los ojos, unos ojos de color azul deslavado y pizarroso, unos ojos que jamás dejan asomar un rayo de inteligencia, sino que eternamente aparecen como dormidos, como muertos en su cara de morena y curtida tez. A primera vista no se ve en ellos más que una idiotez mansurrona, pero pronto la fijeza impertinente con que os miran, os da la clave del enigma. Stalin no os contempla a través de su mirada impenetrable, sino parapetado, por decirlo así, tras de esa mirada glacial, ocultándose tras ella, y pronto comprendéis que se trata de un hombre ladino, que oculta

sus pensamientos tras de aquella mirada hiriente e implacable.»

El escritor inglés sigue analizando el carácter de Stalin y dice más abajo: «Hasta en los momentos de conflictos y de excitación, Stalin aparece impertérito, indiferente. Nada en él delata nunca la emoción. Nunca levanta la voz, es pausado y tranquilo en el hablar, no demuestra nunca entusiasmos ni iniciativas. Nada hay en él de la viveza y la expansión propias de la raza caucásica, nada de su excitabilidad ni de su locuacidad o viveza. Un deslíz o una ofensa no los olvidará jamás y esperará pacientemente años enteros para vengarse. Hasta en su modo de andar, lento y pesado, demuestra lo que es en su interior, la idiosincrasia de su carácter. No está, sin embargo desprovisto de cierta tosca dignidad. La dignidad del patán sin educación, que no sabe lo que son nervios, que conoce su poder y que no se deja impresionar por los llamados cerebros de primera clase, que a veces encuentra en su camino.»

No cabe una pintura más minuciosa y exacta del gran dictador de todas las Rusias, el hombre a quien Lenin colocó en el puesto de secretario general del Partido Co-

munista juzgándole «un borrego adocenado» pero que resultó un cazurro redomado, uno de esos tontos que se meten en casa, como se dice en castellano. Erwarton hace a continuación en su artículo una relación de cómo este adocenado logró meterse en la política comunista hasta el punto de constituir un peligro para el partido y dice:

«Obsesionado con la idea de retener el poder supremo a toda costa y de ejercer la dictadura más absoluta de que hay memoria en la historia de los pueblos, Stalin sacrifica constantemente el prestigio y el programa del Partido Comunista, del que usa y abusa para sus propios designios. El hermético Sultán de Eurasia tiene astucia para servir sus propósitos personales y lo ha conseguido por medio de una nueva Guerra Santa, la guerra contra la inteligencia del universo. Podemos afirmar categóricamente que Stalin es hoy la representación genuina de la lucha entre la bestia primitiva y austera y el hombre civilizado.

«Stalin—prosigue diciendo Erwarton—es aun para aquéllos que están con él en continuo contacto político, una cifra desconocida. Desde la cumbre de su poder no irradiaba más que asombrosos des-

tellos de la más crasa ignorancia. Es un hombre que nunca ha leído nada. Demuestra una musulmana indiferencia por todas las cuestiones de interés general. Como torpe e inculto, tarda en tomar una resolución, que tiene que dar vueltas y más vueltas hasta ver si alcanza a comprenderla; pero una vez tomada una decisión, se ejecuta en el acto, sin dilaciones de ninguna especie. Por increíble que parezca, Stalin está completamente a oscuras en todas las cuestiones teóricas y doctrinales del partido comunista y hasta en los problemas diarios que en este terreno se suscitan.»

Y completando el cuadro, dándole los últimos toques, dice Erwarton:

«Stalin deja de ordinario la responsabilidad de sus resoluciones a sus colegas y subordinados. Con los primeros es en el Comité Central de la Oficina Política reservado y taciturno, deja que los demás discutan hasta que él llega a comprender algo de lo que se trata, pero llegado este caso, el amo hace restallar el látigo y su autoridad se impone. Con los subordinados es sencillamente impertinente y despótico y gusta hacer sentir sobre ellos el peso de su omnipotencia.»

¿Pero cómo, me preguntaréis, un hombre como éste,

sin historia pública, sin talento, sin cultura siquiera ha llegado al puesto que hoy ocupa y a tener en sus manos las riendas de un gobierno tiránico y cruel?

Erwarton, prosiguiendo en su concienzudo estudio del Zar sin corona, explica:

«Para penetrar en el secreto de cómo llegó Stalin al grado de poder que hoy tiene, hay que remontarse a los tiempos de Lenin, seis años ha, y al de los sucesores de éste, Kameneff y Zinovieff. Los tres se equivocaron respecto a la personalidad de Stalin, los tres juzgaron erróneamente su carácter y su lealtad. Antes de que la fatal enfermedad postrara a Lenin en el lecho del dolor, éste había elegido a Stalin para el cargo de Secretario del Partido Comunista juzgándole un «buey mansurrón», que seguiría tras la pica del carretero. Lenin se había equivocado y poco antes de morir, precisamente en una de sus últimas instrucciones al Partido Comunista, decía textualmente: «Stalin debe ser removido de su puesto de secretario general, pues de otro modo su cabeza de cerdo y su idiotez y su egoísmo pueden causar serias disensiones y más tarde graves conflictos.»

Murió Lenin. Kameneff y Zinovieff se incautaron del

poder del maestro (según creían ellos) y desobedeciendo las últimas órdenes de Lenin, no destituyeron a Stalin de su puesto de secretario general del Partido Comunista.

Stalin prosiguió su trabajo de zapa, prosiguió su labor de engrandecimiento personal a costa del partido mismo, dejó el puesto de secretario del Partido Comunista por el de Secretario del Departamento Político, puesto en que radica el control general de toda la máquina del partido, y desde entonces robustece su posición, se hace inexpugnable, se impone a Kameneff y Zinovieff que le habían llevado por debilidad al triunvirato de gobierno, logra imponerse a Trotzki, al que persigue implacablemente: en una palabra se hace el amo absoluto de esa vastísima región donde si un día imperó el despotismo de los Zares, cultos y nobles, impera hoy el de la ignorancia, la estupidez y la vileza.

¿Qué es lo que Stalin pretende hoy en el gobierno de su país? Nadie lo sabe. ¿Prenderá tal vez ejercitar su incontrarrestable influencia para retrotraer al país a una verdadera libertad democrática? ¿Querrá traer el dominio de los aldeanos en perjuicio de los mismos comunistas?

Nadie lo sabe. El, mientras tanto, se mantiene inmovible en el solio de su grandeza, sin dejar ni por un momento el timón de la nave del estado, ejerciendo una dictadura que depende hoy exclusivamente de su control sobre el partido comunista, esa máquina inventada e instalada por Lenin. Para mantener este control, Stalin debe demostrar que su fin primordial es el bien del partido, debe seguir una política de disimulo y de fingimiento como la que lleva, toda vez que lo único que preocupa y entusiasma al dictador no es el bien del Partido sino su propia conveniencia y su mantenimiento en el poder.

Lo único que a Stalin, con su escasez de penetración, no se le ha alcanzado es que cuanto más crezca él y cuanto más poderosa se haga su propia personalidad, más se debilita el partido; lo que él crece, a costa del partido ha de ser. He aquí el motivo de la ruda oposición que contra él desplegó Troztki. Stalin ha olvidado que en Rusia el partido comunista ocupa una posición semejante a la que ocuparía un ejército de ocupación en país extranjero y conquistado. Por esta razón el partidono está hoy tan vigoroso como antaño, por esta razón la máquina del partido comu-

nista y Stalin, su único timonel, son hoy más vulnerables que nunca, desde el día en que Lenin dejó de existir.—X.

Introducción al campo único de Einstein

«Hace poco más de un mes—dice la *Revista de Occidente* en su número de Febrero del presente año—el gran físico Alberto Einstein presentó a la Academia de Ciencias de Berlín una pequeña comunicación. Unas cuantas páginas con unas treinta y tantas fórmulas matemáticas. Era la nueva teoría del campo único.»

El objeto de la nueva teoría es el de unificar las leyes mecánicas gravitatorias tal como últimamente las había formulado Einstein y las leyes eléctricas de Maxwell.

Para dar a conocer a sus lectores acontecimiento de tan alta importancia, la *Revista de Occidente* solicitó de Einstein una aclaración sobre su nueva teoría y el genial físico respondió con un trabajo que puede ser considerado como una introducción a la teoría del campo único.

La cadena del descubrimiento: «Los físicos del siglo XIX admitieron la existencia de dos especies de materia; a saber: materia ponderable

y electricidad. Las partículas de la materia ponderable se imaginaban actuando unas sobre otras, según fuerzas de gravitación sometidas a la ley de Newton; las partículas de materia eléctrica según las fuerzas de Coulomb, también inversamente proporcionales al cuadrado de la distancia. No prevaleció ninguna opinión definida tampoco respecto a la naturaleza de las fuerzas que actúan entre la materia ponderable y las partículas eléctricas.»

El mero espacio vacío era «solamente el escenario en que se desarrolla el drama de los sucesos materiales». El hecho de la propagación de la luz en el espacio vacío hizo pensar a Newton que ésta «consiste también en partículas materiales que interactúan con la materia ponderable mediante fuerzas especiales». La velocidad definida con que viaja la luz en el espacio vacío «notoriamente encaja mal en el sistema de Newton, pues ¿por qué razón no han de poder desplazarse en el espacio las partículas de luz con cualquier velocidad?».

Los sucesores de Newton:
«No debe sorprendernos, por tanto, que este sistema, construido por Newton con su poderoso y lógico intelecto, haya de ser derribado precisamente por una teoría de

la luz». La teoría ondulatoria de la luz de Huygens-Young - Fresnell «impuesta por las interferencias y la difracción a los físicos testarudos y contumaces» vino a contradecir a Newton porque, mediante ella, caía derribada la idea de «que todo lo real puede concebirse como un movimiento de partículas en el espacio». Tomando de nuevo su imagen del escenario, Einstein le inyecta nueva vida y agrega expresivamente: «Las ondas luminosas son, después de todo, no más que estados ondulatorios del espacio vacío, que así perdió su papel pasivo de mero escenario de los acontecimientos físicos.» «La luz, era, pues, considerada como un proceso dinámico sufrido—digámoslo así—por el espacio mismo.»

Faraday, «mente que nunca se aferró a las fórmulas», «alta y original mentalidad, cuya penetración podía encaminarse derechamente a las esencias», se rebelaba contra la idea de que las fuerzas actuaran directamente a distancia. La atracción o repulsión de un cuerpo electrizado a otro no se debe a una acción directa del primero sobre el segundo, sino a una acción intermediaria. El primer cuerpo dispone al espacio que inmediatamente lo rodea en una cierta condición que se llama «campo

eléctrico» y que se extiende a otras partes más distantes obedeciendo a una ley de propagación espacio-temporal. El segundo cuerpo experimenta una atracción porque se encuentra en el campo del otro y vice-versa.

Concibió, además, Faraday una atrevida interpretación de la luz: los campos, en circunstancias adecuadas, podían desprenderse de los cuerpos que los habían producido y caminar en el espacio como campos libres. «Luego Maxwell descubrió el maravilloso grupo de fórmulas, que hoy nos parecen tan sencillas, y las cuales acabaron por echar un puente entre las teorías del electro-magnetismo y las de la luz. Pareció que la luz consiste en campos electromagnéticos que vibran rápidamente.»

La revolución en la física: La existencia de las ondas electromagnéticas y su identidad con la luz confirmada por Hertz hicieron pensar que «los estados físicos del espacio mismo son las últimas realidades físicas». A mayor abundamiento, Lorentz demostró que «hasta en el interior de los cuerpos electromagnéticos ponderables han de mirarse los campos, no como estados de la materia, sino esencialmente como estados del espacio vacío, en el que los

átomos materiales deben considerarse libremente distribuidos».

El dualismo del campo y las partículas materiales empezó a provocar el descontento de los físicos del nuevo siglo. Se intentó representar estas partículas materiales como estructuras dentro del campo. La teoría de la relatividad, «que en los últimos seis meses ha entrado en la última etapa de su desarrollo», tiene su relación con la teoría del campo y trataremos de precisarla siguiendo con la fidelidad posible a su ilustre creador y expositor.

La teoría especial de la relatividad debe su origen a la teoría del campo electromagnético de Maxwell. Combinada esta teoría «con el hecho empírico de no existir ningún estado de movimiento físicamente discernible, que pueda llamarse «reposo absoluto», surgió una nueva teoría del espacio y del tiempo».

La teoría especial de la relatividad vino a demostrar que la correlación causal que existe entre los campos eléctrico y magnético corresponde a una identidad esencial de los dos tipos de campo. También la teoría especial ha señalado la identidad esencial de los conceptos de masa inerte y energía.

Teoría de la gravitación: La segunda etapa del des-

arrollo de la teoría general de la relatividad «dió una teoría gravitatoria exacta del campo, estableciendo una relación plenamente determinada con las relaciones métricas del continuo. La teoría de la gravitación que no había adelantado desde Newton, fué a caer en la teoría del campo de Faraday de una manera fatal, es decir, sin ninguna arbitrariedad esencial en la selección de las leyes del campo. Al mismo tiempo fundiéronse en una identidad esencial la gravitación y la inercia».

El tercer momento de la teoría general de la relatividad—la teoría del campo único— puede ser considerado como una debilidad por «los físicos inclinados al realismo o al positivismo, pero es singularmente atractivo, y hasta fascinador para la mente matemática especulativa». En sus estudios epistemológicos Meyersonh compara «la actividad intelectual del teórico relativista y la de Descartes, o aun la de Hegel, sin insinuar con esto la censura que un físico había de encontrar, naturalmente, en ello».

En busca de la sencillez: Se acerca la difícil tarea de explicar «los métodos usados en las construcciones matemáticas que condujeron a la teoría general de la re-

latividad y a la nueva teoría del campo único».

El problema general, planteado con las palabras de su autor, es el siguiente: «¿Cuáles son las estructuras formales más sencillas que pueden atribuirse a un continuo de cuatro dimensiones y cuáles son las más sencillas leyes que pueden concebirse para gobernar esas estructuras?»

Si se hace uso de las propiedades empíricas conocidas del espacio se puede demostrar que el continuo espacio-temporal tiene una métrica riemanniana:

$$ds^2 = g_{11}dx^2 + 2g_{12}dxdy + g_{22}dy^2$$

Sus cantidades determinan, además de la métrica del continuo, el campo gravitatorio. «La ley que rige el campo gravitatorio se encuentra como respuesta a la pregunta: ¿cuáles son las más sencillas leyes matemáticas a que puede sujetarse la métrica? Fué dada la respuesta por el descubrimiento de las leyes del campo de gravitación, que resultaron ser más exactas que las leyes de Newton.»

Dos campos en uno: La fusión de la métrica y la gravitación realizada por esta teoría hubiera sido «completamente satisfactoria si el mundo contuviera solamente campos gravitatorios y no campos electromagnéticos». La nueva teoría unitaria del

campo muestra ambos tipos de campo «como manifestaciones de un tipo comprensivo de estructura especial dentro del continuo espacio-temporal».

El descubrimiento matemático de que existen continuos de métrica riemanniana y paralelismo distante que no son euclidianos es la base de la nueva teoría del campo único. «Según esta modalidad, la geometría seguida ahora es no sólo una especialización de la riemanniana, sino una generalización de la euclidiana.»

Termina Einstein: «El problema matemático cuya solución conduce, a mi entender, a las leyes exactas del campo, ha de plantearse así: ¿cuáles son las condiciones más sencillas y naturales a que ha de sujetarse un continuo de esta clase? La respuesta a este enunciado, que he tratado de dar en una nueva memoria, da las leyes, del campo único para la gravitación y el electromagnetismo.»

Por su parte, la *Revista de Occidente* advierte en una nota de redacción que, impreso ya el pliego que contenía el trabajo de Einstein, se recibió un comunicado del físico alemán en el que expresaba su deseo de «perfeccionar la consideración geométrica con que termina su trabajo, por no encontrarla

completamente correcta en la primera redacción que le ha dado». Motivo que nos ha obligado a ser lo menos pródigos en detalles en esta parte de nuestra síntesis.

La Revista de Occidente espera publicar en un próximo número la aclaración que ya solicitó de Einstein y nosotros, en su oportunidad, daremos al lector la suma respectiva.

Roma y el Vaticano

En la sección internacional del número de la *Revue de Genève* de Marzo del presente año, Edmond Rossier publica un artículo titulado *La Santa Sede e Italia*, del que es oportuno destacar algunos párrafos.

Empieza el autor ensalzando la magnitud del acontecimiento en cuya preparación, desde dos años a esta parte, se habían celebrado alrededor de doscientas conferencias que eran desmentidas inmediatamente en forma categórica cuando alguna indiscreción periodística lograba insinuar algún detalle del arreglo en gestación. Recoge en seguida el autor la admiración que en todas partes ha provocado la facilidad con que el Santo Padre ha abandonado pretensiones que defendía como sagradas y su generosidad

para colocarse del lado del adversario.

Ello no obstante, *L'Ossevatore Romano*, diario oficioso, insiste en mantener la antigua doctrina: «La conciliación con Italia no era posible mientras el Soberano Pontífice tuviera su residencia sobre el territorio del reino de Italia. El papa nace soberano.»

Desde ese punto de vista Su Santidad Pío XI obtiene la satisfacción del reconocimiento de su soberanía sobre el *Stato della Città vaticana*.

Para el gobierno italiano el remate de esta larga controversia no puede ser más ventajoso. La indemnización que paga a la Santa Sede no aumentará las cargas del contribuyente y suprime toda disputa sobre la posesión de Roma que, aunque declarada definitiva en repetidas ocasiones, parecía no serlo a los ojos de una buena parte del mundo católico.

«Se comprende entonces que si Mussolini, consciente de su triunfo, no se demora en proclamarlo en toda su extensión en un discurso resonante, el papa haya creído de su deber dar algunas explicaciones a sus fieles.

«El Santo Padre ha hablado también del concordato que ha concluído con el gobierno y en el cual ve una amplia compensación a las

concesiones que ha consentido en el terreno político.

«Pero, ¿no hay una debilidad en este tratado? El papa ha renunciado a su antiguo estado y a su capital: no insistirá más en esto; no puede hacerlo. Supongamos que el régimen italiano cambie. Otro régimen, sostenido por el Parlamento, puede denunciar el concordato. ¿Qué quedará entonces de la compensación que Su Santidad pregona tan alto y que le ha parecido digna de tantas concesiones políticas? . . .

«Sucede entonces, por la fuerza de las cosas, que la Santa Sede se encuentra ligada al régimen que la trata en forma que otro tal vez no lo haría. Y es aquí donde se ve la gran habilidad de Mussolini: atrae al papado a su órbita; desde ahora no tendrá solamente, para sostenerlo, a sus camisas negras: tendrá además a la Iglesia con sus innumerables voces. Ya el soberano pontífice le ha repartido generosamente sus alabanzas al declarar a la delegación de Milán que para llevar a feliz término la obra era necesario un hombre como el que la Divina Providencia le había deparado, un hombre que sabía liberarse de las fórmulas huecas y las preocupaciones secundarias. Y esto le ha permitido hacer un ataque a fondo al libe-

ralismo para mayor tristeza de buen número de católicos sinceros que esperaban otra cosa de este sucesor de León XIII.

«Las consecuencias pueden ser graves. ¿No podría esto traer una disminución de la libertad a que el papado aspira tanto y que la Ciudad del Vaticano debería asegurar para siempre? Y no sólo la alianza con el fascismo puede revelar inconvenientes inmediatos, sino que la acción común con Italia lo expone a peligros más lejanos.

«Se habla mucho de esta acción. La prensa fascista celebra la reconciliación con la Santa Sede como la aurora de tiempos nuevos en que la Iglesia se unirá estrechamente con la patria para asegurar los grandes destinos a que tiene derecho. El clero nacional, en su mayoría, está de acuerdo: sacerdotes, *monsignori*, obispos, deslumbrados por las glorias del fascismo, no quieren otra cosa que contribuir al triunfo de *l'italianità* en el mundo. Esto es lo que provoca un poco de inquietud en el exterior y, en Francia sobre todo, un mal humor extremado. ¿Y las consecuencias?...

«El papado es una institución universal y, como tal, no le es posible ponerse al servicio de un pueblo. El

ejemplo de la Iglesia de Oriente está a la vista. El patriarca de Constantinopla tuvo un tiempo bajo su dirección espiritual a cerca de la mitad de la cristiandad. La alianza con el helénismo la ha disminuido. Iglesias autónomas se han constituido en varios países y el Phanar se ha transformado en el centro religioso del mundo griego. ¿Cometerá el Vaticano el mismo error?

«Esto no es probable: tiene un exacto conocimiento de las cosas; sabe utilizar como propias las ajenas experiencias. Por buen patriota que sea el pontífice actual, no será él el primer servidor de Mussolini. Si hace servicios a Italia, sabrá mantener el equilibrio entre sus intereses y los del mundo católico. ¿Y no es para destacar el carácter universal de su función que habla, o deja hablar, de un concilio que se reuniría en 1930 y sería la continuación del que la guerra franco-prusiana interrumpió dolorosamente en 1870?

«Porque la utilidad de esta reunión no aparece claramente. Ya el Concilio de Trento sometiendo sus decretos al papa para obtener su aprobación, reconocía implícitamente la supremacía del pontífice de Roma. Pío IX ha hecho más: ha hecho consagrar por el concilio del

Vaticano el dogma según el cual el papa es infalible cuando, en la plenitud de su poder apostólico, fija doctrina concerniente a la fe y las costumbres. ¿A qué un nuevo concilio si el sucesor de San Pedro posee el derecho de decidir la verdad sin correr el riesgo de equivocarse? Pero el concilio puede tener otra significación: puede, reuniendo delegados del mundo entero, testimoniar la universalidad de la Iglesia y rendir homenaje a su autoridad. Renovaría entonces, a través de los siglos, el otro concilio reunido en Letrán en 1215 y que fué la apoteosis de Inocencio III. El programa que ya se pre-

para y que trata, entre otras cosas, de la organización de la campaña católica en el mundo, caracterizaría la reunión. Y así se encontraría justificada la profecía que se atribuye al viejo monje Malaquías y que se asigna como lema al reinado de Pío XI: *fides intrepida*.

«Pero esto pertenece al porvenir. Por el momento, anotamos que el conflicto que se decía irreductible está resuelto; que el papa, prisionero voluntario desde 1870, va a reiniciar sus viajes pastorales; que una gran alegría conmueve a la mayor parte del mundo católico, sobre todo a Italia... Y esto es suficiente.»—M.

DISPARATORIO

Es una cabeza enflaquecida, apoyada en una cabeza de espectro.—D. de la Vega: *El Hamlet de Rebeca Matte*. *El Mercurio*, Santiago, 16 de Mayo de 1929.

Lo veía, huyendo a campo traviesa, dominador, noble, majestuoso. Las vacas, aterrorizadas, humillarían la veste, a su paso, y él, en plena libertad, enamorado, impetuoso se echaría sobre ellas y ¡quién sabe si entonces le fué dado comprender toda la importancia de su misión!—Alberto Romero: *La tragedia de Miguel Orozco*, pág. 25. Santiago, 1929.

...la Gran República Norteamericana, en el puerto de cuya soberbia capital se levanta grandiosa la estatua de la Libertad...—*Nota del Traductor*, pág. 93, en *Norte América y los Norteamericanos*, por Arnaldo Cipolla. Traducción de Ramón Mondría. Santiago 1929.

Don González me presenta.

—Manuel IV, duque de Tacna.

Me da el tratamiento ducal para humillarme, porque Tacna es el pueblo en que se ceba quien habla mal de Chile. Le visitan constantemente los ciclones; los contrabandistas son los únicos gendarmes que lo habitan; allí no se comprende que se cierren las puertas de las casas. Pero yo desdeño esas falsedades. Tacna, con sus circos, sus ranas gigantes y sus capillas verde-grises, es un joyel en la empuñadura de Chile, esa espada colgada en el flanco de América. Los hijos de Tacna aman la justicia. Cuando Sarah Bernhardt hizo por el Sur una excursión desastrosa, ellos la vengaron con sus aclamaciones.—Jean Giraudoux: *La escuela de los indiferentes*, Pág. 158-59. Madrid, 1921.

...Mientras vagaba bajo los árboles como un autómatas, se detuvo de improviso, apretó sus puños cuajados de sortijas y exclamó en voz alta:

—Inmunda vida! Todo es mentira! Todo! Todo!—Joaquín Ortega Folch: *Las memorias de Nelly*. *El Mercurio*, Santiago, 12 de Agosto de 1928.

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro ◊ Félix
Armando Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)....	3 dólares o su equivalente, según el país.

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista los interesados pueden dirigirse, en Concepción, a don Félix Armando Núñez, y en Santiago, a don Raúl Silva Castro.

ATENE A

REVISTA PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

DIRECTORIO DE LA UNIVERSIDAD

ENRIQUE MOLINA G.
Presidente

JULIO PARADA BENAVENTE
Vice - Presidente

LUIS D. CRUZ OCAMPO
Secretario

ELISEO SALAS M.
Tesorero

DIRECTORES:

<i>Francisco Amthauer</i>	<i>Néstor Bahamonde</i>
<i>Serapio Carrasco</i>	<i>Alberto Coddou</i>
<i>Desiderio González</i>	<i>Enrique González Pastor</i>
<i>Guillermo Grant Benavente</i>	<i>Abraham Melo Peña</i>
<i>Augusto Rivera Parga</i>	<i>Alcibiades Santa</i>
<i>Luis Urrutia Manzano</i>	<i>Pedro Villa Novou</i>
<i>Samuel Zenteno Anaya.</i>	

COMISION DIRECTORA DE LA REVISTA:

Enrique Molina ◇ *Luis D. Cruz*
Ocampo ◇ *Eduardo Barrios*
Raúl Silva Castro ◇ *Felix Armando Niñez*
(secretario)

Representante general en Santiago: Raúl Silva Castro.

BR

MCD 2018